

UN PITCHER EN MI CORAZÓN



Christian Martins

**Un pitcher
en mi corazón**

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN FEBRERO 2020

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS

Para mis chicas Martins.

Sin duda, sois las mejores.

“El amor es lo más importante en el mundo, pero el béisbol también es bastante bueno.”

Yogi Berra

—¿No se supone que venías a ayudarme? —inquiero, lanzándole una mirada asesina a mi hermana melliza.

Ella asiente, pero no deja de mirarse las uñas mientras yo cargo con las cajas escaleras arriba. Si algo odio de las rupturas, son las mudanzas. Bueno, y quizás la angustia, el malestar, el momento depresivo en el que me creo que estaré sola el resto de mi existencia, las pocas ganas de arreglarme y verme guapa, etc. En realidad, odio las rupturas. Quizás por esa misma razón soy incapaz de comprender por qué en los últimos cinco años he coleccionado tantas. Según mi madre, me precipito demasiado. La verdad es que puede que tenga razón, porque no suele pasar mucho tiempo entre la primera cita y el momento en el que él trae su cepillo de dientes a mi casa. Pero según mi hermana, Scarlett, precipitar un poco las cosas a veces es un punto a favor. ¿Por qué esperar cinco años para comprobar si la convivencia es compatible? Cuanto antes descubras a qué te enfrentas, mejor.

Deposito las cajas en el rellano de la cuarta planta mientras me digo a mí misma que si en un futuro vuelvo a mudarme —que seguramente, así sea—, será a un bajo. O a un primero, como mucho. Y si no, me aseguraré de que tenga ascensor.

—No vas a necesitar pagar un gimnasio, ¿eh? —se ríe Scarlett, apoyándose contra la pared y levantando por primera vez la mirada de sus uñas.

—¿Te crees graciosa?

Ella me dedica una sonrisa burlona y asiente.

—Venga, abre y pedimos un poco de comida china —dice, señalando la puerta—. Tengo hambre.

—Todavía quedan muchas cajas... Y se supone que tú estás aquí para ayudarme —replico, encaminándome nuevamente escaleras abajo.

Mi hermana me sigue a regañadientes, resoplando.

—Te equivocas —dice, y su voz cantarina resuena haciéndose eco por toda la escalera—, estoy aquí para darte apoyo moral porque el gilipollas de tu exnovio se ha tirado a una amiga tuya.

—No se la ha tirado —contradigo—. Y no necesito apoyo moral, necesito dos brazos que carguen cajas.

—Lo de que no se la ha tirado no lo sabes, Ash. Deberías ser menos inocente y más realista.

Escucho una puerta cerrándose en algún piso superior al nuestro y resoplo. Lo último que me apetece es que los vecinos se piensen que la nueva inquilina del cuarto es una cornuda que se ha separado de su novio. Aunque la realidad, si he de ser sincera, no dista demasiado de ello. Le pillé a mi novio —o, mejor dicho, exnovio—, Marcus, unos cuantos mensajes subditos de tono con una amiga mía, Bea. Al parecer, el día de la fiesta de nuestro cumpleaños —Scarlett y yo nacimos con un minuto de diferencia y siempre lo celebramos juntas— se cayeron tan, taaaan bien, que intercambiaron un par de besos y, por lo visto, también el número de teléfono. Marcus me asegura que solamente han sido cuatro mensajes sin importancia, pero Bea no es capaz ni de contestarme al teléfono —y eso último me hace sospechar—. Bea es amiga nuestra desde el

instituto. Scarlett y yo coincidimos casi cuatro años en la misma clase que ella, así que podría decirse que la conocemos bastante bien a pesar de que, de los veinte a los veinticinco, no tuvimos a penas contacto con ella. Mientras nosotras estábamos en la universidad, ella aprovechó para tomarse un par de años sabáticos y viajar de un lado a otro del mundo. Bea es... exótica y atractiva. A mí, personalmente, no me parece demasiado guapa. Pero Scarlett dice que lo que tengo es envidia de la mala. Es bajita, con caderas anchas, cintura de avispa, pechos prominentes y cara de facciones agradables. Lleva el pelo teñido de rubio platino, casi blanco, y unas extensiones que le llegan hasta la cintura. A mí me parece algo exagerada, pero mi hermana dice que eso a los tíos les va. ¿Qué queréis que os diga? Yo no soy así. Tengo veintiocho años, un trabajo estable, un físico normal, una cara poco peculiar y un carácter neutro. Soy, por decirlo de alguna manera, “la típica chica normal”. Y me alegro, ¿eh? La verdad es que no me gustaría ser como Bea.

Cargo las tres enormes cajas apiladas en mis brazos y le lanzo una mirada poco amistosa a Scarlett para que empiece a colaborar. Ella suspira, vuelve a observarse la manicura con lástima y coge dos cajas.

—Tendrás que pagarme la sesión de manicura —me advierte.

La ignoro y comenzamos a subir escaleras.

Ya queda poco. Con un viaje de “ida y vuelta” más tendremos todo arriba.

Scarlett puede ser insufrible, pero tengo que admitir que estaría perdida sin ella. No solamente es mi hermana, también es y ha sido siempre, mi mejor amiga. Mi mitad. Aunque compartimos tripita y nacimos casi a la vez, no nos parecemos en nada. Y no solo de forma de ser; físicamente tampoco. Sky es rubia, de ojos azules y piel pálida. Yo soy morena de ojos castaños, y aunque también tengo la piel bastante blanquecina, a diferencia de ella yo sí consigo coger un par de tonos de color cuando me da el sol. Mi hermana jamás pasará del tono rojizo rosado que la caracteriza en verano. Ella es extrovertida, risueña, alegre y siempre está dispuesta a meterse en líos. Yo soy más seria, o eso suelen decirme, y más tranquila. En realidad, me gusta pensar que he madurado mucho antes. Siempre hemos sido diferentes y hemos avanzado a ritmos distintos. Ella comenzó a caminar antes que yo, pero yo conseguí gatear antes. Sky aprendió antes a hablar, pero yo ya leía cuando ella aún no sabía ni las vocales. De alguna forma, siempre nos hemos complementado. Pero lo más importante de todo es que siempre, siempre, nos hemos apoyado. Mi hermana ha estado ahí para mí en los malos momentos y en los buenos y, por esa misma razón, jamás la cambiaría por nada ni por nadie.

Terminamos de subir las cajas y las metemos dentro de casa. En realidad, soy yo quien las mete dentro de casa mientras Sky pide rollitos de primavera y arroz tres delicias.

—¿Pan chino?

—Por favor —respondo, abriendo la caja de la vajilla y los cubiertos.

Tardaré días en adaptarme a mi nuevo hogar, lo que me exaspera muchísimo. Tener el salón repleto de cajas de la mudanza es algo que odio con toda mi alma.

—¿Qué te parece si después de cenar ponemos los adornos navideños? —pregunta mi hermana, acomodándose en el sofá.

El piso es pequeño, pero está bien ubicado y el alquiler no es ningún despropósito. Habitación, baño y salón comedor con cocina incorporada. Es del tamaño perfecto para una sola persona y resulta acogedor. Además, las paredes están pintadas de un tono arena muy cálido que permite aprovechar la luz natural. Y para rematar, está bastante cerca de la casa de mi hermana y de la de mis padres.

—Se los ha quedado Marcus —refunfuño de mal humor—. Me ha dicho que es lo justo.

—¿Lo justo? —repite Scarlett, sorprendida.

—Sí... Yo me he quedado el robot de cocina.

Mi hermana pestañea, incrédula.

—¿Por qué? ¡Si no sabes usarlo!

—¡Pero costó un díneral! —exclamo—. Además, voy a aprender a utilizarlo. Ya verás.

Mi hermana sacude la cabeza en el mismo instante en el que mi teléfono móvil suena. Está encima de la mesa auxiliar de la sala, así que alarga el brazo y sin pedirme permiso, lee el mensaje que me acaba de llegar.

—¿Quién es?

Ella tuerce el gesto en una mueca de repugnancia.

—El gilipollas de Marcus.

Resoplo y continúo sacando platos de la caja.

—¿Y qué quiere ahora?

—Quiere saber si necesitas ayuda con la mudanza y si puede venir a verte.

Pongo los ojos en blanco antes de sacar la última fuente.

—No contestes —advierto, señalándola con el dedo.

Conozco a mi hermana y la veo capaz de soltarle cualquier grosería.

—¿Por qué no? Solamente quiero decirle que con la mudanza te las apañas bien tú solita y que, si quiere ver algo, que puede sacar la foto de las tetas de Bea. A ti que te deje en paz.

—No contestes —repito, acercándome para arrancarle el móvil de las manos.

Llego a tiempo, pero justita. Scarlett ya tenía escrito casi todo el mensaje y estaba a punto de pulsar la tecla verde de envío.

—No estarás pensando en darle otra oportunidad, ¿no?

—No —aseguro muy seria—. Para nada.

Pero me doy cuenta de que en el fondo lo digo con la boquita pequeña.

Este último año junto a Marcus no ha estado nada mal. Es más, creo que es el único chico por el que he llegado a sentir algo de verdad. Algo real. Marcus es tranquilo, paciente y siempre tiene soluciones para los problemas. Trabaja como veterinario en una clínica y su horario siempre solía ser compatible con el mío. Me gustaba su serenidad y, ¿por qué no decirlo? Lo guapo que era. Bueno, es. Lo guapo que es. Aunque no esté conmigo, Marcus sigue siendo muy atractivo. Siempre le ha gustado cuidarse de forma sana, sin ser obsesivo. No se machacaba en el gimnasio ni hacía dietas extremas, pero le gustaba salir a correr de forma regular y solía comer bastante sano entre semana.

—¡Joder, Ashley! ¡Ni se te ocurra!

Niego rotundamente.

—No tengo pensando volver con él, pero no me gustaría terminar mal las cosas. Ya sabes...

—¿Mal? ¿Terminar mal? ¿Y cómo quieres terminar después de lo que ha hecho?

Suelto la caja de las toallas y decido que ya me ocuparé de eso cuando la pesada de mi hermana me deje tranquila. Me dejo caer junto a ella en el sofá y me cruzo de brazos.

—En realidad, puede que no haya hecho nada. No lo sabemos.

—Ya estamos...

—Te lo digo de verdad —respondo—. A veces creo que mi reacción ha sido un poco exagerada. Incluso Margot me dijo que ella le hubiera concedido el beneficio de la duda.

—Margot se agarraría a un clavo ardiendo si fuera necesario. Está desesperada.

Margot es nuestra compañera de trabajo. Y sí, lleva soltera más de diez años.

—La cosa es que yo he decidido pasar página porque sé que no podría volver a confiar plenamente en él, pero...

—¿Pero?

—Pero me da un poco de lástima que todo termine mal.

Scarlett se incorpora en el sofá, cogiendo aire y preparándose para un buen sermón en el momento exacto en el que el repartidor chino toca el timbre.

—¡Salvada por la campana! —exclamo, dirigiéndome al telefonillo.

Después de cenar, decidimos acercarnos a por un árbol de Navidad al Brighton Center. No tenemos nada que hacer y Sky propone comprar el arbolito y ver una película en el cine para pasar la noche del sábado. Faltan pocos días para que lleguen las fiestas y decorar un poco mi nuevo hogar servirá para quitarme la desgana que Marcus me ha dejado encima.

Ahora mismo, en Boston, tenemos el termómetro en negativo por muy poco y la nieve ha comenzado a caer desde hace un par de semanas. Las carreteras no fluyen como es habitual y algunas zonas de la ciudad se han quedado colapsadas por el tráfico. Yo pongo el limpia parabrisas de mi coche a tope y me incorporo a la autopista mientras mi hermana hace de DJ y escoge la música.

—Oye, ¿cuánto te ha costado pintar el coche?

Mi pobre Cooper —así bauticé en su día a mi coche— tenía la pintura destrozada después de tantísimos encontronazos con las columnas de mi antiguo garaje, así que no le quedó más remedio que pasar por el taller para un cambio de imagen.

—Mucho —aseguro con dolor—, más de lo que me podía permitir pagar. ¿Por qué?

—Estoy pensando en pintar el mío.

—¡Pero si es nuevo!

—Pero el azul chillón me ha terminado aburriendo —señala con una risita traviesa—. Tenías razón, tenía que habérmelo comprado en negro.

Suelto un bufido y decido ignorar a mi hermana. A veces, puede ser como una niña pequeña. Lo que resulta increíble es que a pesar de la irresponsabilidad y poca seriedad con la que se toma la vida, en su trabajo es la mejor. Ella trabaja como microbióloga en la misma farmacéutica para la que yo ejerzo de consultora médica. Llevamos juntas en la misma empresa más de tres años, y en este tiempo no la he visto faltar ni un solo día. Ni siquiera por haberse puesto enferma.

Tomo la salida hacia el centro comercial y me encuentro con una inmensa hilera de coches que, al parecer, han tenido la misma brillante idea que nosotras. Nieva, hace frío y es sábado: ¿qué hace la gente? ¡Ir al centro comercial!

—Está hasta arriba... ¡Puf! —se queja Sky.

—¿De verdad? Creí que eran imaginaciones mías.

Decelero hasta dejar el cuentakilómetros a diez por hora y decido que lo mejor será armarse de paciencia porque ya sé bien qué es lo que me espera. Aparcar será una misión imposible, comprar el árbol de Navidad una odisea en toda regla y encontrar una sala de cine con asientos contiguos libres, impensable.

—No te desesperes antes de tiempo, anda.

—¿Sabes dónde cenaremos la noche de Navidad? —pregunto.

Todavía no he hablado con mis padres al respecto.

—En casa de la abuela Nancy.

El coche que tengo detrás de mí empieza a pitar, distrayéndome. Miro por el retrovisor y me encuentro un monovolumen gigante, de esos carísimos que suelen verse en las películas, dándome

las luces largas.

—Pero, ¿qué quiere que haga? ¿No ve que hay cola?

Alzo los brazos en señal de rendición de forma exagerada para que pueda verme bien. Él vuelve a hacer sonar la bocina y yo, malhumorada, termino sacando la cabeza por la ventanilla y gritándole que no puedo avanzar.

—Relájate, Ashley... —gruñe mi hermana, justo antes de empezar a leerme las películas que están en cartelera en estos momentos.

Dudo mucho que consigamos llegar al cine, pero decido que no seré yo quien le quite la ilusión.

—Esa, me apetece esa.

La interrumpo.

—¿La sanguinaria?

—Me apetece una de miedo —me río.

Mi hermana sacude la cabeza en señal de negación, aunque sé muy bien que si insisto un poco más terminaré convenciéndola.

Me encantan las películas de miedo, de suspense y de asesinatos. Cualquier película que me mantenga en vilo me parece buena, pero este último año casi no he podido ver ninguna porque Marcus odiaba ese tipo de cine. “Yo veo una película para no pensar y disfrutar”, me decía siempre. Mis géneros favoritos solían estar descartados de forma automática y siempre terminábamos viendo las películas de acción, golpes y acrobacias. Todas me parecían iguales, pero era eso o decantarnos por el cine infantil.

Poco a poco vamos avanzando y, al final, terminamos incorporándonos al parking. Como era de esperar, está abarrotado y los coches se van colocando en doble fila a la espera de que alguien salga de su plaza.

—¿Por qué no te esquinas ahí para esperar? —propone mi hermana.

—Sí, vale...

Voy a girar a la derecha cuando, de repente, veo por el retrovisor que el impaciente conductor del monovolumen que va detrás de mí intenta maniobrar para adelantarme.

—¿Qué hace? —gruño—. ¿Es qué no ve que no hay espacio?

Es imposible que pueda pasar por mi derecha. Y aún así, lo intenta.

Escucho la chapa cediendo y el rasgón de la pintura a pesar de la música alta que tiene puesta Sky y estoy a punto de echarme a llorar al instante. ¡Lo acabo de sacar del taller!

—Joder... —murmura mi hermana con las cejas arqueadas—. ¿Nos ha dado?

—¡Claro que nos ha dado! —exclamo, irritada.

¡Y lo peor de todo es que el imbécil de él sigue intentando pasar!

Avanza un poco más y vuelvo a escuchar el rayón profundizándose. Al final, hastiada, pego un acelerón y pongo el coche de lado, cruzando la carretera al completo, para interponerme en su camino.

—¿No se piensa bajar para hacer el parte? —pregunto malhumorada y con ganas de echarme a llorar.

¡Dios! ¡Acabo de pintar el coche! ¿Cómo diablos puedo tener tanta mala suerte?

Desde luego, diciembre no es mi mes de la suerte. Me quito el cinturón, cuento mentalmente de diez para atrás y suspiro hondo antes de bajarme.

Me había quitado el abrigo para conducir, así que al bajarme noto el contraste de la diferencia de temperatura y comienzo a tiritar mientras me acerco al coche que me ha golpeado.

—¿Hola?

El conductor baja la ventanilla.

Es un chico joven, guapo, elegante. Pero la verdad es que me importa poco quién sea o cómo sea, porque lo único que quiero es que me dé los datos de la aseguradora para que me arreglen el coche.

—¿Podrías quitarte del medio? —me suelta con una sonrisa irónica—. Tengo prisa y no dejas pasar —añade, señalando la hilera de coches que se va formando detrás de él.

—No pienso quitarme del medio sin que me des los datos del seguro —suelto, incapaz de creer lo que estoy escuchando.

¿Cómo diablos me apaño para encontrarme en el mundo con tantos idiotas juntos? O es que se aglomeran en Boston o, si no, es que tengo un imán especial para ellos.

—¿Me hablas en serio? ¡Pero si casi no te he tocado!

—Me has rayado el lateral derecho del coche que, además, acabo de pintar.

El conductor resopla.

—Mira, guapa, tengo un poco de prisa... ¿Cuánto te sale pintar el maldito coche? —inquire, sacando la cartera de la guantera del copiloto.

Me quedo boquiabierto sin saber qué decir.

—No quiero tu dinero —escupo, cada vez de peor humor—. Quiero los datos del seguro y rellenar el parte.

—¡Tengo prisa! —exclama él, ahora tan irritado como yo.

—Ya... Ya lo he visto.

Uno de los coches que está detrás de nosotros pita, impacientándose por la tardanza.

Él me dedica una sonrisa conciliadora y saca un bloc de notas.

—Mira... —me dice, garabateando algo con rapidez—. Mi número de teléfono y mi matrícula. Llámame y arreglaremos el asunto mañana, ¿vale?

Me lo pienso un segundo.

¿Eso se puede hacer? ¿No se supone que estas cosas se tienen que resolver en el momento?

—¿Y si no me contestas el teléfono?

—Te vas a la policía y me pones una denuncia.

Me lo pienso un par de segundos y, al final, termino aceptando. No es que me haga mucha gracia, pero a fin de cuentas presentar el parte con unas horas de diferencia no cambiará nada.

—Toma —me dice, entregándome la nota—. Llámame mañana y lo arreglamos.

Le lanzo una última mirada, intentando averiguar si es de fiar o no, y le repaso de arriba abajo con disimulo. Alto, guapo y parece tener dinero. El típico chulo que se piensa que puede hacer lo que le da la gana sin consecuencias, claro. Por desgracia, me ha tocado encontrarme con unos cuantos de estos a lo largo de mi vida y sé muy bien que se creen por encima de todo el mundo.

—Si no me contestas a la primera, iré a la policía —amenazo.

—Bien.

—Mi cuñado es policía, que lo sepas —miento, intentando intimidarle.

Los coches de detrás siguen haciendo sonar el claxon, presionando.

—Genial. Me alegro por tu cuñado.

Suspiro hondo y me retiro con poca convicción.

—¡Eh, espera! —exclamo girándome hacia él de nuevo—. ¿Cómo te llamas?

—Brian —responde de forma apresurada y con un tono de voz hastiado—. ¿Algo más?

—Nombre completo, por favor.

Si tengo que poner una denuncia, mejor saber a quién estoy denunciando, ¿no?

—Brian Poyner —escupe de malas formas—. ¿Algo más, guapa? Tengo prisa.

Me encantaría tirarle la nota a la cara y decirle que sus prisas me dan igual, pero eso sería amargarme la noche y, de paso, amargársela a Scarlett.

Sacudo la cabeza y sin despedirme me alejo hacia mi coche.

—¿Qué pasa? —pregunta mi hermana cuando me ve subir con cara de perro.

—Nada. Me ha dado su número para que mañana lo solucionemos.

Sky suelta una carcajada mientras yo acciono el motor para esquinar a Cooper en doble fila.

—¿Te ha dado su número? ¡Ese lo que quería era ligar contigo!

Fulmino a Sky con la mirada para dejarle clarito que no estoy de humor.

—Ese era un imbécil que quería salirse con la suya. Eso quería —refunfuño, mientras el susodicho me adelanta y se aleja de nosotras.

—Joder... ¡Menudo cochecito!

—Esos son los peores —escupo, mientras veo como al fondo se libra un hueco y él, el tal Brian Poyner, se apresura a meter su coche.

¡Genial!

Encima es un tipo con suerte...

Al final no compramos el árbol de Navidad ni fuimos al cine. Aparcar se convirtió en una misión imposible y decidimos dejarlo para otra ocasión. Terminamos volviendo a casa, viendo la película que echaban en la televisión —sí, esa que contiene más anuncios que minutos de peli—, nos comimos un bol de palomitas y nos tomamos un par de cervezas. Hablamos de todo y de nada, como suele ser habitual entre nosotras, y pusimos verdes a Marcus y a Gabe.

Gabe es el ligue de mi hermana. Y digo ligue porque, en realidad, ni siquiera sé cómo calificarlo. Llevan juntos una eternidad —seis años—, pero ninguno de los dos se decide a dar el paso y a decir que quiere algo serio. En el fondo sé que Sky está loquita por él, pero mi hermana es demasiado orgullosa como para admitirlo y jamás dará el primer paso. El problema es que, con esa relación indefinida, se están haciendo mucho daño. Entre semana, quedan, cenan, se acuestan y duermen juntos. Y los fines de semana salen por separado, conocen otras personas y fingen que no tienen ningún compromiso. Ayer a la noche el drama llegó cuando Gabe subió una foto a internet en la que salía haciendo un brindis con una chica en una discoteca. Conozco esas fotos y sé que tienen doble filo; la única intención con la que Gabe las sube es para poner celosa a Sky. Y funciona. Siempre funciona. El fin de semana siguiente, mi hermana se pondrá la minifalda más corta de su armario y terminará metiéndole la lengua al primer desconocido que pille. Y se encargará de que alguien pueda contárselo a Gabe. Seguro.

Desayunamos un tazón de cereales y remoloneamos en la cama hasta tarde. Sky no tiene prisa por marcharse y yo sé muy bien la razón. Está dolida y triste, y si se queda sola se pondrá mal. Esto último lo sé porque la conozco muy, muy bien; no porque ella lo haya admitido. No lo haría jamás.

—¿Quieres quedarte a comer?

Ni siquiera necesito que responda para saber la respuesta.

—Sí, tampoco tengo nada mejor que hacer.

Y otra mentira más.

Mi hermana adora pasarse el domingo en su casa, en pijama, dormitando hasta que suena el despertador del día siguiente.

—Oye... Deberías dejar de ver a Gabe —le digo, intentando no sonar demasiado dura—. Lo vuestro se está alargando mucho y los dos sabéis que no lleva a ninguna parte...

—Solamente es sexo, Ashley —me recuerda—. Sabemos lo que hay entre nosotros y disfrutamos de ello, nada más. Él sabe lo que me gusta, y yo lo que a él... Ya está. Sin ataduras ni compromisos.

—¿Y no crees que si Gabe no estuviera de por medio ya habrías encontrado a alguien?

Ella sacude la cabeza.

—No digas tonterías. Ya sabes que no quiero nada serio.

Cuando por fin me quedo a solas, me dejo caer en el sofá de mi nuevo piso y observo las cajas de la mudanza con fastidio. Si me pongo con ello, podría tenerlas todas vacías antes de

medianoche. Pero la verdad es que vaciar cajas de mudanza es lo último que me apetece para un domingo. Quizás, si consigo quitarme de encima la pereza que tengo, consiga abrir alguna de las maletas de ropa que he amontonado en mi dormitorio. A fin de cuentas, mañana tendré que vestirme y el armario está vacío.

Tengo un mensaje más de Marcus. Me pregunta si puede venir a verme y añade un “contéstame a algún mensaje, por favor”. Parece dolido y desesperado por recuperarme y eso hace que me entren ciertas dudas sobre nuestra relación. Me siento tentada de responder, así que decido mantener mi mente ocupada en otros asuntos para no caer en la tentación. Respiro hondo, enciendo la televisión y... ¡Me acuerdo de Cooper! ¡Mi pobre coche!

Me levanto de un salto del sofá y saco la nota con el número de teléfono y la matrícula. Brian Poyner. Marco su teléfono con la esperanza de que este asunto no se complique y tenga fácil solución y espero pacientemente mientras los tonos se reproducen a través del auricular, uno detrás de otro. Sin respuesta. Corto la llamada. Y ahora, ¿qué? ¿Debería esperar? ¿Darle cierto margen? ¿O ir a la policía e interponer la denuncia directamente? “Puede que esté ocupado y que no haya escuchado el teléfono”, me digo a mí misma, para no perder la esperanza. Estoy a punto de pulsar la tecla verde para volver a llamarle cuando suena el timbre de casa. No espero a nadie y la única que ha estado aquí con anterioridad ha sido Scarlett, así que doy por hecho de que se tratará de ella. Convencida y sin mirar por la mirilla para comprobar, abro la puerta y me encuentro de bruces con la última persona que quería ver hoy. Marcus.

Va guapísimo vestido, como era de esperar. Si hubiera sabido que iba tener que vérmelas con mi ex, yo también habría sacado mis atuendos de gala del armario. Pero no. Voy con los peores vaqueros y una camiseta básica, negra entera. Llevo el cabello mal recogido en uno de mis famosos moños de “andar por casa” y debo de tener unas ojeras de esas que llegan hasta las mejillas.

—¿Qué haces aquí? —suelto, sin siquiera molestarme en saludar.

Está claro que si no respondía a sus mensajes era porque necesitaba mi espacio personal. ¿Qué parte no entendía?

—He venido a traerte esta bolsa —me dice, levantándola en alto para que pueda verla—. Son cosas que te dejaste en casa.

Su voz es melancólica y no necesito sumar dos más dos para intuir el chantaje emocional que pretende hacerme. Miro la bolsa, intentando adivinar qué puede contener en su interior. La verdad es que recogí mis pertenencias concienzudamente y no he echado en falta nada importante. Aunque, si he de ser sincera, tampoco he revisado las cajas de la mudanza.

—¿Puedo pasar? —pregunta, dubitativo mientras examina mi reacción.

Levanto los brazos en señal de rendición y los dejo caer a ambos lados de mi cuerpo antes de retirarme.

—Pasa —le digo, poco convencida.

Sospecho cómo terminará esto, y no me gusta.

Marcus camina unos pasos hacia el frente, inspeccionando aquello que le rodea. Pasea la mirada por el salón y por las cajas amontonadas con curiosidad. Seguro que, internamente, está evaluando mi nuevo piso.

—¿Quieres tomar algo?

—Una cerveza estaría bien —responde, sin apartar los ojos de las cajas.

Saco dos latas frías de la nevera y le acerco una. Marcus le da un sorbo, distraído, antes de sentarse en el sofá. Y yo, que no aguanto más la curiosidad, abro la bolsa para comprobar qué

contiene.

—No... —murmuro en voz baja, lanzándole una mirada de reproche—. ¿Por qué haces esto?

—¿El qué? —inquire con inocencia, antes de dar un par de palmaditas al sofá para pedirme que me siente junto a él.

—Los álbumes. ¿Por qué me los has traído? —le pregunto.

Y sin darme cuenta, camino hacia él, obediente.

Aunque me siento a su lado, mantengo las distancias con la esperanza de que este margen sea el suficiente para no complicar las cosas entre nosotros.

—Los vi el otro día, haciendo limpieza y... No sé, estos recuerdos son demasiado dolorosos para mí.

—¿Y qué te hace pensar que para mí no lo serán? —suelto, antes de darle un largo trago a la cerveza.

—No lo sé —admite—. Tú eres la que ha decidido dejarme, así que...

—Marcus, no sigas por ahí —le corto.

No estoy dispuesta a cargar con las culpas de esta ruptura.

—Entre Bea y yo no ha pasado nada —me asegura muy serio—. Sé que tenía que haberte contado lo de las fotos, pero... No sé. Solamente fueron unas fotos.

—Marcus —interrumpo de nuevo—. Te mandaba fotos desnuda y le respondías con guiños y otras guarrerías que prefiero no recordar. Yo de inocente no le veo nada.

Mi ex suspira hondo y se hunde en el sofá.

—Tienes razón. Lo sé.

Parece que está a punto de echarse a llorar y eso, internamente, me rompe el corazón.

—Te juro que no fue nada más —asegura de nuevo—. Nunca pasó de ser un juego absurdo. Fui un imbécil, sí, pero... No quería perderte. Dejé que se me fuera un poco de las manos, pero... Te quiero, Ash.

Me mira fijamente a los ojos mientras yo rezo internamente porque no se eche a llorar. En realidad, nunca he visto a Marcus tan dolido y desesperado. Jamás.

—Abre el primer álbum, por favor... El del dos mil dieciséis.

Dudo un momento, pero al final hago lo que me pide. Sé que decirle que no sería perder el tiempo, porque él insistiría y yo terminaría cediendo. La primera fotografía corresponde a la primera vez que hicimos una escapada juntos. Estamos sentados en el sofá, sacándonos un selfi junto a la chimenea de la casita rural que habíamos alquilado.

—Fue un buen fin de semana —admito con una sonrisa nostálgica.

En aquella época Marcus era perfecto y las cosas entre nosotros parecían ir sobre ruedas. Tenía la sensación de que por fin había encontrado al hombre definitivo. El amor de mi vida. Levanto la cabeza mientras cierro el álbum. No quiero empeorar las cosas y...

—Oh... No llores, por favor.

—Fui un imbécil —admite, totalmente arrepentido—. Bea no significaba nada para mí, y tú, en cambio... Lo eras todo, Ash. Necesito que me creas.

Está llorando.

¡Y nunca había visto a Marcus llorar!

Intento controlar la respiración y no ponerme nerviosa, pero se me hace imposible. Se me forma un nudo en la garganta que por mucho que trague saliva no consigo soltar.

—No sé qué decirte, Marcus... No sé si podría volver a confiar en ti.

Él acorta la distancia entre nosotros, deslizándose hacia mí. La respiración se me agita aún

más con su calidez. Levanta una mano, me acaricia la mejilla con suavidad mientras su mirada se clava en la mía. Sé lo que va a pasar y sé que no debería pasar. Es más, si me levanto de golpe y le pido que se marche aún estaría a tiempo de frenarlo todo. Marcus desliza su mano hasta mi nuca y libera mi cabello de la pinza que lo sujetaba en alto. Retira con ternura un par de mechones que me caen por el rostro y, después... me besa. Sus labios se deslizan sobre los míos y su sabor familiar me inunda cuando su boca se abre paso hasta mi interior. Me aparto suavemente, pero él me retiene, estrechándome entre sus brazos, y me besa con mayor profundidad. Sus manos se deslizan por todo mi cuerpo, acariciándome de forma apresurada mientras la temperatura del salón va subiendo poco a poco. Tengo calor, pero Marcus le pone solución rápidamente cuando empieza a tirar de mi camiseta para sacármela por la cabeza. Esto va, directamente, hacia donde no quería que fuera. Pero sé que ya es tarde para echarme atrás, así que decido que lo mejor es no pensar en las consecuencias. Ya me preocuparé por ellas más adelante.

Él se retira unos centímetros de mi cuerpo para desnudarse rápidamente y por completo. Su miembro erecto aparece frente a mí, preparado y listo para la acción. Marcus se reclina sobre mí, me quita el sujetador y me desata los pantalones con brusquedad antes de tirar de ellos hacia abajo. Un minuto después, ambos estamos en igualdad de condiciones. La única diferencia es que yo aún no estoy preparada para ir al grano y él, sí. Él está muy, pero que muy preparado. Me empuja hacia el sofá para que vuelva a sentarme y me dedica una de esas sonrisas pícaras que siempre tiene preparadas para cuando vamos a mantener relaciones. Le devuelvo la sonrisa, aunque la mía denota un poco menos de entusiasmo. En realidad, ¿qué es lo que estoy haciendo? ¿De verdad voy a acostarme con mi ex? ¿Y eso qué significa? ¿Qué hemos vuelto? ¿Un desliz? Un millar de preguntas rondan por mi mente cuando Marcus, entusiasmado y cachondo, dirige su miembro hacia mi cara. No, una mamada no, por favor.

—Hazme disfrutar, cariño...

“Cariño”. Como si nada hubiera cambiado entre nosotros.

Trago saliva y sin pensar mucho, me la meto en la boca. Marcus sujeta mi cabeza por detrás para “ayudarme” a marcar el ritmo y gime de placer mientras entra y sale de mí. Yo contengo las arcadas y rezo porque acabe rapidito y podamos pasar a otra cosa. Odio el sexo oral. Odio que me lo hagan y odio hacerlo yo. A contener el vómito y las náuseas no le veo nada de erótico y satisfactorio. Y cuando es el otro quien me lo hace a mí... Bueno, digamos que no me suele resultar placentero. Más bien, me da risa. Me entran cosquillas y me siento incómoda por tener ahí, a un tío, entre mis piernas. Se aparta suavemente de mí y después se sube al sofá para dejarse caer sobre mi cuerpo. No estoy lo suficientemente húmeda, así que le pido que sea delicado y él asiente mientras me besa. Siento cómo se hunde poco a poco en mi interior, aunque al principio no me resulta muy agradable, termino lubricando y disfrutando del momento. Entra y sale con rapidez, ansioso por terminar. Puedo notar lo caliente que está en su forma de tocarme los pechos y besarme. Yo rodeo su cuerpo con mis piernas, atrayéndolo hacia mí, y cierro los ojos para permitirme disfrutar. Marcus gime mi nombre de la misma forma que le he escuchado decirlo mil veces antes de esta. Mi nombre. Solamente el mío. Puede que se haya enviado un par de mensajes guarros con Bea, pero la cosa nunca ha pasado de ese punto y eso me hace sentirme un poco reconfortada —y menos estúpida—. Noto cómo su respiración se acelera y su aliento en mi oreja. Aprieta el ritmo. Siento las sacudidas de su cuerpo, intensas y repetitivas, y adivino que está a punto de correrse. Un segundo después, explota en mi interior y grita de placer. Yo no llego al orgasmo, aunque pocas veces suelo hacerlo. Marcus se hace a un lado para no aplastarme, hundiéndose en la esquina del sofá, y desliza un brazo por encima de mi cuerpo.

—Te quiero —susurra con esa horrible sonrisa pícara en los labios.

Es la sonrisa del sexo. La del antes y el después.

Yo trago saliva y asiento, incapaz de responder. No es que no le quiera... Bueno, sé que en otro momento de mi vida sí le quería. Y puede que todavía le quiera. Pero también soy consciente de que mis sentimientos hacia él han cambiado. Ahora mismo, me acerco más a la decepción que a cualquier otra cosa.

Es lunes, toca volver a la realidad del día a día y al trabajo.

Cuando me despierto, mi cabello aún huele a Marcus y puedo sentir su presencia en mi nueva casa a pesar de que solamente estuvo aquí unas pocas horas. Cuatro, como mucho. Nos tomamos una cerveza, echamos un polvo rápido, nos mantuvimos abrazados un rato y se marchó. Yo me quedé en casa con una sensación extraña, muy extraña. Y hoy me he despertado aún con ella.

¿Y si ahora piensa que hemos hecho las paces y que todo está bien? ¿Y si se cree que voy a volver a casa con él? No es lo que quiero. Y eso lo tengo bastante claro, la verdad.

Me doy una ducha rápida. Tenía el pelo limpio, pero necesitaba volver a oler a mí y sentirme bien conmigo misma. Después me visto para ir al trabajo de la forma más cómoda y formal posible y me recojo el cabello en una cola de caballo alta. No soy de maquillarme mucho y todas las mañanas me las apaño con un poco de colorete y rímel, pero hoy he amanecido con un grano en la frente y he necesitado un poco más de maña para conseguir disimularlo.

Cuando bajo al garaje y veo a mi querido Cooper, recuerdo el golpe de ayer y decido hacer otra llamada matutina al tal Poyner. Algo en mi interior me dice que está intentando escaquearse y no hacerse cargo del arreglo, pero lo lleva claro si se piensa que no voy a denunciarle a la policía. La gente “adinerada” es lo que tiene. Se piensan que pueden hacer lo que quieran y que encima saldrán impunes de todo.

Los tonos se reproducen a través del manos-libres del coche mientras circulo por la colapsada ciudad. No responde. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no dormirme cada vez que paro en un semáforo que está en rojo, pero al final consigo llegar sana y salva a la empresa.

Mientras trabajo, no paro de pensar ni un segundo en Marcus. Y en el tal Poyner. Podría escaparme a la comisaría en el descanso. O podría esperar un poco más. Puede que sea una de esas personas que no responden el teléfono si no conocen el número que les está llamando, así que me decido a enviarle un mensaje de texto. Le explico que soy la chica del accidente de ayer y que estoy esperando a que me devuelva las llamadas para que podamos dar parte a los respectivos seguros lo antes posible. Lo envío y decido dejar de pensar en el asunto durante unas horas, porque por más vueltas que le dé no podré acelerar el proceso.

Y entonces, mis preocupaciones pasan a Marcus. Me ha enviado un mensajito diciéndome que lo de ayer fue genial y que vuelve a sentirse como ese chico enamorado que fue al principio de la relación. Suspiro hondo y le respondo que quizás deberíamos quedar para tomar un café y hablar las cosas. Espero que sepa leer entre líneas y que ate cabos por sí solito para poder ahorrarme la molestia de tener que pasar por el mal rato y explicarle que lo que ha pasado no ha significado nada.

—Porque no ha significado nada, ¿verdad? —me pregunto a mí misma en voz alta mientras repaso las próximas citas que tengo.

Hoy es un día tranquilo y puedo quedarme en la oficina preparando los panfletos de los nuevos medicamentos y aprendiéndome los efectos adversos de aquellos fármacos que la farmacéutica sacará al mercado el próximo año. Mi hermana parece que tiene el día muchísimo más ocupado y

ajetreado que yo, así que modificamos nuestra rutina habitual y me bajo yo sola a tomar el café y a comerme el sándwich.

La cafetería está casi vacía, pero no me importa. Mejor aún. Me apetece paz y tranquilidad mientras almuerzo en mi mesa habitual. Mordisqueo el sándwich de salmón y saco el teléfono con el fin de entretenerme un poco. En la televisión de la cafetería tienen puestas las noticias y, si he de ser sincera, prefiero no verlas. Últimamente solo se ve guerra, destrucción y desgracias, así que es mejor evitarlas si uno pretende seguir teniendo salud mental. Reviso los mensajes. Tengo una llamada de Marcus; cosa que no me extraña. También un mensaje suyo. “¿De qué quieres que hablemos, Ash? Es mejor dejar fluir las cosas... Sé que todo irá bien”. Genial. ¿Y ahora qué le digo? Podría responderle que las cosas no irán bien, a secas. Pero en el fondo soy incapaz de teclear eso porque, en mi interior, me da pánico perderle y quedarme a solas. Me gusta verle ahí, detrás de mí, esperando un “perdón” y arrepintiéndose por haberme perdido. Y puede que en el fondo consiga olvidarlo todo, perdonarle, y que todo vuelva a ser como antes. No lo sé. El problema es que no quiero cerrar esa puerta y abrir otra, pero tampoco quiero volver a dejarle entrar a él. Una mierda, sí. Ni siquiera me entiendo yo a mí misma.

Supongo que me pasa algo parecido a lo que le sucede a Sky con Gabe. Mi hermana está loquita y enamorada, pero no quiere admitirlo, ni dejarle marchar. Así que está en una especie de limbo eterno sin ninguna previsión de salir de allí. Y yo no quiero terminar así, ¿verdad?

Levanto la cabeza del teléfono y miro la televisión. Han pasado al tiempo y la presentadora explica que pasaremos las navidades con una helada descomunal. “Lo que faltaba”, pienso, hastiada.

Hoy no tengo buen día. Creo que hoy ni siquiera me soporto a mí misma. Respiro hondo, abro el listado de las últimas llamadas y decido volver a probar suerte con el señor Poyner. Si espera que me rinda fácilmente, lo lleva claro. Un tono, dos tonos, tres tonos... La llamada se extingue mientras mi desesperación y rabia se aviva. Decido en ese instante que lo de esperar se acabó. Si no me devuelve la llamada para cuando termine la jornada laboral, iré a la policía. Ese es el plazo que tiene. Ni un solo minuto más.

—Imbécil... —murmuro, en el preciso instante en el que mi móvil comienza a sonar. ’

El nombre del susodicho aparece en la pantalla y una sonrisa de satisfacción aparece en mi rostro. ¡Ya era hora!

—¿Hola? —respondo.

—Sí, buenas. Tengo un par de llamadas perdidas tuyas y no sé quién...

—Soy Ashley Walsh, la propietaria del vehículo que golpeaste el otro día —le corto, irritada. El tío ni siquiera ha leído mi mensaje de texto—. Te he estado llamando para ver si podías reunirte conmigo y arreglar los papeles del coche.

—Le diré a mi asesora que concierte una cita contigo, ¿bien?

¿A mi asesora? ¿Y tener que volver a esperar para recibir una llamada?

—Pues la verdad es que no. No está bien —respondo con malas pulgas—. Llevo dos días circulando con el coche estropeado y quiero poder meterlo al taller mañana mismo —escupo—. Así que no me apetece estar esperando una llamada de tu asesora ni seguir escuchando esa clase de absurdas excusas. Hazte cargo de los daños de una vez por todas.

Él suspira al otro lado de la línea.

—Muy bien. Mete el coche al taller y te enviaré un cheque para cubrir los gastos causados.

—No quiero un cheque. Quiero que me des los datos del seguro y que me rellenes el parte.

Lo digo convencida y con seriedad, aunque en el fondo no sé si me estoy comportando como

una niña testaruda. ¿Por qué diablos no acepto su dinero y me olvido del asunto? ¿Por qué tanto empeño en involucrar a los seguros?

—Bien. Nos vemos esta noche... ¿Sobre las ocho?

—Genial —respondo, feliz por haberme salido con la mía.

—Envíame la dirección y el lugar de donde quieras reunirte y allí estaré.

—Bien. Hasta luego —respondo, justo cuando él corta la comunicación.

Sin un “adiós” ni un “gracias”.

“¡Qué desagradable!”, pienso, mientras busco en internet la dirección de una cafetería que hay debajo de mi casa para poder enviársela.

Después me levanto de la mesa, me acerco a la barra y pido un café con leche para llevárselo a Scarlett al laboratorio. Dudo que hoy consiga sacar un segundo libre para ella, así que me lo agradecerá. Mientras la camarera lo preparada, desvío la mirada al televisor. Están dando los deportes. Este año los Red Sox jugarán un partido benéfico de Navidad en Fenway Park. Escucho de fondo la voz de la presentadora hasta que, de pronto, veo el titular que se desliza bajo la presentadora; “Los Red Sox volverán a contar con su pitcher titular, Brian Poyner, después de una lesión que lo ha mantenido más de tres meses alejado de las competiciones”. Pestañeo, incrédula.

—No puede ser... —murmuro en voz baja, mientras saco mi teléfono.

Incrédula, abro el buscador de internet y tecleo el nombre. Un segundo más tarde mi pantalla se inunda de fotografías del rostro del tipo que me ha destrozado a Cooper.

—Joder...

—¿Decías algo? —pregunta la camarera, sacándome de mi asombro.

—No, nada... —susurro, todavía en shock.

No he podido reunirme con Scarlett en todo el día.

Cuando le he llevado el café, me he encontrado con que hoy su supervisora trabajaba con ella, así que estaba ocupada y no tenía opción de distraerse ni un solo instante. Se lo he dejado encima del escritorio y me he marchado sin mediar palabra. Y por esa razón, ahora, me dedico a llamarla como una loca. No puedo creer que el tío del accidente sea el mismo Brian Poyner que el jugador de los Red Sox. ¡Es increíble! Cuando Sky se entere se volverá loca y me pedirá un millón de autógrafos. Mi padre y ella son muy fans del beisbol. En realidad, todos en mi familia son muy fans del beisbol, incluso mamá. Yo soy la única rarita que no se lleva demasiado bien con los deportes, aunque tampoco es algo que me inquiete por las noches.

Me miro al espejo, escrutándome de pies a cabeza y procurando ser sincera e imparcial. No sé qué diablos ponerme y por alguna razón incomprensible, me siento nerviosa. Muy nerviosa. De pronto, he dejado de ver con los mismos ojos al prepotente chico que me ha golpeado el coche. Seguro que no podía cogerme el teléfono porque estaba ocupadísimo con los entrenamientos. Lo más probable, además, es que tenga un manager que atienda todos sus asuntos y una asesora que se ocupe de las tonterías más insignificantes —como yo—. Pero al final me ha cogido el teléfono y, además, ha accedido a quedar conmigo y hacer el parte. ¡Genial! Debe de ser un tipo fabuloso si ha conseguido hacerme un hueco con esa agenda tan apretada que debe de tener como futbolista.

Reviso mi armario de arriba abajo y me decido por un vestido vaporoso que queda por encima de las rodillas. Sexy y sencillo al mismo tiempo. Me arreglo el pelo, me maquillo de forma superficial y decido que ya estoy preparada para el encuentro. ¡Qué nervios!

—¡Oh, Dios, Ash! —reirimino a la imagen que me devuelve el espejo—. ¡Qué no es el rey!

Me río de mí misma mientras me pongo el abrigo, preguntándome cuántas posibilidades hay de que un futbolista importante te golpee el coche. Muy pocas, seguramente.

Bajo las escaleras con el teléfono en la mano, llamando a Sky una y otra vez. No me responde, así que ella se lo pierde. Camino hasta la cafetería, me pido un té rojo y una palmerita de hojaldre y me siento en una mesa que queda frente a la puerta, para ver entrar a Poyner cuando llegue.

Marcus me envía un mensaje preguntándome cuándo nos vemos. Le ignoro. Un poco después, Scarlett me envía otro mensaje y me dice que sigue en el trabajo y que no puede hablar. “Luego te llamo”, añade al final. Tampoco respondo; ella se lo pierde. Me tomo el té tranquilamente y mordisqueo con lentitud la palmerita para no quedarme sin quehaceres. Diez minutos. Veinte. Brian Poyner llega tarde, aunque en el fondo sospecho que me lo imaginaba. Me digo a mí misma que esta zona para aparcar es malísima y que, además, un tipo como él debe de tener la agenda apretada e ir muy justo de tiempo. En el fondo sé que no hay excusa, pero mantengo la calma para no transformarme en un ogro.

Me levanto de la mesa, pido otro té y otra palmerita y vuelvo a sentarme. Treinta y tres minutos tarde. ¿Eso es mucho? ¿Poco? ¿Con cuánta demora suelen llegar los futbolistas? “Relájate, Ash”. Cuarenta y cinco minutos y yo ya me he terminado mi segundo té y mi tercera palmerita de hojaldre. Me levanto, dispuesta a marcharme de la cafetería, cuando mi móvil

empieza a sonar. Pienso que puede tratarse del imbécil de Poyner, pero no. Es Scarlett.

—Hola —saludo sin emoción.

—Hola, hermanita —me responde con la voz cansada—. ¿Quién se ha muerto?

—Nadie —respondo con la voz hastiada—. Te llamaba para contarte algo sin importancia.

Me vuelvo a sentar en la mesa con poca esperanza. Voy a darle una pequeña oportunidad más.

—¿Qué? ¡Escupe, a ver si me alegras el día!

—¿Te acuerda del gilipollas que me dio el golpe? ¿El del centro comercial?

—Me acuerdo.

—Pues resulta que es un jugador de los Red Sox.

—¿De los Red Sox? —pregunta, mientras de fondo escucho cómo se sube al coche—. Estarás de broma, ¿no?

—Pues no —murmuro—, y he quedado con él para rellenar los papeles del parte.

—¿Quién es? —inquire con un tono superficial de ilusión.

La noto cansada. Supongo que su día de trabajo habrá sido intenso y agotador.

—Es Brian Poyner —le suelto a bocajarro—. El pitcher del equipo.

—¡No! ¿En serio? ¿Estás bromeando?

—Muy en serio.

—¡Ash, pídele un autógrafo, por favor!

—No lo sé... —murmuro en voz baja—. Es un imbécil y lo último que quiero es que crea que yo también soy una de esas fans tontitas y manipulables.

—Te tengo que dejar, que voy a conducir —me suelta—. Estoy deseando llegar a mi casa y quitarme los jodidos zapatos.

—Vale.

—¿Le vas a pedir mi autógrafo?

—No sé —repito, jugando con la cucharilla de la taza de té vacía—. Ya veré.

—Como no le pidas un autógrafo para mí, te mataré.

Y tras soltar la amenaza, cuelga.

Así de simpática es mi hermana cuando se lo propone.

Pido otra palmera. Esta vez una de las grandes, porque la espera va para largo. Decido pasar del té porque ya tengo la barriga llena de líquido y el vestido, a pesar de ser vaporoso, empieza a apretar un poco en la cintura. Saco el teléfono móvil de nuevo y, desesperada, decido llamar a Poyner para saber si tiene alguna intención de acudir a la cita o no. Si me va a dar plantón, prefiero saberlo y dejar de hacer el ridículo aquí sentada. Además, tengo muchísimo trabajo por delante y todavía no he organizado la agenda de esta semana. Si a todo eso le sumamos que quería pasarme por el centro comercial a por un arbolito de Navidad, tenemos como resultado una tarde a tope. Y aquí estoy, perdiendo el tiempo. Pulso su nombre y los tonos comienzan a reproducirse, como siempre, sin ninguna respuesta. Media palmera devorada y más de una hora de espera. Decido que mi paciencia —y mi capacidad de comer sin hambre— ha llegado a su límite y me levanto de la mesa ante la atenta y curiosa mirada de la camarera. Seguramente se estará preguntando si mi novio me ha dado plantón o algo por el estilo. Me coloco el abrigo sobre los hombros, pago la cuenta pendiente y me dirijo escopetada hacia la puerta. Estoy tan enfadada que ahora mismo ni siquiera respondo de mis propios actos.

Cruzo el pasillo, llego a la puerta y... ¡Plaf! Me doy de bruces con un idiota que entraba sin mirar por donde iba. Refunfuñando para mí misma, levanto la mirada del suelo y me doy cuenta de quién es el hombre que tengo ante mí: ¡Brian Poyner!

—¡Tú! —exclamo, señalándole con el dedo índice.

—Ya... Lo siento, pero ahora no tengo tiempo para autógrafos —me dice, echando a caminar hacia delante y pasando de mi cara bonita.

Necesito contar desde cinco hacia detrás y respirar hondo antes de encaminarme tras él. Brian avanza por la cafetería, tanteando la mirada por todas las mesas. Lo más probable es que esté intentando dar conmigo.

—¡Eh, Poyner! —exclamo, golpeándole en la espalda con poca delicadeza—. Llegas más de una hora tarde.

Él pestañea varias veces, mirándome con sorpresa.

—¿Eres tú? ¿Ashley Walsh?

—Sí, soy yo —resoplo, señalando la mesa vacía en la que minutos antes había estado sentada—. ¿Nos sentamos y acabamos con esto?

Estoy deseando firmar el dichoso parte y marcharme.

Brian, que va vestido de forma deportiva, con una visera y unas gafas de sol a modo de complemento, me sigue hasta la silla y toma asiento. Le examino superficialmente y me pregunto a mí misma si no tendrá frío con ese jersey tan fino.

—No te recordaba... así —añade, sonriéndome con amabilidad.

—Supongo que tampoco te fijaste demasiado en mí —respondo con brusquedad—. Tenías prisa, ¿no?

—Sí... Ya, puede ser.

Me cruzo de brazos, esperando a que saque los papeles del seguro.

—¿Has traído el parte?

Él sacude la cabeza.

—Creí que lo traerías tú.

Supongo que un chico como Brian Poyner está demasiado acostumbrado a que le traigan todo hecho. Me golpeo la frente con la palma de la mano mientras susurro en voz baja un irónico “fantástico”. Llevo más de una hora esperando a la estrellita de los Red Sox, para nada. Me acuerdo de Sky y me digo a mí misma que podría aprovechar la ocasión para pedirle un autógrafo para ella, pero... Me niego a contribuir al crecimiento de su prepotencia y egocentrismo.

—Bueno, pues entonces no hay nada que hacer —resoplo, hastiada—. Tendremos que quedar en otra ocasión. Si lo prefieres, pásame el número de teléfono de tu asesora. Le enviaré mis datos y concertaré una cita con ella.

Aferro mi bolso debajo de mi brazo y me levanto de la silla. Entonces, de forma imprevista, Poyner estira la mano y me sujeta del brazo para detenerme. Yo le miro con curiosidad.

—¿Qué? —inquiero, inspeccionando la mesa por si me dejo algo.

—Ya que he venido hasta aquí podrías quedarte a tomar algo conmigo, ¿no?

Parece confundido.

Estoy convencida de que todas las chicas de la ciudad se morirían por tomarse un café con Brian Poyner. Y lo peor de todo es que él, lo sabe. Quizás por esa razón me cause a mí tantísima repelencia. Odio los creídos. Los odio con toda mi alma. Y Brian Poyner tiene todas las papeletas para tenérselo muy, muy creído: alto, guapo, deportista, rico y famoso. Un par de chicas de una mesa cercana cuchichean en voz baja, señalándonos. Una de ellas me parece que nos saca una foto.

—Nos están mirando —le digo en voz baja—. Así que no. Quiero irme.

Él parece todavía más sorprendido.

—Bienvenida a mi mundo —responde, levantándose de la silla.

—¿Qué haces?

—Has dicho que quieres irte, ¿no? Pues vámonos.

Me quedo muda.

—Eso mismo he dicho, sí. “Irme”, en singular.

Poyner suelta una carcajada descomunal.

—Te he estropeado el coche y te he hecho esperar una hora...

—Más —le interrumpo—. Más de una hora.

—Está bien, más de una hora. Creo que lo mínimo que puedo hacer es compensártelo con un café, ¿no?

Le imito y, poco convencida, me levanto de la silla.

—No bebo café a partir de las seis —respondo con mucha seriedad, intentando averiguar cuáles son las intenciones de este chico.

—Pues entonces un zumo.

Aprieto los labios, dubitativa.

Si digo que no y Scarlett se entera, me matará. Me llevará hasta el puente más alto de la ciudad y me lanzará al vacío sin piedad, seguro.

—Está bien. Un zumo —cedo, caminando hacia la puerta.

El murmullo y el cuchicheo de las chicas de la mesa se intensifica más cuando pasamos cerca de ellas y Poyner rodea mi cintura con su brazo. Doy un respingo, sobresaltada por el acto tan repentino, pero decido no apartarme bruscamente para no hacerle quedar mal. Nos están mirando. Y seguramente, también fotografiando. Espero a salir de la cafetería y, entonces, me aparto de él.

—¿Qué haces?

Poyner suelta una risotada mientras yo me pregunto si este tipo está bien de la cabeza.

—Darles algo de qué hablar.

Sacudo la cabeza a modo de desesperación.

Está claro que la fama le gusta. En fin; hay gente que sirve para ser el centro de atención y otra gente que no. Yo pertenezco al segundo grupo y él al primero. Así de simple.

—¿Dónde quieres ir a tomar el zumo?

Le miro a los ojos y me doy cuenta de lo guapísimo que es. Es normal que todas las hinchas de los Red Sox estén loquitas por él, la verdad. Si no fuera por esos aires de superioridad que desprende, creo que yo también terminaría cayendo en sus redes.

—Mmm... pues...

Medito la respuesta unos instantes. La verdad es que tengo muchísimas cosas que hacer y no esperaba perder el tiempo más de la cuenta.

—¿Sabes qué? Podrías llevarme al centro comercial a por un árbol de Navidad.

Brian frunce el ceño, pensativo.

Estamos parados en mitad de la acera. Hace un frío horrible y varias personas que se cruzan con nosotros nos miran, expectantes. No sé si le reconocen o si simplemente se estarán preguntando si es él de verdad.

—Está bien. Te llevo.

Echamos a caminar y me explica que ha dejado su coche aparcado un par de manzanas más al fondo. No tardamos demasiado en dar con él. Es enorme. Uno de esos monovolúmenes negros que, si los ves en la carretera, piensas que llevan al presidente del gobierno en su interior.

—Vamos... —me insta, señalándome la puerta del copiloto.

Me siento extraña.

¿De verdad me estoy subiendo al coche —o mejor dicho, cochazo— de un auténtico desconocido? Creo que, al ser famoso, ya he dado por hecho automáticamente que vaya a ser buena persona. Y con buena persona me refiero a un “no psicópata” —porque impuntual, prepotente y egocéntrico ya he visto que es—.

—¿Te sientes incómoda? —me pregunta de sopetón mientras pone el vehículo en marcha.

—No acostumbro a subirme a los coches de los desconocidos —admito, encogiéndome de hombros.

La música comienza a sonar a todo volumen. Rap. Poyner se apresura a apagarla y vuelve a centrar su atención en mí.

—Pero yo no soy un desconocido —señala.

—Para mí sí que lo eres.

Ahí es a donde quería llegar a parar.

Me imagino cómo será su vida: conoce a una chica en un bar, la invita a ir a su hotel —¿por qué imagino que todos los futbolistas viven en hoteles, con sirvientes, y no tienen casa?— y ella le acompaña sin pestañear. Sexo, alcohol, seguro que también otro tipo de drogas de las que yo ni he escuchado ni hablar y adiós muy buenas, si te he visto ni me acuerdo.

—¿Sabes? No eres como las demás chicas.

Le miro.

Poyner se está incorporando a la circulación para ponerse rumbo al Brighton Center.

—¿Por qué dices eso?

En realidad, la respuesta tampoco me interesa demasiado.

Puedo imaginar sin necesidad de ayuda por qué: porque no soy la típica babosa que necesita un babero y va caminando detrás de él. No me extraña que no sea capaz de contestar el teléfono a la primera o de llegar puntual a las citas importantes. Y, la verdad, es que después de conocerle tampoco me sorprende que no sea capaz de rellenar un parte en el momento del accidente y tenga que marear a la gente. Tengo la sensación de que este tipo se piensa que el mundo gira a su alrededor.

—No sabría decirte... Es un presentimiento.

—Ya... —murmuro, distraída, arrepintiéndome de nuevo por haberme subido a este coche.

¿Y si es un violador? Que sea famoso no quiere decir que no sea peligroso.

Saco el teléfono móvil de mi bolso y le envío un mensaje a Scarlett: “estoy en el coche de Brian Poyner y me está llevando a Brighton Center a comprar un árbol. Te escribo este mensaje para que puedas darle datos a la policía si me secuestra o desaparezco”.

—¿Qué estás pensando?

Guardo el móvil, pero la respuesta no tarda ni un minuto en llegar.

—¿La verdad? Nada interesante —miento, sonriéndole tímidamente.

“¡No fastidies! ¡Eres un zorrón! Está soltero y tiene millones, así que no pierdas el tiempo en arboles y al grano. Por cierto, no te olvides de mi autógrafo”.

Sky, como siempre, en su línea. No respondo.

Hemos llegado al parking y Poyner se dedica a buscar sitio para aparcar cerca de la puerta. Está menos saturado que la vez anterior, aunque para ser día laboral sigue habiendo bastante gente. Pasamos dos huecos perfectos de largo porque este coche es gigantesco y casi se necesitan dos plazas para aparcarlo. Al final, lo conseguimos.

Me bajo del coche y Poyner hace lo mismo. Caminamos unos minutos en silencio hasta la

entrada principal, que está abarrotada de gente. Las luces brillan en cada esquina y los adornos navideños ya se han transformado en los protagonistas indiscutibles del decorado del centro comercial. Poyner camina junto a mí, muy cerca. Puedo sentir su mirada atenta clavada en mí y eso me pone nerviosa. Levanto la cabeza y mis ojos chocan con los suyos antes de que los aparte, avergonzado, como si le hubiera pillado haciendo algo malo.

—¿Sabes? Creo que voy a aceptar tu oferta —le digo, mientras nos escabullimos entre la gente.

—¿Mi oferta?

Asiento con la cabeza.

—La de que pagues los gastos del taller. Creo que, viendo el panorama y descartando hacer las cosas en condiciones, será lo más práctico, rápido y cómodo. Para ambos.

—No te preocupes, rellenaremos ese parte como tú quieras —replica, guiñándome un ojo.

Un grupo de chicas se acerca a nosotros dando saltitos y nos paran. Bueno, mejor dicho, le paran. Deben de tener un par de años menos que yo. Le preguntan si “de verdad es Brian Poyner” y cuando éste responde que sí, lo acosan con el flash para turnarse e ir sacándose fotos con él. Me cruzo de brazos a esperar y me doy cuenta de que más transeúntes se detienen a mirar la escena, comprenden qué es lo que está pasando y se paran para pedirle otra fotografía. Me siento agobiada. Pero más por él que por mí. Yo, a fin de cuentas, ya me he apartado a una esquina con la intención de pasar desapercibida y nadie parece percatarse de mi presencia. Saco el móvil y reviso el correo electrónico mientras espero. Pero cada vez hay más gente. Poyner les explica que hay alguien esperando, que debe marcharse, pero los fans —sobre todo, las chicas—, continúan acosándole. Al final, termina haciéndose un hueco entre la multitud y escabulléndose para llegar hasta mí.

—¡Es terrible! —exclamo, horrorizada.

Él se ríe.

—Hay días peores y días mejores. Lo mejor es cuando nadie te reconoce.

—¿Es que la gente no tiene vergüenza? —pienso, mientras descarto automáticamente la idea de pedirle un autógrafo para Sky.

Totalmente descartado.

—¿Qué hacemos primeros? ¿Zumos o árbol? —inquire, ignorando mi asombro.

—Zumos —respondo, casi sin pensar.

Creo que necesito un poco de paz.

Subimos a la planta de arriba, pedimos dos batidos de fresa y nos sentamos en la mesa que hay más al fondo. Yo me pongo de cara al restaurante y Brian se sienta frente a mí.

—Bueno, ¿entonces llevo el coche al taller y te paso la factura?

Él suelta una carcajada.

—¿Es que no tienes otro tema de conversación?

—En realidad, la única razón por la que me he citado contigo es esa. Me gustaría dejarlo solucionado lo antes posible, porque no sé cuándo tendré otra tarde libre para poder rellenar un parte.

—¿Necesitamos una tarde al completo? —se ríe.

—Si tenemos en cuenta que llegarás hora y media tarde y que después daremos trescientas vueltas antes de echar el garabato, sí.

Poyner suelta otra risotada.

—El coche al taller. Pagaré los gastos y listo.

—Bien —respondo con una sonrisa antes de darle un sorbo a mi batido.

Está frío y es refrescante.

Sé que, en estas fechas, la gente suele preferir un chocolate calentito o algo por el estilo. Pero la verdad es que me moría de ganas por tomar unos de estos.

—¿Ahora me cuentas un poco más sobre tí?

Me encojo de hombros.

¿Por qué tengo la sensación de que esto empieza a parecerse a una cita?

—¿Qué quieres saber?

—Tu edad, por ejemplo.

—Veintiocho. Aunque el mes que viene cumplimos veintinueve. ¿Y tú?

—¿Cumplimos?

—Mi hermana y yo.

Brian asiente, pensativo.

—¿Y tú? —repito al ver que ignora mi pregunta.

Él se ríe.

—¿No lo sabes?

Sacudo la cabeza lentamente.

—No te gusta el beisbol, ¿verdad?

Niego de nuevo, esta vez con una risita.

—¿Y tampoco me has buscado en internet?

—¿Tendría que haberte buscado en internet? —repito, sin comprender la razón por la que podría hacer algo así.

Él se encoge de hombros.

—Eres muy rara, ¿lo sabes? —me repite, y esta vez sí que me hace sentirme un poco “bicho raro”—. Tengo veinticinco. Aunque en unos meses cumpliré veintiséis —añade con una risita.

—Eres un bebé.

—Casi tan bebé como tú —replica, guiñándome un ojo.

Como norma general, no me gustan los chicos menores que yo. Ni siquiera cuando la diferencia de edad es mínima, como es el caso. La razón principal suele ser porque ellos maduran mucho más tarde o peor que las mujeres. Pero esta vez no es el caso. Brian parece mucho más maduro que cualquiera de los chicos de veinticinco años que he conocido en mi vida. Además, parece más mayor de lo que es —aunque esto último no se lo voy a decir, claro—.

—Sabes, creo que es la primera vez que quedo con una chica sin que sepa nada de mí —admite con vergüenza.

—En realidad, esto no es una cita. Era una reunión para solucionar el asunto del golpe.

Él se ríe.

—Aún así, sabías quién era...

—No te creas, lo he descubierto hace poco.

Poyner se queda mirándome de un modo extraño que me hace sentir muy incómoda. Como si estuviera intentando descifrarme y escanearme con la mirada.

—¿Estás bien?

Él asiente.

Decido cambiar el tema y dirijo la conversación hacia los batidos. Le cuento que conozco un par de sitios donde los preparan espectacularmente bien y me entretengo relatándole porqué los de plátano y fresa son mis favoritos. No es que sea la conversación más profunda e interesante de mi

vida, pero prefiero eso a que vuelva a llamarme bicho raro.

Después nos dirigimos a por el árbol. Son todos preciosos, pero yo termino decidiéndome por uno pequeño y muy sencillo porque mi pequeño salón no da para más.

Lo cargamos en el coche y llega el momento de regresar a casa.

—Oye, Ashley... —dice Poyner, apagando la radio por completo para poder charlar sin ruido de fondo—, ha sido una tarde muy agradable. De verdad.

—Sí —admito—. Ha estado bien.

Esperaba firmar un papel y deshacerme de él lo antes posible, pero debo admitir que este rato ha servido para que mi opinión sobre Poyner cambie bastante. Además, por desgracia, he podido presenciar en mis propias carnes lo agobiante que resulta ser una cara conocida en esta ciudad.

Le doy la dirección de mi casa y él la pone en el GPS del coche. Que, dicho sea de paso, parece más una nave espacial que un coche. ¿Para qué diablos necesita tantas lucecitas y botones? ¡Por Dios, hacen complicado hasta conducir!

Se detiene frente a mi edificio y lo inspecciona con cierta curiosidad, mientras yo procuro no morir de vergüenza.

—Es un pisito muy humilde —le digo, como si me sintiera en el deber de recordarle que yo no gano millones.

—Ya... claro.

Se baja del coche y yo, estupefacta, me apresuro a hacer lo mismo. No tenía pensado invitarle a subir... ¡Por Dios! ¿Qué pensaría Brian Poyner después de ver mi salón? ¿Mi cocina? ¿Mi habitación? Además, si se piensa que esto va a terminar en una noche de sexo... ¡Lo lleva clarísimo!

—No, no hace falta que me acompañes —le digo con una sonrisa—. Puedo subir el árbol yo solita.

Brian suelta una risita.

—No me estaba autoinvitando —se excusa—. Solamente iba a ayudarte a sacar la caja del maletero.

—¡Ah, claro! —exclamo, avergonzada.

Me recoloco un mechón de cabello detrás de la oreja mientras él lo saca y lo coloca en la acera frente al portal. Es en ese preciso momento es cuando me doy cuenta de que el coche que hay aparcado en frente, ese sobre el que me he apoyado hace un segundo... ¡Es el de Marcus! Lo más probable es que esté arriba, esperándome. Empiezo a ponerme nerviosa y, a pesar de encontrarnos casi a cero grados, a sudar.

—Bueno, pues nada... ¿Quedamos en que llevas el coche al taller?

Asiento con la cabeza.

—Y te paso la factura —añado, frotándome las manos.

No me apetece encontrarme con Marcus.

—Pues un placer, Ashley —me dice, sonriente, antes de acercarse a mí para darme dos besos.

Me aparto hacia detrás, dando un salto, y Poyner frunce el ceño sin comprender mi comportamiento.

—Verás... Tengo que pedirte un favor.

—¿Un favor? —repite.

Suspiro hondo, sopesando si estoy a punto de cometer un error.

—Hace poco que lo deje con mi ex y parece que él no ha asimilado muy bien la ruptura... —comienzo, aunque después me pregunto qué diablos estoy haciendo.

¿De verdad estoy a punto de pedirle que suba y le eche de mi casa para no tener que enfrentarme a la situación? Bueno, ya soy mayorcita. Creo que debería resolver mis problemas por mis propios medios.

—Nada, déjalo —concluyo, armándome de valor—. He visto su coche aparcado frente a mi portal y me ha entrado el pánico, pero podré apañármelas.

—¿Quieres que te acompañe arriba? —pregunta.

—No, no... Claro que no. Podré solucionarlo yo sola.

Poyner no parece demasiado convencido con mi respuesta.

—No me importa. Te ayudaré a subir el árbol y me marcharé —me dice—. Así podrás decirle que tienes visita y que lo mejor es que se vaya.

—No, tranquilo, de verdad —respondo, cargando con la caja entre mis brazos—. Me las apañaré. ¡Gracias!

Y dicho esto, me doy la vuelta y me encamino hacia el portal.

Escucho cómo Poyner se despide de mí de fondo, pero la verdad es que mi preocupación ha cambiado y ahora mismo solamente pienso en que dentro de unos minutos me encontraré cara a cara con Marcus. Y tendré que enfrentarme a él. Después de lo que sucedió ayer, parece que se piensa que hemos retomado nuestra relación y que todo volverá a ser como antes. Y eso es lo último que quiero.

Subo con lentitud, escalón a escalón. El maldito árbol de navidad pesa una barbaridad y, además, el abrigo reduce mi movilidad al máximo. Cuando llego a mi planta, me lo encuentro sentado en las escaleras frente a mi puerta. Me sonrío y me pregunta si necesito ayuda.

Yo dejo el árbol contra la pared y respiro, dispuesta a armarme de valor y ser sincera.

—¿Qué haces aquí, Marcus?

—No me respondías a los mensajes y necesitaba verte —me explica.

Y su voz vuelve a sonar rota y herida.

Suspiro hondo.

—Pero hemos roto. No puedes aparecer en mi casa sin avisar, ¿sabes?

Él parece confundido y triste.

—En realidad, solamente quería verte, Ash... Después de lo de ayer, yo... —tartamudea con confusión—, no sabía qué pensar de nosotros.

—No hay un nosotros —suelto, y nada más decirlo me doy cuenta de que he sonado demasiado seria—. Lo de ayer fue un desliz, pero las cosas siguen igual que antes de que sucediera.

Marcus agacha la cabeza.

—¿Podemos pasar dentro y hablarlo?

Niego lentamente.

—En realidad, no —respondo muy seria—. Necesito tiempo, Marcus. De verdad, yo no puedo olvidar lo de Bea de la noche a la mañana... Creí que lo entendías.

—Lo de Bea no fue nada. Ni siquiera un beso. Nada. Solamente cuatro fotos inocentes.

Suspiro.

—De inocentes no tenían nada —replico, y me doy cuenta de que esta está siendo la misma conversación que tuvimos el día de la ruptura—. Será mejor que te marches, ¿vale? Dame tiempo y ya hablaremos. Pero necesito espacio.

—Déjame entrar, Ash... Por favor, no me hagas eso. No me eches de tu casa como a un perro.

Niego con la cabeza, confundida, mientras Marcus se acerca a mí poco a poco, acorralándome. Escuchamos un ruido en la escalera y se detiene, pero después se extingue y vuelve a caminar hacia mí.

—De verdad, necesito que te vayas, Marcus... Quiero espacio. Necesito espacio.

Él levanta una mano y la coloca sobre mi rostro.

Sonríe de medio lado mientras me atrae hacia él para besarme.

—Por favor, Ash... No seas así.

—Suéltame... No, no quiero —refunfuño, deshaciéndome de sus brazos.

En ese momento suenan unos pasos muy cerca de nosotros y ambos nos giramos hacia las escaleras. Alguien sube.

—¡Oh...!

Poyner.

¿Pero qué diablos? ¿Qué hace él aquí?

—Ashley —me saluda, fingiendo que no ha escuchado nada de la conversación—. ¿Qué tal?

Debe de ser estúpido si se piensa que no me he percatado de que me ha estado espiando. ¿Por qué diablos ha hecho eso? ¿Pero qué les pasa a los hombres?

—¿Y tú quién eres? —escupe Marcus de mal humor.

Me extraña que no lo reconozca, porque mi ex sí es muy hincha de los Red Sox.

—¿Qué haces aquí? —pregunto yo.

—Habíamos quedado para cenar, ¿no lo recuerdas?

Termina de subir los escalones y se reúne conmigo arriba. Me da dos sonoros besos en la mejilla, como si fuera un viejo amigo de toda la vida. Marcus nos mira extrañado y desconcertado, fuera de lugar.

—Cierto... No lo recordaba —murmuro, haciéndome a un lado y buscando las llaves en el interior del bolso—. Tengo visita, Marcus. Ya hablaremos en otro momento, ¿vale?

Mi ex pestañea, incrédulo, y suelta una risita.

—¿Estás bromeando?

—Eh, amigo... —salta Poyner, entrando en acción—, ya has oído a Ashley. Será mejor que vengas a verla en otro momento.

—¡Esto es increíble! —exclama, mirándome muy fijamente—. Tú sabrás...

Y dicho eso, se encamina escaleras abajo.

Suspiro, aliviada, y espero unos instantes para comprobar que se ha marchado antes de abrir la puerta de casa. Poyner coge el árbol de navidad y entra detrás de mí.

—Al final sí que necesitabas refuerzos... —se ríe.

Cierro de un portazo antes de encararle, enfadadísima.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

El chico parece confuso y sorprendido.

—Creí que necesitabas ayuda.

—¡Te había dicho que no! —exclamo, histérica—. ¿Por qué diablos has tenido que aparecer? —grito—. ¡Tenía todo bajo control!

—No me ha dado esa sensación, perdona...

Aprieto los puños con rabia mientras él se da la vuelta.

—Creo que debería irme. Perdona. Ha sido un error, pero... Solamente pretendía ayudar.

Hago un esfuerzo por calmarme y no perder los nervios.

—No, no te vayas —le pido, esforzándome por relajarme—. Es que... Me gusta resolver las cosas por mí misma.

—Ya... claro.

Brian vuelve a darse la vuelta y por primera vez echa un vistazo a su alrededor. Yo me sonrojo al instante. No sé si vivirá en un hotel de cinco estrellas o en una mansión, pero lo que tengo claro es que no estará demasiado acostumbrado a ver estos pequeños y sencillos apartamentos. ¡Si ni siquiera tengo ascensor!

—Perdona por las cajas —me excuso, señalándolas—. Aún estoy en proceso de mudanza...

—Ya lo veo.

—¿Quieres tomar algo? ¿Cerveza? —pregunto, intentando pensar qué tengo en la nevera.

Creo que lo único que hay es cerveza. Y tampoco es que queden demasiadas latas...

—No bebo alcohol en temporada, pero gracias.

Asiento con la cabeza, sintiéndome absurda. ¡Claro!

Es un deportista profesional, Ashley, ¿qué esperabas?

Brian pasea su mirada por cada rincón del piso, inspeccionándolo. Yo, mientras tanto, procuro actuar con naturalidad y que no me dé algo. Seguramente, este tipo cobre a la semana mucho más de lo que yo cobraré sumando todos los sueldos de mi vida en uno.

—Me gusta tu piso —suelta, finalmente—, es acogedor.

—Ahí está mi habitación y en la puerta que hace esquina el lavabo —señalo, dando por concluida de esa forma la visita guiada.

—Seguro que cuando lo decores te queda precioso —me dice, y soy consciente de que lo hace para quedar bien.

Voy a la nevera y me apresuro a sacar una lata de cerveza. Tengo la garganta seca y sigo con los mofletes enrojecidos —puedo notar cómo me arde el rostro—, así que le doy un largo sorbo procurando relajarme. Brian se cruza de brazos en mitad del salón y me dedica una tímida sonrisa.

—Creo que debería irme —admite después de un incómodo y largo silencio—. Tienes razón, ha estado fuera de lugar. Debería haber respetado tu...

—¿Te apetece ayudarme con el árbol? —suelto sin pensar.

No quiero que se marche tan rápido. Y la verdad es que ni siquiera yo comprendo la razón de ser de ese sentimiento.

—¿Con el árbol? —repite, desviando la mirada hacia la caja.

—Sí... ¿Te apetece ayudarme a montarlo?

Brian duda unos instantes, indeciso.

Soy totalmente consciente de que hace un buen rato que he dejado de verle como al típico niño rico que no sabe con qué entretenerse y se cree por encima de cualquiera. No, la verdad es que ahora estoy disfrutando de su compañía. Y si he de ser sincera conmigo misma, me alegro de que esté aquí.

—Lo siento, pero..., creo que debería irme —repite con una mueca de disgusto, encaminándose a la puerta principal—. Lo siento —murmura una vez más, antes de abandonar el piso y desaparecer.

Pestaño, confusa, antes de propinarle otro trago a la lata mientras me pregunto a mí misma qué diablos he podido decir o hacer para espantarlo de esa forma. ¿Habría sido mi pequeño apartamento? ¿Mi evidente falta de clase? O, sencillamente, ¿tenía que marcharse?

“Bueno”, pienso, dejándome caer en el sofá para llamar a Sky y contárselo todo, “pues hasta aquí ha llegado mi breve trato con el famosísimo pitcher de los Red Sox”.

Paso mala noche.

No consigo dormir y, cuando por fin concilio el sueño, tengo pesadillas.

Hacía muchísimos años que no tenía pesadillas; desde que era una cría, en realidad. En aquella época Scarlett y yo compartíamos habitación y cada vez que me ocurría, ella estaba allí para cuidarme y consolarme. Todavía recuerdo aquellas largas noches en las que me despertaba empapada en sudor y con el corazón palpitando desbocadamente en mi pecho. Sky se colaba sigilosamente en mi cama, me abrazaba con fuerza y me decía que si estábamos juntas siempre estaríamos a salvo. Y yo la creía, porque mi hermana siempre ha sido mi mitad. Y, de paso, mi barco salvavidas. No recuerdo ni un solo instante en el que ella no estuviera a mi lado.

Cojo el teléfono para revisar la hora y descubro que son solamente las cinco menos veinte de la madrugada. Aún es pronto. Podría intentar conciliar el sueño y dormir un par de horas más, pero en vez de cerrar los ojos y esforzarme por dormir, pienso en Poyner. Ni siquiera sé por qué. Puede que, de alguna forma, mi subconsciente me esté diciendo que el día de ayer me gustó mucho más de lo que quiero admitir. Y tiene razón, la verdad. Poyner es un tipo agradable, fácil de tratar. No es egocéntrico ni se pasa largas horas hablando de sí mismo, como cabría esperar que hiciera cualquier chico de su edad. Vuelvo a coger el móvil porque, antes de bloquear la pantalla al mirar la hora, he visto que tenía un mensaje nuevo. Una pequeña parte de mí mantiene la esperanza de que se trate de él, pero no. Es Marcus. Está indignadísimo por lo mal que le he tratado y espera que, al menos, me reúna con él para darle alguna explicación coherente. “No me merezco esto, Ash. No después de todo lo que hemos pasado juntos... Si quieres dejarme, ten el valor de quedar conmigo y decírmelo a la cara”. Suspiro hondo al leerlo. Sin duda, acostarme con él fue un error que tendré que pagar muy caro. Me incorporo y me apoyo contra el cabezal de la cama. Un par de mechones sudorosos se pegan en mi frente y me los aparto de un manotazo. Estoy asquerosa y me siento sucia, pero a su vez me siento calentita aquí, bajo las mantas, y no quiero destaparme para ir hasta la ducha. Supongo que siempre soy así de indecisa, incluso con Marcus. Una parte de mí quiere cortar cualquier lazo existente con él y otra parte de mí, en el fondo, anhela mantenerlo ahí, a la espera, por si en algún momento descubro que lo nuestro no fue un error y me decido a retomar la relación. Sé que las dos cosas son incompatibles que mientras siga actuando así me pasará factura, pero no puedo evitarlo.

Un cuarto de hora más tarde, me levanto de la cama hecha un flan y me envuelvo en la bata de andar por casa. En el exterior aún no se atisba ninguna luz, aunque mi salón está iluminado por completo. Ayer, antes de irme a dormir, monté el árbol y lo decoré. Queda precioso, así que me alegra haberle hecho caso a Sky y haberme decidido a comprarlo.

Me hago un café con leche y cuando por fin me relajo y me despejo, me meto en la ducha. Para cuando salgo de debajo del chorro de agua caliente son las seis y cuarto. El tiempo vuela. Me seco el pelo, me lo recojo en una coleta, me visto con unos vaqueros, unos tacones anchos y una blusa y me coloco una americana para que me dé un aire más formal. Hoy tengo la reunión del nuevo fármaco y, en esta ocasión, soy yo quien lidero la campaña de ventas. Necesito estar

presentable y que me tomen en serio. Para cuando termino de maquillarme, me doy cuenta de la tardía hora que es. En ocasiones, cuanto más tiempo tenemos, con más calma nos lo tomamos todo. Tenía que haber aprovechado el madrugón de hoy para haber dejado a Cooper en el taller y haber pedido un taxi para ir al trabajo, pero supongo que tendré que encargarme de mis asuntos personales en mi hora del almuerzo. No me queda otra.

Cojo mi bolso, el abrigo, un paraguas, y muerta de frío salgo al portal. Tiritito de pies a cabeza cuando llego al piso de abajo. Al abrir la puerta, una ráfaga de aire helado congela mis huesos, haciéndome saber al instante que no recuperaré el calor corporal en todo lo que queda de mañana. Me quedo boquiabierta observando el cochazo que hay frente a mí. Negro, grande, largo. Uno de esos coches en los que suelen viajar los políticos importantes. El presidente, tal vez. Como no tengo tiempo que perder, lo ignoro y me apresuro a doblar la calle hacia el aparcamiento de Cooper.

—¿Señorita Wals?

Me giro, sorprendida al escuchar mi nombre.

Un tipo trajeado, con pinganillo en la oreja y todo, camina con paso decidido hacia mí.

—¿Sí? —pregunto con la voz temblorosa mientras pongo mi cabeza en marcha e intento recordar si me he metido en algún lío importante últimamente.

No, ninguno. Puedo asegurar que mi vida ha sido muy aburrida.

—Me llamo Royer y en el día de hoy seré su chofer —se presenta, sin un atisbo de sonrisa—. El señor Poyner nos ha encargado la tarea de llevar su coche al mejor taller de la zona y de desplazarla a donde usted desee.

Parpadeo varias veces, intentando asimilar lo que acaba de decir. ¿De verdad? ¿Brian Poyner me ha enviado un chofer particular? No puedo evitar echarme a reír como una loca.

—Dígale al señor Poyner que es muy amable por su parte —respondo, todavía riéndome—, pero que no es necesario. Me las apañaré para llevar el coche al taller más adelante y enviarle la factura. Gracias.

Estoy a punto de darle la espalda cuando el tal Royer camina un paso más al frente, intimidándome.

—El señor Poyner dijo que respondería eso mismo y me encargó hacerla entrar en razón.

¿Y cómo diablos pretende hacerme entrar en razón este tipo? ¿Secuestrándome? ¿Metiéndome en el coche a la fuerza?

—¿Quién llevaría mi coche al taller? —pregunto con desconfianza.

Varios vecinos que salen de sus casas para ir a trabajar se cruzan con nosotros y nos escrutan de hito a hito con curiosidad. Sin duda, estamos captando la atención de cualquier persona presente.

—Mi compañero se encargará de llevar el vehículo al taller mientras yo la desplazo a donde desee.

—¿Y cómo sé que cuidarán bien de mi vehículo?

Royer sonrío. Al parecer mi pregunta le hace gracia.

—Está bien —admito al final, deseosa de abandonar el lugar. Todos los vecinos que salen me miran de arriba abajo, seguramente preguntándose en qué lío estaré metida.

Genial. No llevo ni una semana en el edificio y ya me he convertido en la protagonista principal de los cotilleos de la vecindad.

Le tiendo las llaves a Royer, poco convencida, y camino tras él hacia el coche negro de cristales tintados. Casi me siento importante cuando me abre la puerta para que pase al interior.

—Mi coche está aparcado en...

—Sabemos dónde está aparcado, no se preocupe, señorita Walsh —me corta, sin dejarme terminar—. Usted relájese y dígame a dónde desea que la lleve.

Le doy la dirección de mi empresa y me hundo en el asiento calefactable de cuero. ¡Sí, es calefactable! Es increíble, pero dos minutos más tarde ya he entrado en calor y he dejado de tiritar. Me sobra, incluso, el chaquetón. Royer conduce con suavidad y sin prisas, y eso me agobia un poco. Voy a llegar bastante justa a la reunión, pero supongo que no estoy en condiciones de pedirle que presione más el acelerador. Saco el teléfono móvil y aprovecho para revisar los emails, distraída. Respondo a varios mensajes importantes del trabajo y me doy cuenta de que viajar así es realmente cómodo. Podría decirse que el tiempo que tardo en desplazarme de casa al trabajo está cien por cien aprovechado.

—Ya hemos llegado, señorita Walsh —me anuncia.

Ha parado en el parking de mi empresa, junto a la entrada, en doble fila. Todo el mundo nos mira. ¡Todo! Incluso mi jefe, que pasa junto al coche, se queda embobado observando para descubrir quién sale de su interior. Royer se baja del asiento del conductor y se apresura a abrirme la puerta, dejando boquiabiertos a todos aquellos que se han quedado mirando.

—Gracias —respondo, roja como un tomate.

Camino apresurada hacia la puerta de la empresa, procurando dejar de ser el foco de atención antes de que mi nombre también se convierta en el nuevo cuchicheo de la oficina.

—¡Señorita Walsh! —exclama Royer, apresurándose detrás de mí—. ¿A qué hora desea que pase a buscarla?

¡Ay, Dios! ¡Siguen mirándonos!

—No... No lo sé —respondo, titubeante.

Royer extiende una tarjeta y me la entrega. Veo que en ella aparece un número de teléfono.

—Llámeme —me dice, antes de darse la vuelta.

Yo asiento antes de echar a correr al interior del edificio.

Estoy preparando los papeles para la reunión —voy justa de tiempo— y procurando distraerme de la locura de mañana que acabo de pasar cuando mi hermana aparece en mi despacho, histérica.

—¿Me puedes contar qué diablos ha ocurrido? ¡Es increíble que me tenga que enterar por los cuchicheos de Molly!

—¿Molly? —pregunto, anonadada—. ¿Quién es Molly?

—La mujer barbuda que trabaja en recepción —señala, quitándole importancia al dato con un gesto con la mano—. Pero la pregunta no es esa. ¿De verdad has venido a trabajar en el coche del presidente?

Suspiro hondo, armándome de paciencia.

—No. No era el coche del presidente —me apresuro a aclarar—. Brian Poyner se ha llevado a Cooper al taller y me ha prestado uno de sus chóferes.

—¿Uno de sus chóferes? —inquire Sky, incapaz de creérselo—. No hablas en serio.

Yo suelto una risotada.

—Pues sí, hablo en serio. No me ha quedado más remedio que aceptar.

Mi reloj de muñeca libera dos pitidos secos, recordándome que ha llegado la hora de dirigirme a la sala de reuniones. Cojo todo el papeleo en mis brazos y me dirijo a la salida del despacho. Sky me sigue de cerca mientras se abotona la bata del laboratorio.

—No me contaste nada de esto ayer —escupe de mala gana.

—No sabía que enviaría a nadie, Scarlett. Tengo que irme —murmuro, procurando cambiar el “chip” y concentrarme en la reunión que tengo entre manos—. Luego hablamos.

—Sí... ¡Sí! —exclama, ofendida—, luego hablamos...

La pierdo de vista y apresuro el paso hasta llegar a la última sala del pasillo.

Por una vez, soy yo la jefa de ventas, y todas las personas que están sentadas hoy frente a mí están bajo mi mandato. Me siento importante cuando cruzo el umbral de la puerta y veo a todos mis compañeros allí presentes, esperándome. Carraspeo, aclarándome la garganta, y les saludo mientras enciendo el proyector de imágenes. Comienza la charla.

Tenemos poco tiempo para preparar la campaña de marketing y estrategia, pero estoy convencida de que si trabajamos duro y en equipo conseguiremos llegar a todo. No llevo ni diez minutos aquí dentro cuando me doy cuenta de que todos, absolutamente todos los presentes, rumorean en voz baja cada vez que les doy la espalda. La confianza en mí misma va menguando poco a poco mientras me pregunto qué diablos estará sucediendo. No puede ser por lo del coche. No tiene sentido. ¿De verdad le están dado tantísima importancia a algo tan absurdo? Un rubor incontrolable comienza a ascender por mis mejillas y decido en ese instante que ha llegado la hora de hacer una pausa.

—Diez minutos. Después lo retomamos donde lo hemos dejado.

Todos los presentes se apresuran a abandonar la sala y yo, descolocada, me dejo caer en uno de los asientos mientras me pregunto qué le está pasando hoy al mundo entero. Mi móvil no ha parado de vibrar ni un solo segundo desde hace más de media hora, así que aprovecho el descanso para comprobar de qué se trata. Es Marcus. Me ha enviado más de quince mensajes y, en el último de ellos, las palabras que emplea son bastante subidas de tono —y no en el buen sentido de la frase—.

—¿Pero...? ¿Qué...?

Me quedo boquiabierta con el teléfono en la mano y la mirada clavada en la pantalla. Soy yo. Y Poyner. Aparecemos bien agarraditos como portada de varias revistas del corazón. “¿Así que ya has encontrado a otro? ¿Por eso has decidido dejarme? ¿Te parece normal lo que me estás haciendo pasar, Ashley?”, escribe Marcus entre los pantallazos de las fotografías. Recuerdo a la perfección cuando las chicas de la cafetería comenzaron a fotografiarnos y Poyner me estrujó contra él. En ese momento no imaginaba que la cosa podría llegar a desmadrarse tanto... “¿Es por el dinero? Seguro que sí. A fin de cuentas, eres como todas. Capaz de follarte a cualquiera por cuatro duros”. Decido dejar de leerle porque es evidente que está fuera de control. Marcus suele ser muy sosegado y tranquilo, pero cuando se descontrola no sabe lo que dice. Abro el buscador de mi móvil y tecleo el nombre de “Brian Poyner”. Unos segundos más tarde aparecen las entradas más recientes con titulares como: “El pitcher de los Red Sox y su misteriosa novia” o “El desconocido amor de Brian Poyner”. Y en esas fotografías estoy yo, junto a él, en la cafetería de Brighton Center. El corazón se me acelera y tengo la sensación de que estoy comenzando a padecer un inicio de taquicardia. Cierro todos esos titulares y busco a Poyner en la agenda. Pulso la tecla de llamada y los tonos comienzan a reproducirse, uno detrás de otro, sin respuesta. Quizás esté entrenando, o puede que simplemente no le apetezca responder al teléfono en esos instantes.

La gente aprovecha a llegar poco a poco a la sala de reuniones mientras yo, nerviosa y temblorosa, me pregunto qué diablos estarán pensando de mí. Cuando por fin están todos, comienzo la charla. Pero mi voz temblorosa delata mi estado de nerviosismo actual y decido que, dadas las circunstancias, lo mejor será suspenderlo todo.

Me disculpo, corro hasta el lavabo de mujeres y me enjuago el rostro con agua dos veces,

procurando despejarme.

¿Por qué me tiene que estar pasando esto a mí? ¿Qué diablos he hecho para merecer estar metida en este lío? La verdad es que, en el fondo, sé muy bien que yo solita me lo he buscado. Si no hubiera permitido que esas chicas me fotografiasen con él...

El resto de la mañana la paso encerrada en mi despacho, intentando esquivar las miradas de mis compañeros, las indirectas de Scarlett y los mensajes que Marcus me envía. Estoy sopesando si debo contestarle o no. Por una parte, creo que debería dejarle claro que entre Poyner y yo no ha pasado nada. Pero, por otro lado, no le debo explicaciones. Y lo último que deseo es que continúe pensando que tiene algún control sobre mi vida..., porque no lo tiene. Lo nuestro ya ha llegado a su final.

Llega la hora de salida y yo me escondo detrás de la puerta como una zarigüeya asustadiza. No quiero cruzarme con nadie. Mi hermana ha aprovechado el almuerzo para dejarme muy claro que todos, absolutamente todos, hablan sobre mí. Y sobre Poyner. “Todas se mueren de envidia” me dice, aunque yo no paro de repetirle que esas fotos no reflejan ninguna realidad. Cuando siento que el pasillo está despejado, me escabullo escaleras abajo evitando entrar al habitualmente concurrido ascensor. No soy consciente de que mi coche no ocupa mi plaza habitual hasta que llego al parking y la veo vacía. Suspiro hondo, armándome de paciencia, y llamo a Royer para pedirle que me venga a buscar.

—¿Dónde desea que la recoja?

—En la cafetería que hay doblando la esquina —respondo sin dudar.

Lo último que me apetece es que toda esta cuadrilla de cotillas vuelvan a ver cómo me subo al coche.

Marcus me ha llamado trescientas mil veces. Casi tantas como mi hermana.

Yo, mientras tanto, me esfuerzo por ignorar el móvil mientras veo una película absurda y aburrida en la televisión. De vez en cuando, entre palomita y palomita, no consigo mantener a raya la tentación de revisarlo y lo cojo para leer los mensajes. Los de Marcus son todos demasiado groseros e impertinentes, aunque en los últimos parece que va ablandándose un poco: “lo siento, Ash. No quería insultarte, pero... Estoy muy dolido. Llámame”. No tengo pensado hacerlo. Al menos, no por el momento. Puede que mañana, cuando las cosas se hayan enfriado un poco, le envíe algún mensaje. Reviso también los mensajes de Scarlett y me quedo boquiabierta con el último. “Ginna nos ha invitado a su fiesta de cumpleaños”. ¿Ginna? ¿Ginna Godsby?

No puedo contenerme y la llamo. Scarlett está emocionadísima, aunque yo sigo sin comprender por qué esa pija a la que conocemos de dos ocasiones contadas nos ha invitado a nada.

—¡Ha sido gracias a ti! —me explica, sin ocultar su entusiasmo.

Sky me cuenta que lo celebrará en la azotea de uno de los hoteles más lujosos de la ciudad y que será todo super exclusivo. Al parecer, mis fotografías con Poyner han suscitado la curiosidad de más de uno.

—Yo no creo que vaya —respondo, muy seria—. No la conocemos de nada.

Ginna Godsby es amiga de un amigo de Marcus.

La conocimos hace un par de meses y Scarlett se empeñó en tratar con ella porque llevaba un Louis Vuitton carísimo. Mi hermana siempre dice que tenía que haber nacido rica, pero que en el reparto de niños alguien la dejó en la familia equivocada. Y, la verdad, cuantos más años pasan, más empiezo a creer que está en lo cierto.

—Tienes que ir, Ash. La única razón por la que me ha invitado es porque iras tú.

Además, el viernes es Navidad. ¿No se supone que estas fechas son para pasarlas con la familia? Scarlett comienza a parlotear sobre lo divertido que será, la borrachera que nos pillaremos y la envidia que pasará Gabe cuando vea las fotografías de la noche en su Instagram. Como siempre, todo se resume a Gabe. Estoy escuchando su charla cuando escucho un pitido que me indica que me ha entrado una llamada por la otra línea. Estoy convencida de que se trata de Marcus, pero por si acaso aparto el teléfono de la oreja para comprobarlo. No. No es Marcus. Se trata de Poyner. Por alguna razón incomprensible, el corazón se me acelera.

—Me llaman por la otra línea, Sky —anuncio, tengo que colgar.

Y antes de que pueda avasallarme a preguntar sobre si es o no Brian Poyner, cuelgo. Respondo la otra llamada.

—¿Sí? —pregunto con indiferencia.

Pero la verdad es que estoy nerviosa. ¿Por qué? No lo entiendo. Brian no me interesa y, en realidad, lo que debería de estar es enfadada con él.

—Ashley —responde con su maldita voz sedosa y provocativa.

¡Un momento! ¿Cuándo me ha empezado a parecer “sedosa y provocativa” su voz? Creo que mi subconsciente me está jugando una mala pasada, pero no pienso permitirselo.

—¡Ah, eres tú! —exclamo, como si no hubiera mirado quién llamaba antes de contestar la llamada—. Menos mal que llamas, porque quería hablar un par de asuntos contigo...

—¿Qué ocurre? ¿Es por tu coche? Te llamaba para...

—No, no es por el coche —escupo, malhumorada—. ¿Acaso no has visto las malditas revistas del corazón? ¡Soy la comidilla de toda la oficina por tu culpa!

Brian suelta una risita, divertido.

—¿Te das cuenta de qué siempre estás de malhumor conmigo? Te saco de quicio —señala, aunque sus palabras no evidencian que se lo esté tomando muy en serio.

—Es que no puedo creer que esto me esté pasando a mí... —resoplo, irritada—. No imaginas en el lío en el que me has metido.

—No creí que te supondría un problema...

—¿Y por qué no iba a...?

Y entonces comprendo a qué se refiere.

Cualquier chica estaría encantada de salir en las portadas de las revistas junto a Brian Poyner. Es más, apostaría que ese es el sueño de más de una.

—Mira, Ashley, te llamaba para avisarte de que Royer está de camino con tu coche. Llegará en veinte o treinta minutos y lo aparcará lo más cerca posible de tu piso. ¿Bien?

—Bien. Gracias —respondo con voz seca.

—Y de paso, me gustaría aprovechar para compensarte por todas estas molestias que te estoy ocasionando —me dice, aunque su voz vuelve a delatar cierto punto de diversión—. Ya sabes, el golpe, el taller, los cuchicheos de la oficina, la pelea con tu novio...

—No es mi novio —le corto, casi ofendida—. Ya te lo expliqué, es mi ex.

¿Y ahora por qué diablos le estoy dando explicaciones a él? ¿Por qué tengo la fea costumbre de excusarme con todo el mundo?

—Bueno, lo importante es que me gustaría compensarte.

Me dejo caer en el sofá, tumbándome bocarriba y mirando al techo. Lo ideal sería decirle que “no es necesario” o que “no tiene por qué hacerlo”, pero si soy sincera conmigo misma, me apetece saber qué tiene pensado. La película continúa reproduciéndose de fondo y el bol de palomitas está sobre la mesa, por la mitad.

—Te escucho —murmuro, antes de coger una y llevármela a la boca.

Mastico con suavidad para que él no pueda percibir que estoy comiendo.

—Me gustaría invitarte a cenar a mi casa —suelta, pillándome desprevenida—. Creo que es lo mínimo después de que tú me invitas a tu piso, ¿no? Y teniendo en cuenta las molestias que te he ocasionado...

Me quedo pensativa unos instantes.

—Yo no te invité a mi piso.

—Cierto. Aun así, ¿aceptas?

Lo medito detenidamente. Mi subconsciente no deja de repetirme que lo más sensato en esta situación sería denegar la oferta y continuar por mi vida como si Poyner jamás hubiera aparecido en ella, pero mi otro “yo” no quiere escuchar y prefiere comprobar por sí mismo a dónde nos lleva todo esto...

—Bueno... —murmuro, poco convencida.

—¿Eso es un sí?

“Di que no, tonta”, me dice mi voz interior.

—Sí, vale....

No sé por qué, sospecho que esto también provocará que me meta en un buen lío.

—Royer te llamará en un rato para recogerte en el coche escoba —anuncia—, así que..., bueno, ¿te veo en un rato?

—Sí, hasta luego —respondo, antes de colgar.

Estoy nerviosa.

Cardíaca, en realidad. Y lo peor de todo es que no soy capaz de comprender la procedencia de ese nerviosismo. ¿Es por él? ¿Por quién es? ¿O es porque Brian Poyner empieza a parecer un chico simpático y... atractivo? ¿Quizás haya comenzado a verle, sin darme cuenta, con otros ojos?

Me levanto del sofá de un salto y corro a mi habitación.

Mi ropa aún continúa metida en cajas y maletas, así que me tengo que esforzar un poco por sacar un conjunto decente. “Me ha invitado a su casa”, pienso. ¿Eso significa que no vive en un hotel? Decido ponerme un vestido largo que podría pasar entre una vestimenta formal o de gala y unos tacones bajos para no llamar demasiado la atención. Me recojo el cabello en un moño alto y me maquillo un poquito más de lo habitual. Royer llama a mi teléfono móvil mientras estoy en plena faena y yo me apresuro a asegurarle que bajo en dos minutos. Pero en realidad necesito diez. Puede que quince. Intento darme toda la prisa que puedo, pero las continuas y desesperantes llamadas de Sky tampoco ayudan. La muy pesada quería saber quién me llamaba. La ignoro, porque sé de buena mano que como la dé un poco de pie se pondrá histérica.

“¿Tan histérica como estás tú?”

No quiero estar nerviosa. Pero la realidad es que lo estoy. Además, mientras cojo el abrigo y el bolso, me pregunto si la verdadera razón de que esté sobrellevando con tantísima calma mi ruptura con Marcus no tendrá algo que ver con Poyner. No es que no quiera dejarlo, pero..., como norma general, olvidarme de alguien con quien he compartido los últimos años de mi vida me supone un paso un poco más grande. Algo que lleva tiempo y que debo transitar. Ahora, en cambio, lo estoy asimilando sin inquietudes. Tal vez no sea por Poyner, tal vez simplemente se trate de todos los mensajes y llamadas que estoy recibiendo por su parte. Puede que el agobio al que me está sometiendo mengue mi malestar por haberle perdido.

Cuando bajo al portal, me encuentro con Royer. Me entrega las llaves de Cooper, me explica dónde lo ha apartado y me señala el coche que nos está esperando en frente.

Pues nada, ¿quién me iba a decir a mí hace dos días que hoy estaría de camino a la casa de uno de los jugadores de beisbol más importantes del mundo?

“Respira hondo, Ashley. Que no se piense que eres como las demás. Que no sepa que estás nerviosa”, me digo a mí misma. Aunque en realidad, empiezo a pensar que, no tan en el fondo como yo creía, sí que soy exactamente igual que las demás...

Son las ocho y media de la noche cuando Royer aparca el coche.

Pego mi rostro al cristal para observar el exterior, intentando atisbar hasta el último de los detalles a pesar de la oscuridad que me rodea. La casa de Brian Poyner está iluminada, tanto por fuera como por dentro. Es una casa enorme, muy grande, de una sola planta. Quizás eso sea lo que más me guste de todo —al menos exteriormente—; que no tiene escaleras. El porche es como una extensión más de la propia casa, con una piscina climatizada dividida por una cristalera. Parte de la piscina queda en el exterior y otra pequeña parte, en el interior. Tengo que admitir que vivir aquí sería un sueño hecho realidad —y eso lo adivino sin siquiera verla por dentro—.

Royer se baja del coche y me abre la puerta. Yo, nerviosa, salgo al exterior. El frío de la noche se filtra por debajo de mi vestido, destemplándome por completo.

—El señor Poyner le está esperando en casa —me dice, señalándome la puerta principal.

Asiento con una sonrisa y, aún anonadada, murmuro un leve “gracias”. Camino con los tacones por el caminito de piedra hasta llegar a la puerta. El corazón me late deprisa y de forma desacompasada, así que me tomo unos segundos para tranquilizarme antes de tocar el timbre. Bueno, en realidad, son más que segundos. Ya llevo varios minutos en la puerta cuando escucho unos pasos aproximándose al otro lado antes de que se abra y Poyner aparezca tras ella. Yo le sonrío con timidez, procurando no sentirme intimidada. Pero lo estoy. Estas cosas..., los lujos y demás, no están hechos para mí. Mi hermana tiene razón, si una de las dos tendría que haber nacido rica, era ella.

—¿Qué haces ahí fuera congelándote? —pregunta, confuso.

Por su gesto, diría que está tan sorprendido como extrañado.

—Yo... —tartamudeo, sopesando qué decir.

“Me he sentido intimidada por tu casoplón” no es, precisamente, la mejor forma de comenzar la velada.

—Si has cambiado de idea y prefieres irte a casa, llamaré a Royer —me dice con voz apenada.

Sacudo la cabeza y me esfuerzo por ocultar mis sentimientos y dibujar una sonrisa.

—No, no... Acepto esa cena —aseguro—, la verdad es que me la merezco —continúo, procurando destensar el ambiente—, no te imaginas el infierno que me estás haciendo pasar en mi empresa...

Brian suelta una de sus risitas. Esas risitas divertidas que cada vez empiezan a gustarme más y más. Empiezo a pensar que son adictivas.

Él, muy caballeroso, me ayuda a quitarme el abrigo. Cuando lo hace, mi hombro desnudo roza su mano superficialmente y un escalofrío me recorre de pies a cabeza, filtrándose a través de mis articulaciones hasta llegarme a los huesos. Necesito unos instantes para recuperarme de ese calambrazo que acabo de sentir, pero lo más extraño de todo, es que cuando me giro y le miro me doy cuenta de que él también ha sentido lo mismo.

—Ven... Vamos —me dice con una sonrisa, fingiendo que no ha pasado nada—. Tengo la cena en el horno.

—¿Tú...? ¿Has cocinado?

Brian asiente con la cabeza y yo, sorprendida, le sigo hasta llegar a un espacio diáfano y acogedor. La estancia, que no está dividida por ninguna pared, es enorme. Su cocina está al fondo, cerca de un islote. Un poco más a la derecha hay una enorme mesa colocada bajo tres cuadros que no parecen, precisamente, baratos. Es arte abstracto, de ese que no me gusta y que jamás llegaré a comprender. El salón está al fondo. Un sofá chaise long que lo recorre de punta a punta junto a un televisor que, más bien, parece una pantalla de cine. En la pared del fondo, hay una chimenea encendida que dota el ambiente de una calidez perfecta.

—Estoy haciendo lasaña de carne y espinacas para cenar. ¿Te gusta?

Me encojo de hombros.

—La verdad es que siempre que he comido lasaña o era de carne o era de espinacas. Las dos cosas juntas, jamás.

Brian se ríe.

—Está rica. Te gustará.

Me apoyo sobre el islote mientras le veo ponerse dos manoplas para abrir el horno y comprobar el estado de su lasaña. Me resulta extraño ver a un chico tan joven en la cocina. En realidad, me resulta extraño ver a alguien joven en la cocina. Mi madre tiene mucha razón cuando dice que la gente se olvida de ponerse delante de un fogón porque cada vez hay más comida precocinada. Y tengo que dar fe de ello. Hoy en día, perder el tiempo cocinando es algo que muy pocos pueden hacer.

—Es extraño... —señalo, mirándole con determinación—, no conozco a nadie que le guste cocinar.

—Tengo mucho tiempo libre y pocos quehaceres —responde con soltura.

Y yo no sé si reír o qué responder.

Otra vez esa faceta de “creído” y “presumido”. ¿De verdad es necesario que haga alarde del tiempo libre del que dispone?

—Creí que los entrenamientos eran duros.

—Y lo son, pero sería una locura estar todo el día entrenándote. ¿No crees? Por lo general, me ocupan la mañana —me explica—, el resto de la tarde la tenemos para descansar.

—Y cocinar —señalo, observando cómo de bien se desenvuelve con los cachivaches de la cocina.

—Y cocina —me dice, riéndose—. ¿Por qué tengo la sensación de que estás juzgando cada uno de mis movimientos?

—Porque lo estoy haciendo —respondo, medio en broma, medio en serio.

Dos minutos después, anuncia que la cena está lista y descorcha una botella de vino. Lleva una copa y un vaso de agua a la mesa gigante y los coloca junto a los cubiertos.

—Vete sentándote si lo prefieres... —me dice, sirviendo la lasaña.

Yo obedezco.

Me siento en una de las sillas, incómoda. La mesa es gigantesca. Aquí podrían comer veinte personas tranquilamente, pero solamente estamos Brian y yo.

—¿Siempre comes aquí?

—Sí, ¿por qué?

—¿Incluso cuando estás solo?

Él asiente.

—¿No te gusta? —pregunta, dejando un plato frente a mí.

Tengo que admitir que tiene una pinta estupenda y que huele fenomenal.

—La verdad es que me siento incómoda... Es... demasiado.

No quiero parecer una quejica, ni una desagradecida. Pero si he de ser sincera creo que estaríamos mucho más cerca y cómodos si cenáramos en el islote.

—¿Sabes? Tienes razón.

Brian se levanta, coge su vaso de agua, el plato y el tenedor y me pide que haga lo mismo. Yo le imito, reprimiendo una risita y camino tras él hasta llegar a la chimenea. Se sienta en el suelo, coloca el plato junto a él y me indica que tome asiento a su lado.

—¿Vamos a cenar sentados en el suelo? —inquiero, riéndome, pero colocándome en la misma posición que él.

—¿Te parece mal?

No. Definitivamente, no. La chimenea nos proporciona un ambiente perfecto —y quizás un tanto romántico— y de esta forma me siento mucho más cercana a él. Sin formalismos. Cuando me he sentado en la mesa, comenzaba a preocuparme por si existía algún tipo de protocolo a la hora de coger el tenedor.

—No, aquí estamos perfectos.

Brian me pide que pruebe la lasaña y yo lo hago. Está buenísima, pero me hago un poco de rogar antes de decírselo. Después comenzamos a charlar sobre todo y sobre nada. Le pregunto quién más vive en esta casa, y me sorprende cuando me cuenta que solamente él. ¿Sería yo capaz de vivir en un sitio como esté, sola? ¿No terminaría aburriéndome? No, creo que no. Además, cuando sale a la calle la gente termina atosigándole con fotografías y autógrafos, así que esta casa será como un refugio para él. Esto último no me lo dice, pero algo me hace intuirlo. Le pregunto por su familia y descubro que en realidad viven muy lejos. En Australia. Él está aquí, solo, y pocas veces tiene la ocasión de poder ir a visitarles.

—Solamente en verano, cuando se acaba la liga y se nos concede el descanso... Si no es imposible. Poco a poco me he ido distanciando de ellos y ha llegado un punto en el que prácticamente ni nos hablamos.

—¿Te refieres a tus padres?

—Y a mis hermanos. Tengo dos.

Intento imaginar cómo sería mi vida sin Sky, pero no lo consigo. Ella es mi mitad y mi pilar. Cierto que en ocasiones puede ser insoportable, pero es la única que me quiere y me acepta con mis defectos y mis virtudes y pondría por ella la mano en el fuego una y mil veces. Sé que jamás me fallará.

—Algunos años suelen venir por Navidad, pero el año pasado no vinieron y este tampoco. Tenemos el partido benéfico de Navidad en Fenway Park y no podría dedicarles mucho tiempo.

—Lo sé. Me refiero a lo del partido... Mi hermana es muy fan de los Red Sox y no se pierde uno —admito, sonrojándome un poco.

—Te conseguiré un par de entradas para que vayáis a verlo... Si queréis, claro.

Pestaño, incrédula, mientras asiento en silencio con la cabeza.

Cuando Scarlett se entere de que me ha regalado entradas para el partido, se volverá loca de la emoción.

Estamos terminando la lasaña cuando realmente me pregunto por primera vez qué hago aquí. No necesito ser muy inteligente para comprender que un chico como Brian Poyner no invita a cualquiera a cenar a su casa, menos aún a alguien como yo. Alguien insignificante que conoce desde hace dos días. ¿Le gusto? ¿Le parezco atractiva? Eso también me cuesta creerlo. En fin... Él

es muy atractivo, tiene dinero y fama. Y yo solamente soy una chica del montón; una como otra cualquiera. Aunque me cueste admitirlo, ni siquiera estoy a la altura de Bea —la asquerosa que le envió las fotos sin ropa a Marcus—. Scarlett tiene razón cuando me dice que es llamativa, que tiene algo. Ella es exótica. Yo no. Soy... normal. Una chica entre un millón, con un sinfín de defectos que odio de mí misma y con muy pocas virtudes para nombrar. Quizás por esa razón no termino de comprender por qué estoy aquí.

—Brian... —murmuro, dejando el plato en el suelo.

Me gustaría armarme de valor y preguntárselo directamente, porque no me gusta andarme con rodeos y no saber qué es lo que debo esperar. Como norma general, cuando quedo con un chico sé muy bien lo que hay: si quieres amistad o algo más. O si es un simple formalismo para solucionar algún trámite, como podría haber sido la quedada en el café para rellenar en consenso el parte del golpe. Pero no es el caso. La cena ya no tiene nada que ver con el golpe —ni siquiera hemos hablado de ello—. Así que, ¿qué hago aquí?

—Dime —responde con una sonrisa.

Me quedo mirándole fijamente pero no sé qué decir. No se me ocurre la forma de expresar mis pensamientos sin quedar mal o sin sonar ridícula. Al final, termino sacudiendo la cabeza con confusión.

—¿Va todo bien? ¿Ocurre algo?

Me mira muy fijamente a los ojos, como si intentara averiguar qué es lo que le estoy ocultando. Si tiene un poder para leer la mente, espero que conmigo no le funcione. Se pensaría que soy una estúpida o una pretenciosa, una de dos.

—¿Entonces? ¿Qué pasa?

Como una niña pequeña, vuelvo a sacudir la cabeza.

Brian se acerca a mí, estira el brazo y me quita un trocito de tomate que tenía pegado al labio. Al hacerlo, vuelvo a sentir ese extraño calambrazo que también he percibido antes, en la entrada, cuando me ayudaba a quitarme el abrigo. Siento mi pulso acelerarse y mi corazón empieza a bombear tan fuerte que tengo la sensación de que él será capaz de escucharlo. Nos miramos. Si todo fuera normal, si él fuera un chico normal que he conocido en una fiesta o en una discoteca cualquiera... Entonces ahora sería el momento del beso. Pero estoy tan confusa que no sé muy bien qué esperar. Su rostro se acerca al mío. Mi pulso se acelera todavía más. Estoy nerviosa. No sé por qué, pero lo estoy. Entonces estira la mano, la coloca sobre mi rostro y muy lentamente se acerca hasta mí. Me está concediendo el tiempo suficiente para apartarme de él, pero yo no lo hago. Me quedo inmóvil, esperando para recibirle. Entonces sus labios se aprietan contra los míos y siento cómo mi corazón vuelve a latir con fuerza, mucha fuerza. Brian sabe bien, a tomate. También huele bien. Deja su mano posada sobre mi mejilla mientras el beso se alarga. Nuestras lenguas terminan encontrándose y se funden en un sensual baile que despierta unas cosquillitas en mi bajo vientre.

—¿Estás bien, Ashley? —pregunta, apartándose un instante de mí—. Tienes el corazón a mil... Asiento con la cabeza.

—Estoy bien —aseguro, procurando hacer un esfuerzo sobre humano por controlarme.

¿Por qué diablos estoy así de nerviosa? Él es guapo, atractivo y yo estoy soltera. Me apetece... Me apetece muchísimo hacer lo que estamos haciendo. Entonces, ¿qué me ocurre?

—Si quieres podemos parar, no tenemos que...

Pero antes de que pueda continuar con la frase, me lanzo a sus labios. Los presiono contra los míos con tanta ansia que el beso delicado que habíamos tenido hacía unos segundos se queda en el

recuerdo para dejar paso al desenfreno y la pasión. Puede que vaya demasiado deprisa, pero no me importa. Recorro su cuerpo con mis manos. Como era de esperar, Brian está muy musculado. Duro como una piedra. Puedo sentir lo excitada que estoy. Bueno, lo excitados que estamos los dos. Él toma el control de la situación, dejándose caer sobre mi cuerpo. Mete las manos debajo de mi vestido y presiona mis senos por encima del sujetador. Yo, mientras tanto, comienzo a desabrocharle el cinturón del pantalón.

—¿Te apetece... ver mi habitación? —inquire entre besos.

Vuelven a entrarme las dudas, porque, aunque sé muy bien que no estoy haciendo nada malo, no puedo evitar pensar que solamente hace unos días que Marcus y yo cortamos. Y si a eso le sumamos que el chico con el que estoy no es uno cualquiera... Entonces ya tenemos el cóctel completo para que mis remordimientos florezcan. “No pienses, Ash. Simplemente disfruta”. Y eso quiero hacer, de verdad que sí.

—Sí, claro —respondo, intentando sonar decidida.

Pero incluso Brian percibe mi tono de voz dubitativo. Me sonrío, y de nuevo con delicadeza, me besa. Dejamos los platos en el suelo y abandonamos la estancia de la chimenea. Las luces de su casa son automáticas; es decir, se activan con el movimiento, así que cuando nos adentramos en el pasillo todo se ilumina. Es enorme y parece contener muchas habitaciones. Brian me coge de la mano y tira de mí para que acelere el paso y camine más rápido, pero yo voy embobada, observando todos los cuadros, diplomas y trofeos que hay colgados por la pared. Son premios que ha ido ganando y fotografías de él mismo con el equipamiento de los Red Sox. Algunas otras instantáneas corresponden a partidos ganados, fotografías de todo el equipo, o incluso autógrafos —que supongo que corresponderán a sus ídolos—.

—¿Vamos?

—Sí, claro —murmuro, regresando a la realidad.

Me percató en que Brian camina incómodo. Tiene el cinturón y el botón del pantalón desabrochados y en cualquier momento terminarán en sus tobillos. Reprimo una risita mientras él abre la puerta de su dormitorio y me invita a entrar. La luz se enciende con una palmada sonora de Brian y yo inspecciono mi alrededor con curiosidad. No tiene nada que ver con el salón o el pasillo... Esta estancia es más impersonal, vacía. Una cama grande, dos mesillas con lámparas led, un armario de proporciones descomunales y un cuarto de baño incorporado. Ha dicho que era “su habitación”, pero me cuesta creerlo. Más bien, parece el cuarto de un invitado. Sí, la habitación es gigantesca como para ser de invitados, pero supongo que en esta casa todas las habitaciones tendrán un tamaño desmesurado. Es casi como mi piso. Brian da otras dos palmadas y la luz del dormitorio se atenúa un poco más. Me giro hacia él para decirle que es muy bonita, pero antes de que pueda pronunciar una sola palabra me besa. Me empuja ligeramente hasta que, al final, tropiezo con algo que está detrás de mí y termino cayéndome sobre el colchón. Sonrío, nerviosa, y él me devuelve la sonrisa. La colcha de la cama huele a limpio, a recién lavado. Vuelvo a pensar que, en efecto, sí parece una habitación de invitados. Puede que traiga aquí a todas sus chicas para no tener que comprometerse demasiado con la situación... Y por alguna razón ese último pensamiento me hace sentirme vulgar. Como si fuera una más. Brian Poyner puede tener a la chica que quiera, y ahora quiere tenerme a mí. Dudo que esto sea poco más que un juego para él. Pero... ¿qué diablos significa para mí? Él no me interesa, ¡ni siquiera le conozco! Entonces, ¿por qué no paro de darle vueltas al asunto y vivo el momento?

Una pequeña parte de mí se siente tentada de levantarse de la cama y marcharse, pero justo en ese momento Brian se comienza a desabrochar botón a botón la camisa, dejando entrever sus

marcados pectorales. El rubor que siento asciende por mis mejillas, recorriendo cada extremidad de mi cuerpo. Y entonces mis pensamientos desaparecen al momento y solamente puedo concentrarme en lo atractivo y sensual que es. Me dedica una sonrisa pícara, pero no una como Marcus, si no otra muy diferente... Otra que habla por sí sola y que grita que me quiere comer enterita. Y yo estoy deseando que lo haga. Cuando termina con la camisa, se quita los pantalones y se queda en bóxers. Puedo distinguir su abultado pene erecto debajo de la tela y esa imagen es capaz de despertar en mí deseos que creía inexistentes. Se saca los calcetines y después se acerca a mí. Yo me incorporo un poco para tocarle, pero Brian vuelve a empujarme y caigo sobre la cama.

—Quietecita —me dice.

Levanto las manos en señal de rendición y obedezco. Él se acerca a mí, tira de mi vestido y me lo saca por la cabeza. Me quedo en bragas y sujetador, con las medias puestas, mientras él recorre mi cuerpo con la mirada. Muy atento. Me pregunto qué estará pensando... Estoy convencida de que Poyner está acostumbrado a compartir sábanas con super modelos operadas y chicas top. Chicas mucho más sensuales y atractivas que yo... Sin celulitis, sin estrías, sin gramos de más... Intento borrar esas reflexiones y desecharlas, pero la verdad es que es inevitable pensar en ello. Que él sea quien es y que yo no sea nadie condiciona un poco la situación. Brian comienza a quitarme las medias muy delicadamente y, después, hace lo mismo con la ropa que me queda puesta. Me quedo completamente desnuda frente a él, ruborizada, mientras sus ojos se clavan en mí. Se filtra entre mis piernas y recorre mi cuerpo con sus manos, sin olvidarse de ningún recoveco. Pretendo hacer lo mismo, pero Brian me agarra por ambas muñecas, las coloca encima de mi cabeza y vuelve a pedirme que este “quietecita”. Asiento, sumisa, y dejo que haga lo que quiera conmigo. Me siento extraña. Es la primera vez que un hombre me pide que... que no haga nada. Que no le bese, que no le toque. Una de sus manos juguetea con mi clítoris mientras sus labios pasan a entretenerse con mi pezón. Tira de él, mordiéndolo con suavidad y succionándolo. Gimo de placer, incapaz de controlarme. No llevamos más que dos minutos en la cama y ya estoy muy húmeda y dispuesta, preparada para recibirle. Pero él parece no tener ninguna prisa. Está disfrutando con los preliminares, observándome. Inspeccionándome. Como si mi cuerpo fuera un mapa que él pretende recorrer y estudiar, esquina a esquina. Al final, termina quitándose los bóxers. Lo hace todo con tanta calma que yo me vuelvo loca de placer. Muero en deseo de agarrarle, pero me ha pedido que esté quieta y estoy disfrutando de la experiencia. Esto es diferente... No sé explicarlo, pero nunca había hecho el amor de esta forma.

Poyner se coloca un preservativo que humedece con su saliva y poco a poco se hunde en mi interior. Mis gemidos se convierten en gritos de placer automáticamente y de forma inconsciente rodeo su cuerpo con mis piernas, atrayéndolo hacia mí para recibirle. Poyner se detiene, me sonrío y me susurra al oído, muy bajito, que aparte las piernas y me esté quieta. Muy quieta.

—Tú solamente disfruta... Nada más.

—¿Prohibido tocarte?

Él suelta una de sus risitas.

—Exacto. Prohibido.

Retoma la marcha muy lentamente. Mientras se hunde en mí, me besa. Me toca. Me susurra al oído lo mucho que está disfrutando haciéndome el amor... Y todo eso se convierte en un cóctel explosivo que me vuelve loca. Estoy a punto de llegar al orgasmo y mis músculos se contraen de forma involuntaria. Sé que Brian lo percibe, porque acelera el ritmo. Más, y más... Y más... Grito. Grita. Nos besamos para ahogar nuestros propios gemidos y, unos instantes después, ambos

alcanzamos el éxtasis prácticamente de forma simultánea.

Él se aparta suavemente y yo, incómoda y extraña, me siento envolviendo mis rodillas con mis brazos, tapándome.

—¿Te apetece darte una ducha?

Sacudo la cabeza.

—No... Lo mejor es que me vaya cuanto antes —le digo, levantándome de un salto para recoger mis pertenencias, que están esparcidas por el suelo—. Mañana tengo que trabajar y hoy ha sido un día muy largo.

Él se queda mirándome, confuso.

—¿Te quieres marchar?

—Sí, por favor —respondo, procurando no ser cortante.

No quiero ser desagradable, pero cuando le he visto levantarse de la cama todos esos pensamientos que he intentado acallar durante la velada han asaltado mi mente con más fuerza que nunca. “Y ahora, ¿qué?” he pensado. Ya está. Nos hemos acostado. ¡Me he acostado con Brian Poyner! Seguro que todas las chicas que pisan su casa cruzan los dedos porque suceda esto. No necesita decirme que, seguramente, no haya mujer que se cruce en su camino que no intente seducirlo. Pero yo no soy así. Yo no me meto en la cama del primero con el que em cruzo, por muy famoso o adinerado que sea.

Comienzo a vestirme ante su atenta mirada, sintiéndome juzgada. ¿Qué pensará de mí? ¿Qué soy una chica cualquiera?

—¿Te encuentras bien?

Asiento rotundamente mientras me deslizo las medias.

—Estoy bien. De verdad —respondo robóticamente—. Es que se me ha hecho muy tarde y...

Poyner da dos pasos hacia mí y me sujeta la mano, obligándome a levantar la mirada y centrarme en él. De forma inconsciente, cuando nuestros ojos se conectan, me ruborizo.

—¿No te ha gustado? —inquire, pillándome de sopetón.

—¿Qué...?

—¿Es eso? ¿He hecho algo que te haya... sentado mal?

—No... ¡No! —exclamo al instante, sorprendida—. No, no es eso...

Libera mi mano, pero no se aparta.

—De verdad, no es por nada que hayas hecho —susurro en voz baja, sintiéndome un tanto intimidada por su cercanía—. Es que... Se me hace tarde. Y mañana madrugó.

Él asiente.

—Está bien. Te pediré un taxi.

Y veinte minutos después, con una despedida incómoda de por medio, estoy de camino a mi casa. Mi teléfono saca chispas. Marcus me ha bombardeado con mil mensajes y llamadas, y Sky ha hecho otro tanto de lo mismo. Decido apagarlo y desconectar de todo, porque mi día ha sido muy largo y estoy cansada. Muy cansada.

En realidad, el problema es que no consigo quitarme el sentimiento de culpabilidad que me carcome. ¿Por qué tengo la sensación de que he hecho muy mal en acostarme con Brian Poyner?

La semana se me está pasando tan despacio que me parece eterna. Y eso que dentro de unos días comenzaremos con la etapa “fiestas navideñas”. Suelen entusiasmarme bastante, pero este año mi espíritu no es el más apropiado.

Deslizo el ratón del ordenador para que el salvapantallas no se active y finjo que reviso un documento importante; aunque la verdad es que ni siquiera sé qué tengo abierto. Sospecho que es el panfleto de un medicamento antiácido, o al menos eso parece por las contraindicaciones que aparecen por aquí. Mientras tanto, muy lejos de mi trabajo, mi cabeza está ocupada en otros asuntos. En la conversación que mantuve el otro día con Marcus, por ejemplo. Hablamos, gritamos, discutimos, y terminé colgando el teléfono y suplicándole que no me llamase más. Aunque me ha partido el alma terminar de esa forma tan brusca con él, no podía hacer otra cosa después de que lanzase hacia mí la palabra “puta” en más de dos ocasiones. Y luego, por otro lado, está Poyner. Me ha llamado en un par de ocasiones, pero he procurado evitarle. Creo que no hago bien mezclándome con gente como él y, además, ya tengo bastante con soportar las miraditas y los cuchicheos de la gente de la empresa. Después, pienso en Ginna. Ginna Godsby y su famosa fiesta de cumpleaños del sábado. Tampoco es lo que más me apetece ahora mismo, pero le he prometido a Sky que iremos y no puedo negarme a estas alturas porque se pondrá como una furia.

Dentro de unas horas tengo una reunión con mi equipo de marketing y no consigo concentrarme. La cabeza me va a mil por hora y tengo la horrible sensación de que esta vida no es mía. Que no me pertenece. Es como si, desde el accidente de coche en el centro comercial, todos los acontecimientos que me rodeasen fueran totalmente surrealistas.

Al menos, el día de ayer fue relativamente tranquilo si no tengo en cuenta la presión constante de Scarlett ni la llamada en la que discutí con Marcus. El salvapantallas vuelve a saltar en mi ordenador y me quedo mirándolo fijamente. Observo cómo las florecitas flotan de un lado a otro, de forma hipnótica, mientras despejo la mente y procuro no pensar en nada ni en nadie. Pero entonces suena el teléfono de mi escritorio. Doy un respingo sobre el asiento y descuelgo el auricular, procurando hacer un rápido esfuerzo por volver a la vida real bruscamente.

—¿Diga?

La llamada proviene de recepción.

—Soy Molly, de recepción. Verás, Ashley, te llamo porque tienes visita —me dice—. Hay un chico aquí abajo que está esperando para verte.

“Marcus”, pienso.

Tiene que ser él, claro que sí. Me resultaba extraño que desde la discusión no hubiera insistido más ni se hubiera plantado en mi casa de forma imprevista, así que en cierto modo esto no me pilla por sorpresa.

—Dígale que estoy ocupada y que ahora mismo no podré atenderle.

Me revuelvo en mi silla giratoria y guardo silencio mientras escucho a Molly repetir mis mismas palabras. “La señorita Walsh está ocupada en estos momentos y no podrá atenderle”. Espero que eso sea suficiente para persuadirle y que se marche. Lo último que me apetece es que

monte un numerito en mi lugar de trabajo.

—¿Ashley? —murmura Molly, la de recepción—. Insiste en esperar. Debe de tratarse de algo urgente... —añade, esto último en un susurro para que el visitante no pueda escucharla.

“Genial”.

—Ahora mismo bajo.

A regañadientes, cierro el documento que tenía abierto en el ordenador, bloqueo la pantalla con la contraseña para que ningún intruso pueda meter la nariz en mis asuntos y me encamino hacia el ascensor que está al fondo del pasillo con un nudo en el estómago. No me apetece discutir con Marcus. Después de todo, ¿acaso no me merecía tener un día tranquilo y normal? ¿Sin sorpresas ni sobresaltos?

El ascensor está en mi planta, así que no tengo que esperar. Me subo y reviso la imagen que me devuelve el espejo. Estoy bien; presentable, al menos. Cabello recogido y formal, tacones, pantalón de vestir y blusa. Apropiaada para ir a trabajar y para un día de reuniones como hoy.

Llego a la planta de abajo. Suspiro hondo. Creo que lo mejor será pedirle a Marcus que salgamos fuera y hablar tranquilamente en la calle, porque, aunque de primeras parezca sosegado, sospecho que se pondrá hecho una furia si en algún momento sale a flote el nombre del pitcher de los Red Sox.

Camino por el pasillo hasta la recepción. La planta baja está en silencio porque a estas horas todos los empleados están sumidos en sus tareas, así que el “toc toc” de mis tacones es lo único que se escucha. Veo a Molly, respondiendo otra llamada con el pinganillo inalámbrico, y frente a ella, en las sillas de espera... a Brian. Brian Poyner. ¿Qué hace él aquí? ¿Por qué ha venido? ¿Qué quiere? Mi corazón se acelera y mi cabeza comienza a darle vueltas al asunto. No lo entiendo. Es cierto que me ha llamado un par de veces, pero lo último que creía es que fuera a plantarse aquí.

—Hola... —saludo con timidez, consciente de que Molly tiene los ojos clavados en nosotros.

No sé si ha reconocido al pitcher o si simplemente es por cotillear y saber si es mi novio... Puede que se piense que hemos tenido una discusión de pareja o algo así.

—¿Podemos hablar un momento?

Asiento con la cabeza y le pido que me acompañe a la entrada.

—¿Salimos fuera? Creo que las paredes tienen oídos —me río, procurando restarle un poco de tensión al ambiente.

Poyner asiente y ambos caminamos hasta la salida.

En el exterior hace un frío horrible —estaremos a muy pocos grados— y yo he salido sin chaqueta y únicamente llevo la blusa sobre mi piel. Me congelo, así que estoy tentada de pedirle que volvamos a entrar. Pero me lo pienso dos veces y decido que es mejor coger una pulmonía que continuar siendo la comidilla de los descansos.

—Tenía ganas de verte —confiesa con una sonrisa tensa.

Yo trago saliva.

—¿En serio? —inquiero, sin darme cuenta de la absurdidad de mi respuesta—. Perdona... No te he respondido al teléfono porque estaba hasta arriba de trabajo.

Él sacude los brazos, restándole importancia.

—No me debes ninguna explicación, Ashley.

Me quedo mirándole fijamente y me doy cuenta de que parece estar contrariado. No lo entiendo. No somos amigos; en realidad, nos conocemos de dos días. Es cierto que nos hemos acostado y que quizás eso no debía de haber sucedido, pero... ¿Qué ocurre? ¿Por qué está aquí?

—Bueno... tú dirás.

Rodeo mi cuerpo con los brazos intentando entrar en calor. Brian se da cuenta al instante y se quita la cazadora para deslizarla por encima de mis hombros.

—Tranquilo, no hace falta, de verdad...

Él sacude la cabeza.

—Insisto —dice, quedándose en manga corta.

Está guapísimo.

Estoy convencida de que se ha cortado el pelo desde la última vez que le vi. Va vestido con jeans, deportivas y una camiseta básica; pero Brian no necesita mucho más para estar bien. Tiene la suerte de que su físico es perfecto —supongo que los entrenamientos tan duros de los Red Sox tendrán mucho que ver en esto último—.

—¿Qué ocurre? —repito, incapaz de prever qué sucede y por qué está aquí.

—Verás, mañana es Nochebuena y ya sabes que tenemos el partido benéfico. Hablamos de él —me dice con una sonrisa tímida.

Me doy cuenta de que algo en Poyner ha cambiado. Ya no parece el típico chulito prepotente con el que quedé en la cafetería, sino que desprende humildad. Es como si, de pronto, fuera una persona totalmente diferente.

—Pues he venido a verte por eso. Te dije que quería darte unas entradas...

Se saca dos papeletas del bolsillo trasero del pantalón y me las extiende. Yo las acepto con una sonrisa mientras me pregunto si esa ha sido la única razón de su visita.

—Gracias.

—De nada. Le sonsaqué a Royer dónde trabajabas —admite—, espero que no te importe.

—No, no me importa —murmuro, echando la vista hacia detrás por si algún cotilla está figoneándonos a través de la cristalera.

Nada. No hay moros en la costa.

—Espero no meterte en problemas.

—No... Tranquilo. Está todo bien.

Brian asiente.

—Bueno, pues... Solamente era eso.

—Gracias —respondo, insegura y algo confusa.

¿Ha venido hasta aquí solamente para darme dos entradas? ¿Nada más? Me resulta increíble. Muy difícil de asimilar.

—De nada.

Se da la vuelta, dispuesto a marcharse, y yo me apresuro a quitarme la cazadora.

—No te la olvides. Hace un frío horrible —murmuro, dedicándole una sonrisa.

—Sí... Bueno, hasta luego.

Me quedo un instante observando cómo se aleja de mí mientras intento asimilar lo que acaba de suceder. Estoy muy confusa y no entiendo nada. No tiene sentido.

Cuando dobla la calle y desaparece de mi campo de visión, me apresuro a entrar al edificio para no morir de una hipotermia. ¡Por Dios! ¡Este frío no es normal!

Molly me escruta con curiosidad, pero antes de que pueda preguntarme nada, echo a correr hasta el ascensor. Este pequeño encuentro me ha dejado una sensación rara en el cuerpo, y la verdad es que no ha sido precisamente buena. Llevo las dos entradas en la mano. Las miro y una sonrisa aflora en mi rostro, desechando lo negativo. ¡Estoy deseando ver la cara que pone mi hermana cuando le diga que iremos a ver el partido!

Regreso a mi despacho, recojo mi portátil y los cachivaches necesario y me encamino a la sala

de reuniones. Hoy me toca día completo; una reunión detrás de otra, sin descanso ni tiempo libre. Dudo mucho que tenga tiempo para ir a almorzar, así que aprovecho para mandarle un mensaje a Scarlett: “no creo que pueda salir al almuerzo, lo siento. Reuniones. Aún así, no te marches a casa sin pasar a verme... Tengo una sorpresita para ti”. Todavía no ha llegado el resto del equipo, así que aprovecho para preparar el proyector y la presentación. Organizo el esquema que tengo impreso y lo repaso un par de veces. Mi móvil está encima de la mesa cuando recibo la respuesta de Sky; “¿Qué tienes para mí? ¿Un regalo de Navidad?”. Sonríe tontamente. Se va a morir de ilusión, lo sé. “No pienso decírtelo. Es sorpresa... Si quieres saber qué es, no te marches sin despedirte de mí”. Como aún tengo tiempo, me dedico a rebuscar en los cajones hasta dar con un sobre. Escribo en el exterior “Para la mejor hermana que jamás pude soñar” y meto las dos entradas dentro antes de cerrarlo. Podía esmerarme un poco y envolverlas mejor, pero no tengo tiempo. Y, a fin de cuentas, lo que realmente importa es el contenido, ¿no? Recibo otro mensaje de Sky, pero no me da tiempo a abrirlo porque la gente comienza a llegar. Me guardo el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón y, dos minutos después, cuando la sala por fin se ha llenado, comenzamos.

Cuando llega la hora del almuerzo, tal y como había previsto que sucedería, estoy a tope. La primera reunión no ha terminado y todavía me esperan dos más. Las he retrasado para más adelante, pero sospecho que hoy no conseguiré cumplir con toda la agenda que tenía programada. Cuando me quedo a solas, esperando a los siguientes, suspiro hondo y me dejo caer en la silla para recargar pilas. Me duelen las piernas, los pies y estoy agotada de estar de pie constantemente con tacones. Saco el teléfono móvil del bolsillo, dispuesta a leer el mensaje de Sky. Además, mientras daba la charla sobre el posible plan de ventas actual, he sentido que el teléfono vibraba, así que supongo que tendré dos mensajes de ella esperándome.

—¿Poyner? —murmuro, anonadada, al comprender que ninguno de los mensajes que había recibido eran de ella.

Los dos pertenecían a Poyner.

Es la primera vez que me envía un mensaje, así que lo abro con curiosidad y precaución.

“No sé qué me pasa contigo, Ashley, pero desde la otra noche no he conseguido sacarte de mis pensamientos. No me malinterpretes, no es una declaración de amor, pero... Me gustas. Me gusta cómo eres y me gustaría comprender por qué actúas tan diferente a las demás”. Eso es todo. Releo el mensaje un par de veces más antes de pasar al siguiente. No puedo obviar que, en efecto, al final a puesto “a las demás”. No “a los demás”. ¿Por qué? ¿Qué me ha visto de diferente al resto de las chicas de este mundo? No tengo nada de especial. Abro el siguiente mensaje, pensativa; “si no quieres responder lo entenderé. Pero quiero que sepas que ha sido un placer chocar contra tu coche”. Suelto una risita al leer eso. La verdad es que... Brian es agradable y atractivo. Si no fuera quién es, estoy convencida de que no le hubiera juzgado con tanta dureza ni hubiera actuado de la forma en la que lo he hecho. Sé que le habría concedido una oportunidad y que, quizás, nos hubiéramos conocido poco a poco. No lo sé. Tampoco lo sabré nunca, porque la realidad es que él es el pitcher más famoso de los Red Sox y yo soy Ashley Walsh, una chica del montón. Una chica... Sin más.

Mis nuevos espectadores acaban de llegar, así que bloqueo el teléfono y vuelvo a guardarlo, decidida a contestar con más calma el mensaje. El problema es que, durante la hora y media que dura la reunión, no consigo concentrarme. No me saco de la cabeza la frase que ha empleado para describirme y mi constante distracción me hace meter la pata en más de una ocasión. Cuando por fin termino, me siento aliviada. Saco el teléfono del bolsillo mientras salgo al pasillo para coger

aire fresco. ¿Qué respondo? ¿Qué podría responderle? Lo primero que debería de hacer es ser sincera conmigo misma y no engañarme. No tiene sentido que lo haga.

—¿Te gusta Brian o no? —me pregunto en voz alta.

En ese momento me doy cuenta de lo ridícula que sueno. Estoy tan concentrada en mis líos amorosos que soy capaz de dejar mi trabajo en un segundo plano. ¿Acaso esa actitud es madura? Ni siquiera se corresponde con mi edad.

—Sí, me gusta...

Aunque no quiera admitirlo, así es.

Puede que aún no lo conozca lo suficiente, pero empiezo a pensar que estoy dispuesta a darle una oportunidad. ¡Eso sí! Con varias condiciones... Habría normas que no se pondrían romper en nuestros encuentros, como, por ejemplo; mantenernos alejados de los focos de la prensa o no llamar la atención de la gente. Creo que no estoy dispuesta a volver a pasar por las revistas de corazón en mi vida.

—¡Eh, Ash! —grita Sky, corriendo por el pasillo en mi dirección.

Va vestida con la bata del laboratorio y dos guantes azules sobresalen de sus hinchados bolsillos. Me pregunto qué llevará ahí dentro para que estén tan llenos, pero conociendo a mi hermana, puedo esperarme cualquier cosa.

—¿Qué haces aquí? ¿No tienes trabajo? —pregunto, dejando de lado mis pensamientos para que no pueda detectar nada en mí y termine acribillándome a preguntas.

—Sí, pero me he tomado un descanso para venir a ver si seguías trabajando o no.

—Estoy de descanso... Esperando a que lleguen los próximos becarios —me río.

Scarlett suelta dos sonoras palmaditas y da un saltito de niña pequeña, entusiasmada.

—¿Y bien? ¿Me vas a dar mi regalo o tendré que esperar hasta la hora de salida? —inquire con un puchero triston.

Suelto una carcajada y sopeso si dárselo o hacerme de rogar. Desesperar a Sky suele ser muy divertido, pero tengo que admitir que esta vez me pueden las ganas. Estoy deseando ver la cara de sorpresa que pondrá cuando abra el sobre y se encuentre las entradas.

—Dame un minuto, que lo tengo dentro.

Cojo el sobre y, con una sonrisa de oreja a oreja, salgo al pasillo. Scarlett lo ve entre mis manos y frunce el ceño, pensativa, intentando adivinar qué es. De pequeñas solíamos hacer eso siempre; intentar adivinar qué era lo que contenían los paquetes antes de abrirlos.

—¿Un viaje? —pregunta—. ¿Nos vamos de vacaciones?

Sacudo la cabeza en señal de negación mientras ella tira del sobre para arrebatármelo. Mi sonrisa crece aún más mientras ella lo abre, ansiosa por descubrir su contenido.

—No puede ser... —susurra, abriendo los ojos como platos—. ¿Son entradas para el partido benéfico...?

Asiento con la cabeza, risueña. Ella, estupefacta, no es capaz de reaccionar.

—Pero, no puede ser... Llevan meses agotadas...

Yo empiezo a reírme y vuelvo a asentir.

Al fondo, veo cómo algunos de los integrantes de mi próxima reunión se van acercando en varios grupitos.

—Pues yo las he conseguido —le respondo con orgullo.

Es evidente que, si suma dos más dos, descubrirá cómo lo he hecho. Y después tendré que someterme a un interrogatorio de esos tan horribles en los que Sky no me deja ni coger aire entre respuesta y respuesta. Pero no importa. Merece la pena por verla así de feliz.

—Ash... Son entradas para el palco del estadio, con las mejores vistas al campo... ¿Sabes lo que puede costar esto?

Está tan afectada que ni siquiera levanta la mirada de las papeletas. Varias personas ya han entrado a la sala de reuniones, así que no puedo entretenerme mucho más. El deber me llama.

—No tengo ni idea de lo que puede costar —respondo con sinceridad—, pero la disfrutaré contigo de todos modos. Si es que decides llevarme a mí.

Me mira boquiabierta y tengo la sensación de que se le va a desencajar la mandíbula.

—¡Claro que voy a ir contigo! —grita, eufórica—. ¿Con quién iba a ir sino? ¿Con el imbécil de Gabe?

Suelto una risotada más.

—Tengo que entrar, Sky... Me alegra que te haya gustado.

Ella asiente tan seria que creo que está a punto de echarse a llorar. Pero no, en lugar de hacerlo se lanza sobre mí y me envuelve entre sus brazos.

—Te quiero, hermanita —murmura.

—Yo también te quiero a ti —le respondo muy seria, aunque incapaz de contener la risa.

Ayer, cuando llegué a casa, necesité más de una hora para decidir qué responderle a Poyner. Y la verdad es que empiezo a pensar que me pasé de la raya con la respuesta.

¿En qué diablos estaba pensando para invitarle a pasar con mi familia la cena de Navidad? ¿Dónde demonios tengo la cabeza? Es una locura, lo sé. Pero recordé aquella historia de que pasaría la noche en solitario y no pude evitarlo. Supongo que cualquier amiga en mi situación hubiera actuado de la misma forma.

“A Brian Poyner le sobran amigos y... amigas”, me recuerdo, y por mucho que me fastidie sé que tengo razón. Puede que yo le guste o puede que sienta curiosidad por mí porque no me parezco en nada a la típica chica con la que el compartiría su cama, pero no soy la única. Y si no quiero llevarme un buen golpe al final del recorrido, debería tener esto bien presente.

Cuando me despierto a la mañana siguiente aún no tengo ninguna respuesta de él. Odio que tarde tanto en contestar al maldito teléfono. Lo bueno es que tampoco tengo ninguna llamada ni mensaje de Marcus. ¿Se habrá cansado de escribirme? ¿Habrá tirado la toalla conmigo? Abro las redes sociales dispuesta a echar un vistazo a su Facebook. La última publicación que tiene es de hace más de una semana. Y tampoco es demasiado interesante. ¿Qué será de su vida? ¿Estará bien? Suspiro hondo, recordándome a mí misma que eso no es de mi incumbencia. Lo que Marcus haga con su vida ya no debería importarme lo más mínimo. Además, enviarle un mensaje supondría volver a empezar con el acoso y derribo al que me estaba sometiendo.

Abro el armario, intentando decidir qué ropa me pondré para ir a ver el partido. Vamos al palco y, según me ha explicado Scarlett, nos juntaremos allí con personas muy importantes; las familias de los jugadores, entrenadores, famosos... Lo que se resume en una sola cosa: no puedo ponerme los primeros vaqueros que pille, pero tampoco puedo ir excesivamente arreglada. “Sería ridículo ir de gala a ver un partido de beisbol”, me ha dicho mi hermana. Este es mi dilema número uno. El dos será que ponerme para la cena de esta noche. Como norma general, no soy de esas chicas que le dan mucha importancia al atuendo de Navidad, porque el plan suele ser cenar en familia y marchar prontito cada uno a su casa. Pero este año es diferente. Brian aún no me ha contestado, pero... ¿Y si acepta? ¿Qué diablos voy a ponerme si viene?

Scarlett me llama cuando aún ni he salido de la ducha. Apago los grifos y estiro el brazo para responder mientras que con el otro alcanzo la toalla. Está emocionadísima y no para de hablar como un torbellino. Es más, su ilusión alcanza tal grado que ni siquiera me interroga sobre Poyner. Le da igual. Ya me sonsacará información más tarde.

—Deberíamos quedar pronto —me dice, muy seria—. El centro suele ponerse fatal los días que hay partido y es mejor que vayamos con tiempo suficiente para aparcar.

—Bien... —murmuro, escurriéndome el cabello en el lavabo, distraída.

Aún sigo sin saber cómo ir vestida.

—¿Me pasas a buscar? ¿En una hora?

Pestaño, incrédula.

—¿En una hora? —pregunto—. ¡Sky, aún falta mucho para que empiece el partido!

Ella suelta una risita nerviosa que llega a mí a través del auricular.

—Podemos comer algo y dar un paseo mientras hacemos tiempo —propone.

Y al final, como no, termino accediendo.

Cuelgo el teléfono lo más rápido que puedo porque ya voy bastante mal como para seguir perdiendo el tiempo hablando de absurdos. Secarme el pelo, vestirme, maquillarme, coger el coche e ir a buscar a mi hermana. Todo eso en tiempo récord, claro.

Me quedo en ropa interior mirando fijamente el armario, como si de esa forma fuera a aparecer ante mí la respuesta a mis problemas. Al final, me siento en la cama preguntándome cómo diablos irá vestida Sky. Seguro que ella no necesita darle muchas vueltas al asunto y encuentra el modelo perfecto a la primera. Cojo el teléfono dispuesta a llamarla, pero al final termino revisando los mensajes que me he enviado con Brian. Todavía no hay señales de vida por su parte. ¿Y si le he asustado? Una cosa es que esté interesado en tener un par de citas conmigo y otra muy diferente es venir a mi casa a cenar en Navidad. Puede que la propuesta haya estado un poco fuera de lugar...

Pulso la tecla de escribir y medito unos instantes en lo que estoy a punto de hacer. Sí, lo mejor será rectificar y no parecer una fan loca y acosadora. O una cazafortunas. “Perdona si mi propuesta te ha incomodado... Puede que sea precipitado, olvídale”. Pulso el botón de enviar sin pensarlo y nada más hacerlo me arrepiento. ¿Precipitado? ¿Por qué diantres he puesto “precipitado”? ¡Ha sonado todavía peor! “Presentarte a mi familia ahora mismo es precipitado, dejémoslo para otro día...” Exactamente así suena.

Suspiro hondo y tiro el móvil sobre el colchón, muy lejos de mí.

Al final, decido que ha llegado la hora de ponerme cualquier cosa y salir de casa, porque como haga esperar a Scarlett más de la cuenta tendré que aguantar una de sus interminables regañinas. Hace un frío horrible, así que descarto los vestidos automáticamente. Decido ser práctica y ponerme unos vaqueros oscuros, unas botas, un jersey de lana y un gorro y una bufanda que hacen juego con él. Me maquillo superficialmente, porque doy por hecho que la gente no suele hacerlo para ir a ver los partidos, y me decanto por el abrigo más calentito que tengo.

Diez minutos después, estoy subiendo a Cooper rumbo a la casa de Scarlett. No vivimos lejos y no tardo demasiado en llegar. Además, no hay tráfico. Aún faltan un par de horas para que comience el partido benéfico y el centro todavía está tranquilo. Decidimos aparcar e ir dando un paseo hasta una cafetería cercana para desayunar algo. Scarlett está tan emocionada que prácticamente ni habla; es como si aún no se creyera que he conseguido las entradas.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —inquiero, incapaz de contener una risita irónica.

Ella sacude la cabeza en señal de negación.

—Es que... Tengo un problema —me confiesa, mirándome fijamente a los ojos.

—¡Oh, no! —exclamo al instante, revolviendo mi café con leche—. Dime que no es por el imbécil de Gabe...

—No, no es por eso. Es que... No sé cómo igualar tu regalo —me dice muy seria, dejando claro que no está bromeando con el asunto—. Esto es demasiado. No sé cómo compensártelo.

Suelto una risotada descomunal y varios de los presentes se giran hacia nosotras.

—No digas tonterías —aseguro—. Además, a mí no me ha costado nada —confieso, aunque sé que al decirlo abriré la caja de pandora—. Poyner me regaló las entradas.

Sky asiente.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—¿Cómo diablos ibas a conseguir entradas para un partido como este? ¡Llevan meses

agotadas! —exclama, regresando poco a poco a la realidad—. Por cierto, ¿vas a contarme cómo va lo tuyo con Poyner?

Yo me encojo de hombros.

—No va. No hay nada que contar —miento, porque lo último que me apetece es confesar en voz alta que le he invitado a cenar a casa esta noche.

—Ya... claro —me dice con picardía—. Eres una golfa, así que no intentes engañarme.

Decido cambiar de tema cuanto antes y redirijo la conversación, descaradamente, hacia el trabajo. Scarlett se da cuenta de ello, pero al parecer está tan agradecida conmigo que hoy soy “caballito blanco” y no insiste demasiado. Hoy me permite cualquier cosa.

Cuando nos levantamos de la cafetería para desplazarnos al Fenway Park, hogar de los Red Sox y estadio más antiguo de los Estados Unidos, reviso el teléfono móvil con la esperanza de tener noticias de Brian. Pero no las hay. Me consuelo a mí misma diciéndome que, seguramente, estará preparándose para el partido. Pero eso no justifica que ayer a la noche no me respondiera... ¿O sí? “Olvídate de Poyner y todo irá mejor, Ash”, me dice la vocecita sensata de mi cabeza. Y yo quiero obedecerla, claro que sí, pero nada más tomar la decisión de sacarlo de mis pensamientos acuden a mi memoria varias secuencias de esa noche que pasé en su casa y no puedo evitar sentir un cosquilleo que me recorre de pies a cabeza, sin olvidarse de ninguna extremidad por el camino. Fue... diferente. Esto jamás se lo contaré ni a Scarlett ni a nadie, pero más de una noche he fantaseado con la forma en la que me agarraba las manos para inmovilizarme y me ordenaba que me estuviera quieta. Rendirme a él, dejar que se encargase de mi placer fue...

—¡Oye! ¡Tierra llamando a Ashley! —exclama Sky—. ¿Se puede saber en qué estás pensando? —pregunta mientras se observa la perfecta manicura de sus manos.

Como no, mi hermana está guapísima vestida.

Tiene el pelo perfecto, como si hubiera estado hoy mismo en la peluquería —que seguramente así haya sido— y la manicura recién hecha. Va vestida con unos vaqueros y una camiseta de los Red Sox, aunque el chaquetón que lleva encima no permite que se vea. Al cuello, lleva una bufanda de su equipo. Como no, sencilla y perfecta para la ocasión. Así es Scarlett.

—Estoy tan nerviosa... —susurra, agarrándose a mi brazo mientras nos abrimos paso entre la gente para pasar a la zona VIP, la que lleva al palco.

La verdad es que yo también estoy nerviosa, y eso que ni siquiera sé por qué. Es la primera vez que vengo a ver un partido de beisbol en directo y me siento extraña. Como si estuviera fuera de lugar. En realidad, lo estoy. ¿Por qué diablos estoy aquí si en realidad no me gusta el beisbol? Por Scarlett, claro. Y, ¿para qué negarlo? Por el guapísimo pitcher de los Red Sox. Ése que no se ha dignado a responderme ni uno de mis mensajes.

Me relajo en mi asiento y observo cómo poco a poco el palco en el que estamos y el estadio completo se va llenando de gente. Nuestros asientos son mucho más espaciosos que el resto, nuestras vistas, tal y como me había avisado Sky, son inmejorables, y tras nosotras tenemos una enorme cristalera que da acceso a un bar privado. Solamente las personas que estamos aquí sentadas tenemos la opción de consumir en él. Es todo muy exclusivo, así que mi hermana parece encantada con la situación. Sé muy bien que no olvidará estas navidades jamás. Me aprieto con fuerza el abrigo y centro mi atención en el campo. Los jugadores empiezan a salir al césped y la muchedumbre aplaude. El estadio se ha llenado por completo. Intento divisar a Brian entre los presentes, pero no consigo distinguirlo hasta que la cámara capta su imagen y sale reflejada en la pantalla plana gigante que tenemos frente a nosotras. ¡El partido está a punto de comenzar!

Los minutos pasan y no soy capaz de enterarme de mucho. En realidad, no me importa.

Solamente me concentro en el instante en el que Brian lanza la pelota con facilidad, como si no le supusiera ningún trabajo, hacia el bateador. Entonces comienza la carrera y yo procuro desconectar hasta que mi pitcher particular vuelve a entrar en escena. De vez en cuando, mi hermana se dirige a mí para susurrarme algún nombre importante; “esa es la mujer de...” o “ese es el hermano de...”. Aquí arriba, estamos rodeadas de gente importante, aunque a mí me es un tanto indiferente porque no conozco a nadie.

Al final, los Red Sox ganan contra los Yankees... ¡5 a 4!
Según Scarlett, hemos tenido el privilegio de asistir a un partido histórico. Uno de esos que los entendidos recordarán siempre.

A pesar de que el partido ya ha llegado a su final, nos quedamos en el palco. Scarlett dice que prefiere salir la última para estar más tranquila y dejar que el tráfico del centro se despeje, pero en realidad sé muy bien que está intentando exprimir cada minuto al máximo y disfrutar de lo que ha ocurrido hoy. Ver la cara de felicidad de mi hermana no tiene precio, así que se lo permito. Si llego a saber que con esto la hacía tan inmensamente feliz, hubiera encontrado la forma de traerla al Fenway Park muchísimo antes.

Aferro mi teléfono en la mano, deseosa de que suene el pitido que indica que hay un mensaje nuevo. Estoy feliz; por Scarlett y por la euforia que se respira cuando el equipo favorito gana el partido. Me gustaría escribirle un mensaje a Brian y felicitarle por la victoria, pero ya son dos mensajes sin respuesta y no quiero insistir más de la cuenta. Por otra parte, ha sido él quien nos ha regalado las entradas y una parte de mí me dice que debería de ser un poco más agradecida. Miro de reojo a Sky; se está sacando selfies con el campo de fondo y parece muy concentrada en poner morritos sexys como para andar pendiente de lo que hago o dejo de hacer yo. Sin pensármelo dos veces, escribo algo sencillo y se lo envío a Brian. “Enhorabuena por la victoria. Ha sido increíble poder presenciarla en directo, gracias”. Un mensaje sin ninguna pretensión y, desde luego, sin ningún tipo de carga romántica. Después de enviarlo, me aseguro de que no hay ni una sola palabra que se pueda malinterpretar.

Una hora más tarde, aún sin ninguna respuesta de Brian, dejo a Scarlett en su casa para que pueda prepararse para la cena de Navidad. Hoy cenamos en casa de la abuela Nancy, como casi todos los años. Mi abuela Nancy está mayor, pero es una de esas señoras que adoran ver a su familia unida, aunque solamente ocurra dicho milagro una vez al año.

Me deshago de los vaqueros y me pongo el pijama. Aún quedan unas horas por delante y puedo decidir qué ponerme tranquilamente. Son las cuatro cuando reviso el teléfono y me doy cuenta de que Poyner está pasando de mí, lo que me hace sentirme absurda. Después de su confesión, había sido inevitable crearme ciertas expectativas irreales.

Me dejo caer en el sofá y poco a poco me quedo dormida. Todavía tengo tiempo de sobra antes de tener que salir a casa de la abuela Nancy...

Mi madre me despierta a las seis de la tarde. Me telefona dos veces seguidas hasta que al final consigo salir de mis onirismos y responder la llamada. Quiere saber a qué hora voy a llegar, porque tienen pensando cenar sobre las siete y media u ocho. Intento pensar con claridad, pero mi mente aún no ha conseguido despejarse del todo.

—Lo antes posible —murmuro con la voz gangosa y adormilada—. Me visto y voy para allí.

Me levanto, reviso el teléfono —en el que no encuentro ni rastro de Poyner— y me arrastro hasta mi dormitorio procurando no tropezar con las cajas de la mudanza que todavía no me he dignado a vaciar. No sé qué ponerme, pero al menos Brian me ha puesto las cosas sencillas. Como ha declinado mi generosa invitación —o mejor dicho, como la ha ignorado—, no tengo que preocuparme demasiado por mi aspecto. Me decanto por un conjunto muy cómodo que el año pasado también usé por estas fiestas; un vestido negro, de lunares, con unas medias opacas y unos

botines sin tacón, básicos y calentitos. Me quito la humedad del cabello con el secador y decido que con el maquillaje que todavía arrastro desde la mañana es más que suficiente.

Cuando me subo en el coche, pienso en mi situación actual: he pasado de tener a Marcus encima a todas horas a no saber nada de él. No solamente le he perdido como pareja, sino que, además, tener una amistad a estas alturas es algo impensable. Y Brian... Brian Poyner es como una montaña rusa. Puede invitarme a cenar, aparecer en mi trabajo o rescatarme de mi exnovio como si fuera un superhéroe para después pasar a ignorarme. Supongo que la gente de ese status es tan inestable que uno nunca debería esperar nada de ellos.

Mientras conduzco, escucho un pitido que proviene de mi teléfono móvil. Será Sky, seguramente para saber a qué hora tengo pensado llegar a casa de la abuela Nancy. Reviso el reloj en el salpicadero de Cooper y compruebo que aún son las siete y cuarto. Voy bastante bien si tengo en consideración la larga siesta que me he echado en el sofá. Cuando me detengo en un semáforo, aprovecho para sacar el teléfono del bolso. Sé que es ilegal, pero no soy un peligro para la circulación mientras esté aquí parada, ¿no?

“Mándame dirección. Me encantará pasar la velada contigo y tu familia”. Leo el mensaje dos, tres, cuatro y mil veces sin poder creer lo que me ha contestado. Escucho un bocinazo y después otro más, y entonces comprendo que el semáforo se ha puesto en verde y que yo continúo aquí detenida, obstaculizando la circulación. Marco el intermitente derecho y me esquinó lentamente al arcén de la carretera para poder responder.

“Genial. Nos vemos en casa de mi abuela Nancy”, respondo, adjuntado la dirección de su casa. El corazón me late a mil por hora. ¿De verdad Brian va a venir a cenar con mi familia? ¿Ni siquiera les he avisado! No esperaba que, a estas alturas, respondiera al mensaje. No contaba con él. Sopeso si debería llamar a mi madre o mi abuela Lucy para prepararlas, pero decido que lo mejor será que primero ponga a Scarlett al día. Si la llamo después, me lo reprochará el resto de mi existencia. Vínculo mi teléfono con el manos-libres del coche y vuelvo a incorporarme a la carretera.

—¿Dónde estás? —pregunto cuando escucho su respiración y los pitidos se cortan.

—Hola a ti también —responde—. En casa, a punto de salir. ¿Y tú?

—¡Espera! —grito, histérica.

Ay, Dios... ¡Estoy muy nerviosa!

No solamente porque Brian y yo vamos a volver a vernos sino porque, sin esperarlo, voy a presentarle a toda mi familia. O al menos a la parte más importante de la misma.

—¿Qué pasa?

—Coge tu neceser de maquillaje y llévamelo a casa de la abuela, por favor...

Escucho una risita al otro lado del teléfono y un par de golpetazos que me indican que Sky está siguiendo al pie de la letra mis órdenes.

—¿Has quedado con el guaperas de los Red Sox después de cenar?

Me quedo en silencio, sopesando cuál es la mejor forma de dar la noticia.

—En realidad, le he invitado a venir a nuestra casa a cenar... —susurro en voz muy bajita, avergonzada.

—¡Ashley! Estarás bromeando, ¿no? —inquire, casi tan histérica como yo.

El corazón me palpita con tanta fuerza que empiezo a sospechar que padezco una taquicardia. Quizás debería esquinar me hasta que se me pase, no vaya a ser que pierda el conocimiento en mitad de la conducción o algo así.

—Me dijo que pasaba las navidades solo, que su familia no podía venir y... bueno, me dio

pena. No me lo pensé demasiado.

—¿Y ahora qué me pongo? ¡Joder! —exclama, nerviosa.

—¡Sky! —exclamo, y por primera vez saco un carácter que hasta yo misma desconocía poseer—. Como se te ocurre ir más guapa que yo, te mato. ¿Te queda claro?

—Entonces me doy por muerta —se ríe tontamente, aunque en el fondo sé que sigue nerviosa.

Y la entiendo. Claro que la entiendo.

¡Un jugador de su equipo favorito va a venir a pasar las navidades con nosotros!

—Por favor... —murmuro—, trae el neceser y date prisa. Te necesito.

Ella me asegura que llegará a casa de la abuela a la velocidad de la luz. Cuelgo. Estoy a punto de llamar a mi madre para avisarla, pero en poco menos de dos minutos estaré en casa de la abuela Nancy y podré explicarme personalmente. Será lo mejor. Nunca jamás hemos invitado a nadie que no fuera de la familia a pasar las navidades con nosotros, así que puede que la situación les resulte un tanto violenta. Sobre todo, a papá, que es un cascarrabias en potencia y no le gusta en absoluto salirse de la rutina.

Aparco sin complicaciones y agradezco haberme puesto botines sin tacón cuando echo a correr cuesta arriba hasta el portal de mi abuela. Es un piso humilde en un barrio todavía más humilde de la ciudad, y eso me hace preguntarme qué pensará Brian Poyner cuando llegue y vea su alrededor. No encontrará ni un atisbo de los lujos de los que disponible en su impresionante caserón.

Toco el timbre, subo corriendo con el corazón a cien —al igual que en mi piso, tampoco hay ascensor— y espero a que me abran la puerta. Mi abuela Nancy me recibe con un fuerte abrazo mientras que mi abuelo y mis padres esperan en un segundo plano para darme la bienvenida.

—¿Has subido corriendo, cariño? —inquire la abuela—. Estás muy sofocada...

—Veréis —suelto, esperando captar la atención de todos—, es que quería daros una noticia de última hora un tanto... mmm..., inesperada.

Mi madre, que me mira con curiosidad desde detrás, frunce el ceño.

—¿Has invitado a tu novio a cenar? —pregunta con emoción—. Marcus se llamaba, ¿verdad?

Sacudo la cabeza en señal de negación.

—No, mamá. No estoy con Marcus desde hace un tiempo —claro, aunque eso ya lo sabe.

Por primera vez, me pregunto qué pensarán de mí; he invitado a un chico a casa a cenar cuando solamente hace unas escasas semanas que lo dejé con Marcus. Desde luego, la noticia será muy impactante. Pero ya es tarde para echarme las manos a la cabeza; Brian está de camino y yo debería haber pensado en las consecuencias antes de haber lanzado la invitación.

—Veréis, un amigo mío iba a pasar las fiestas solo y le he invitado a venir a cenar.

Se escucha un sonoro “¡Oh!” entre los presentes y yo guardo silencio esperando a que alguien añada algo más.

—¿Pero no es ese novio tuyo? —inquire papá, un tanto descolocado.

—No tengo novio —aseguro, dejándolo bien claro.

—Me parece fenomenal, cariño —suelta mi abuelo, siempre tan comprensivo—, estas fechas no son para pasarlas en solitario... La verdad es que debe de ser muy triste no contar con nadie.

—Gracias, abuelo. No sabía si me había precipitado invitándole sin antes consultar...

—¿Y qué amigo dices que es? —suelta mamá, siempre tan suspicaz.

—Uno. No le conocéis.

Rezo porque Scarlett aparezca por la puerta y me salve del interrogatorio.

De pronto, reina un intenso silencio en la sala. Supongo que se estarán preguntando porqué diablos he tenido la brillante idea de invitar a un desconocido a cenar. Saco el móvil y le envío un

mensaje a Sky: “necesito refuerzos. Corre”. Rezo porque ella llegue antes que Brian.

Ayudo a mi madre y a mi abuela a terminar de poner la mesa mientras que, mi abuelo, se encarga de tener los fogones bajo control. Es un experto de la cocina y no hay un solo plato que no se le resista. Poco después llega Sky y arrasa con el silencio como un tornado —cosa que yo agradezco enormemente—. Lo primero que hago, muerta de nervios, es encerrarme en el servicio con el neceser de maquillaje y el corazón a mil por hora. “Cálmate, Ash”, me digo a mí misma.

—¿Ya os ha contado Ashley que Brian Poyner viene a cenar a casa?

La voz de mi hermana me llega de fondo y muy distorsionada.

¡No! ¿Qué diablos pretende? ¿Por qué vuelve a sacar el tema?

—Nos ha contado que venía a cenar un amigo suyo, sí... —refunfuña papá de mala gana.

Y en ese instante, soy consciente de que he cometido un grandísimo error. Si esta cena termina saliendo bien, será un auténtico milagro. Me apoyo contra la puerta del servicio y, desesperada, observando la imagen que me devuelve el espejo. Tengo ojeras, estoy mal peinada y del maquillaje de esta mañana prácticamente no queda ningún rastro.

—Pero, ¡papá! —protesta Sky con indignación—. ¡Es Brian Poyner! ¡El pitcher de los Red Sox!

Mil pulsaciones se aceleran todavía más. En mi familia todos son muy hinchas del beisbol y, en contra de todo pronóstico, yo soy el único bicho raro que nunca se ha interesado por los deportes.

—¿Poyner? ¿De los Red Sox? —repite el abuelo, con cierto tono de emoción.

—¿Y de qué diablos conoce tu hermana a Brian Poyner?

Me doy cuenta de que el tono de voz de papá ha cambiado. Ya no parece estar de tan mal humor como hacía cinco minutos.

—Le dio un golpe con el coche en el Brighton Center —se ríe Sky—. Oye, ¿habéis metido en la nevera el champán bueno? Creo que deberíamos brindar con...

Se alejan a la cocina y el sonido de sus voces se extingue.

—Esto va a salir mal... —susurro para mí misma, espolvoreándome la nariz y los pómulos para después retocarme con un poco de colorete y pintalabios.

No estoy perfeta, pero tengo mejor cara que antes.

El timbre suena y escucho cómo todos se apresuran a la puerta para recibir al recién llegado. Yo salgo del baño y hago lo mismo, pero mi familia se ha apelotonado en el pasillo, expectante, impidiéndome llegar a la puerta.

—Hola... —murmura Brian con cierta timidez desde el umbral cuando Sky le abre.

Yo estiro el brazo y saludo desde el fondo.

—¡Menuda alegría tener al mejor pitcher de la historia de los Red Sox en esta casa! —grita papá, haciéndose a un lado para dejarle entrar.

Y en contra de todo pronóstico, empiezo a tener la sensación de que se avecina una buena cena de Navidad.

El piso de mi abuela Nancy es muy pequeño. Tiene una cocina diminuta que da al salón, así que la mesa hay que abrirla de tal manera que sobresale del habitáculo y roba espacio del siguiente. Es un sitio humilde, pero en él siempre he respirado mucha paz y amor.

Cuando salimos de casa, a las diez de la noche, Brian tiene una sonrisa en el rostro y yo sigo hecha un flan. La cena ha ido bien. ¡Mejor que bien! Si hubiera invitado a cenar a un amigo cualquier la velada hubiera resultado un fracaso total, pero teniendo en cuenta que Brian es quien es, la emoción y la ilusión reinaba por todas partes. Me he muerto de vergüenza cuando papá y el abuelo le han atosigado a preguntas incómodas, y lo he pasado aún peor cuando Sky le ha pedido que le firme varios autógrafos. Quitando eso, tengo la sensación de que todo ha salido bien. Mejor de lo que yo creía.

—Me lo he pasado muy bien —confiesa Poyner, deteniéndose en mitad de la acera—. Tu familia es encantadora.

No necesito levantar la cabeza para saber que tanto mi madre como Sky están asomadas en la ventana de la casa de la abuela Nancy, fisgándome.

—No están mal —admito con una sonrisa.

—¿Te llevo a casa? —me pregunta—. Es lo mínimo que puedo hacer para darte las gracias por todo. Si no fuera por ti, seguramente ya estaría durmiendo.

Suelto una risita nerviosa.

Estoy a punto de responderle que “vale” cuando recuerdo que he venido en coche. No puedo dejarlo aquí abandonado.

—No hace falta —respondo, incapaz de ocultar la decepción en mi tono de voz—. He venido en coche.

Brian tuerce el gesto en una mueca de disgusto.

—Te propongo un trato... Te vienes a tomar la última copa de vino a mi casa y luego te traigo de vuelta aquí, para que recuperes tu coche.

Me quedo pensativa hasta que Brian alarga su brazo y rodea mi cintura. Siento su respiración agitada muy cerca de mi rostro y me apresuro a apartarme con brusquedad. Sé que mi familia nos está mirando y no quiero darles de qué hablar.

—Sí... vale... ¡Sí! —respondo sin pensar.

Brian, que no comprende a qué se debe mi reacción, asiente y desbloquea las puertas del coche. Cuando nos subimos dentro y nos escondemos de las miradas cotillas, puedo volver a relajarme y ser yo misma.

—De verdad, Ashley... Ha sido genial. No se cómo agradecértelo.

Antes de que pueda decir una sola palabra más, me abalanzo sobre él y le beso en los labios. Siento su aliento y su sabor tan familiar recibéndome. Sus manos se posan en mi cintura y todo a mi alrededor comienza a dar vueltas. Llevaba horas deseando besarle. Mirándole fijamente mientras charlaba con mi padre y mi abuelo, tranquilamente, como si fuera amigo de ellos de toda la vida. Puede que Poyner sea un niño malcriado, pero empieza a gustarme mucho más de lo que

me gustaría admitir. Deslizo la mano por su vientre y la dejo caer suavemente hasta su entrepierna mientras el beso se alarga todavía más. Siento su miembro, duro, dispuesto, y una excitación inmensa se apodera de mí. Le deseo. Le deseo mucho.

—Tengo que conducir —ronronea de forma sensual sin apartarse de mí—, y creo que si sigues así no voy a poder...

—Conduce —le reto, acariciándole la zona más sensible de su cuerpo con una sonrisa perversa.

Poyner me la devuelve mientras arranca el coche.

—Estate quieta.

Asiento muy lenta y seriamente de forma obediente.

—Esta vez eres tú quien tiene que tener las manos ocupadas.

—Es peligroso —me advierte.

—Confío en ti... —murmuro sin borrar la sonrisa juguetona.

Brian pone el coche en marcha y dos minutos después estamos en la autopista, de camino a su casa. Mientras conduce, le toco. Le toco por todas partes mientras él, muy tenso, no se queja. Conduce con la mandíbula apretada y la mirada fija en la carretera, dispuesto a no perder la concentración mientras yo paseo las manos por encima de su ropa. La calefacción está apagada y fuera hace un frío de mil demonios, pero en el interior del coche ardemos en llamas. Puedo sentirlo. Puedo intuir su miembro muy duro por encima del pantalón y la excitación que siente en la manera que tiene de apretar la mandíbula, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por contenerse.

Le beso el cuello, lamiendo suavemente el lóbulo de su oreja. Con una risita nerviosa, me pregunto si me estaré pasando o no. En realidad, tiene razón, es peligroso. Está conduciendo. Pero Brian está tan concentrado en la carretera que me permito continuar con mis juegucitos un poco más. Además, no hay tráfico. Supongo que hoy todo el mundo se ha quedado en casa disfrutando de su familia, así que los carriles están vacíos. Bajo mi mano izquierda hasta su pantalón y le desabrocho el botón lentamente.

—No... eso no —me dice con la voz ronca.

—¿Por qué no? —murmuro con fingida inocencia.

El gruñe a modo de respuesta y yo deslizo mi mano lentamente por la cremallera de la bragueta. Siento cómo todo el cuerpo de Brian se tensa al instante y no puedo evitar soltar una risita maligna. Le estoy haciendo sufrir. Aparta una mano del volante y me retira con suavidad para obligarme a regresar a mi asiento. Yo me cruzo de brazos, como una niña enfurruñada, y me mantengo inmóvil. ¿Se acabó el juego? Brian me mira de reojo, se muerde el labio inferior y resopla, justo antes de pisar el acelerador a fondo.

Aparca en el terraplén de su casa con un pequeño derrape y yo necesito sujetarme al salpicadero para no salir disparada. Después, de forma brusca y apresurada, se baja del coche sin esperarme. Yo aún me estoy desabrochando el cinturón cuando le veo aparecer junto a mi ventanilla. Abre la puerta, me coge en brazos y sin molestarse en cerrar, echa a caminar hacia su casa.

—¡La puerta! —exclamo.

—Me da igual la puerta —gruñe, llevándome en volandas hacia su hogar.

Me río tontamente.

—¿Y si llueve? ¿Nieva? Seguramente tendremos helada.

Brian sacude la cabeza.

—Tampoco me importa.

Entramos en casa.

Aún sin soltarme —no sé dónde saca la fuerza, pero he de admitir que me siento como una princesa desde esta perspectiva—, desactiva la alarma y recorre el pasillo hacia las habitaciones. Rodeo su cuello con mis brazos y apoyo mi cabeza en su hombro. Brian pasa de largo el dormitorio en el que estuvimos la última vez, así que mi curiosidad se activa al instante. Me pregunto a dónde me estará llevando...

Abre otra puerta, una que hay más al fondo. La luz de la habitación se enciende mientras yo me apresuro a mirar a mi alrededor. Esto sí es un dormitorio de verdad. Su dormitorio. Está decorado, hay cuadros, póster, fotografías que parecen importantes y, sobre todo, familiares. No todo lo que rodea la estancia está dedicado al beisbol. Poyner me deja caer sobre la colcha grisácea de su cama y me observa detenidamente, pensativo.

—Ahora te va a tocar a ti estarte muy quieta.

Me gusta este juego.

Le sonrío a modo de aceptación mientras él se abalanza sobre mí para quitarme la ropa. Yo estiro los brazos y hago lo mismo. Creí que me detendría, pero Poyner me permite desabrocharle la camisa sin protestar. Eso de estar quietecita, al final, no lo voy a tener que seguir muy a rajatabla. Me termina de desnudar, desabrochándose el sujetador y dejándome solamente con las braguitas. Y entonces, en ese instante, se aparta bruscamente y rodea la cama para buscar algo en una de las mesillas. Le miro de reojo; lleva la camisa desabrochada y los calzoncillos. Nada más. Está tan sexy... Le miro y, en su expresión, puedo ver edad y madurez. Quizás, por esa misma razón, me resulta tan extraño pensar que Brian es más joven que yo. No lo parece en absoluto.

—Túmbate más cerca de la almohada... —me pide.

O más bien, me ordena.

Él continúa rebuscando en los cajones de la mesilla y yo obedezco con curiosidad, dispuesta a complacerle. Estoy desnuda y expuesta, pero no me siento para nada intimidada. Es más, estoy cómoda. Excitada y... despreocupada. Creo que llevo una temporada dejando mis complejos físicos de lado, y eso me hace sentir realmente mejor conmigo misma. Brian saca unas esposas del cajón y me las enseña rápidamente.

—Te voy a esposar.

Un escalofrío recorre mi cuerpo mientras se sube a la colcha y se desliza hacia mí. Me pide que suba las manos hacia el cabezal y, entonces, me esposa a él. El corazón se me acelera y, por un instante, no sé decir si esto me gusta o no. Una cosa es que me esté quieta y le permita tomar el control y... Otra muy diferente, es esto. Estoy atada. Si quisiera levantarme y marcharme no podría hacerlo.

—¿Confías en mí? —me pregunta.

No sé qué responder.

Siento las palpitaciones de mi corazón funcionar a gran velocidad y me cuesta concentrarme en lo que está pasando. Podría pedirle que me soltase, sí, pero entonces... El ambiente se apagaría. Puedo sentirlo.

—Sí, confío —respondo, casi sin voz.

“Una vez, Ash. Y si no te gusta, nunca más”.

La sonrisa reaparece en el rostro de Brian mientras se desliza entre mis piernas. Va directo al grano. Una mano comienza a tocarme por encima de las braguitas mientras que sus labios me besan con pasión. Estoy nerviosa, pero cuando su boca desciende hasta mis pechos para hacer

travesuras con mis pezones, lo único que soy capaz de percibir es el placer que me proporciona. El resto cae con rapidez en el olvido. Tiro de mis muñecas al hacer un movimiento brusco y siento un dolor punzante extendiéndose por mis brazos. Por unos instantes, me había olvidado de que estaba atada. Brian se aparta lentamente de mí, observándome. Me gustaría poder acercarme a él, besarle, tomar las riendas de la situación... Pero no puedo. Es él quien me domina y parece satisfecho de poder hacerlo. Está complacido. Aún así, me gusta. Tengo que admitirlo. Me siento excitada. Siento la humedad de mi zona intimida traspasando mis braguitas y no puedo evitar ruborizarme un poco.

Brian regresa a la acción y me las retira poco a poco, deslizándolas por mis piernas. Se quita la camiseta y después los calzoncillos. Ambos nos quedamos totalmente desnudos. Su miembro duro y preparado está dispuesto para la acción, aunque es evidente que él quiere seguir jugando un rato más. Coloca el dedo índice de su mano derecha en mi clavícula justo antes de mordirme en los labios. Tengo la respiración agitada y estoy nerviosa. Nunca antes había hecho esto. Nunca antes... me habían esposado a la cama. ¿Y si hace algo que no me gusta? ¿Y si quiero irme y no puedo moverme? Supongo que esas cuestiones forman parte del juego y que, además, son las que crean tanta expectación. Pero... No lo sé. No sé si estoy preparada. Desliza la yema de su dedo por encima de mi piel. Yo sigo en la misma posición y él se ha filtrado entre mis piernas. Siento su duro miembro en mi sexo, rozándolo suavemente mientras la yema de su dedo desciende hasta mis pechos. Los recorre y se pasea por encima de esyos, haciendo círculos en mis pezones. Primero uno, luego otro. Simplemente rozándolos, sin pellizcarlos, ni presionarlos. Son solo movimientos ligeros que me hacen volverme loca de excitación. Quiero más. Quiero mucho más. Esta suavidad me resulta desesperante. Me gustaría poder saltar sobre él, morderte, besarle. Comérmelo. Pero, nuevamente, soy consciente de que no puedo. Su dedo desciende a mi ombligo. Se agacha y me da un beso en el monte de Venus, poniéndome a cien. Quiero más.

—Más... —suplico.

Al decirlo en voz alta, me doy cuenta de lo desesperada que sueno. Quiero sentirlo más. Quiero que me posea. Brian me toca suavemente, aunque poco a poco aumenta el ritmo. Puedo sentir cómo, al crecer su excitación el tampoco consigue contenerse. Todo da vueltas a mi alrededor. Doblo las piernas y él se apresura a volver a estirármelas.

—Quieta —me dice.

Y esta vez su orden suena terriblemente sexual.

Entonces se tumba sobre mí y muy lentamente me penetra. Lo hace despacio, aunque con la segunda embestida no es tan delicado. El placer que siento es tan intenso que un millar de cosquilleos recorren mi vientre amenazándome con estallar en este mismo instante. La respiración de Brian se mezcla con la mía, fundiéndose en una sola. Continúa entrando y saliendo de mí mientras los húmedos besos se van estirando en el tiempo. Arqueo las caderas para recibirle, una y otra vez. Me besa. Me toca. Me hace suya. Y cuando por fin ninguno de los dos puede soportarlo más, estallamos de placer. Brian desliza su mano sobre la mesilla y se apresura a desatarme las doloridas muñecas. Las acaricio y siento la marca del metal que ha quedado grabado en mi piel.

Deja las firmes y pesadas esposas sobre la colcha y, en silencio, sin decir nada, se acurruca detrás de mí. Ninguno de los dos hablamos; no lo necesitamos. Solamente nos tumbamos juntos, en silencio. Escucho su respiración pesada. La luz tenue de la habitación se va apagando poco a poco y yo me pregunto cómo diablos funcionará para apagarse y encenderse de forma automática. Sé que debería vestirme y marcharme, pero me siento tan reconfortada aquí, a su lado, que no quiero moverme. Nuestros cuerpos desnudos se rozan ligeramente y puedo sentir el calor que desprende.

Rodea mi cintura con un brazo y tira de mí, atrayéndome. Seguimos en silencio un rato más y voy percibiendo cómo su respiración se hace más ronca y profunda. ¿Se ha dormido? Mis párpados también pesan. Mucho... Tengo sueño, y aunque debería irme, me siento genial aquí, con Brian. Tengo que confesar que la cena de Navidad ha sido millones de veces mejor de lo que esperaba.

Al final me quedo dormida. Cuando me despierto, debe de ser de madrugada. El pesado brazo de Brian continúa sobre mi cuerpo desnudo. Estamos sin tapar, tumbados sobre la colcha. Pero hace calor. La calefacción debe de estar funcionando sin cesar. Escucho uno de sus pequeños ronquidos y me relajo, decidida a volverme a dormir. Ya me preocuparé por mi Cooper y por volver a casa mañana. A fin de cuentas, ¿qué prisa tengo? Cuando amanezca la vida del exterior continuará en el mismo punto en el que la he dejado.

Me despierta la luz que entra por la ventana. Es tenue y suave, pero lo suficientemente luminiscente como para arrebatarme los onirismos. Estiro las articulaciones sin poder reprimir un bostezo y siento mi cuerpo dolorido. Sobre todo, mis brazos y mis muñecas. Entonces, poco a poco, voy recordando algunas escenas de la noche de ayer. Levanto las manos frente a mí y observo las marcas que tengo con cierto dramatismo. Se ven demasiado. ¿Y si Sky me pregunta cómo diablos me las he hecho? Lo último que me apetece es contarle que Brian Poyner me esposó la noche de Navidad al cabecero de su cama. Seguro que mi loca hermana no podría contenerse y terminaría vendiéndolo como una exclusiva a la prensa.

Y hablando del rey de Roma... ¿dónde está? ¿Y Brian?

La puerta del baño está cerrada y me parece percibir el sonido de agua. Una ducha, quizás. Sonríe como una tonta y vuelvo a cerrar los ojos, dispuesta a remolonear un ratito más, cuando escucho el pitido de un teléfono móvil. Desvío la mirada buscando el provenir del sonido. El móvil está en la mesilla. Es el de Brian. Otro pitido. Y otro más. Le llegan varios mensajes seguidos mientras mi curiosidad va en aumento. ¿Quién escribe a un famoso jugador de beisbol? ¿Su manager? ¿Sus compañeros de equipo? Me imagino el típico grupo de “WhatsApp” repleto de caras conocidas. O puede que sean sus padres, felicitándole las fiestas. Quizás algún amigo, o algún hermano... O puede que otra chica. Otra que, como yo, pasa algunas noches atada a esta cama. “No seas inocente, Ash”, me digo a mí misma, “está claro que tu no eres la única”. En realidad, debería darme igual. Pero la diferencia con Brian es que, cuando empiezo a quedar o a conocer a otros chicos, no necesito preguntarme si se verán con supermodelos o actrices. Con los otros puedo relajarme y saber que la lista de chicas que le pretende no es de la longitud de un campo de fútbol americano.

Sé que lo que voy a hacer está fatal... Pero no puedo contenerme. Alargo el brazo y cojo el teléfono móvil. Pulso el botón de desbloqueo y la pantalla me pide un “pin” de seguridad. Mierda. ¿Qué esperaba? ¿Qué el teléfono de Brian Poyner no tuviera ningún código de seguridad? Me quedo mirándolo fijamente varios segundos, como si fuera a ser capaz de desbloquearlo con la mente. Entonces, vuelve a sonar. La pantalla cambia al salvapantallas y de pronto aparece un nombre y el mensaje. Patsy. “¿Me estás echando de menos, guapetón?”. Deslizo hacia abajo y puedo ver unos cuantos mensajes más, aunque los más largos soy incapaz de leerlos completamente. “Tengo ganas de ti”, “la otra noche soñé que estaba en tu...”. El corazón se me acelera y puedo sentir la ansiedad invadiendo mi pecho. Sin querer, intentando leer más, pulso el botón de desbloqueo. La pantalla se apaga, y cuando la vuelvo a encender los mensajes han desaparecido y me vuelve a pedir el “pin”. Mierda. Espero unos instantes por si la tal Patsy escribe algo más, pero nada.

Dejo el teléfono en la mesilla y con las palpitaciones a mil por hora, me apresuro a rebuscar por el suelo intentando dar con todas mis prendas. Esta sensación no es tan desconocida. En realidad, la he sentido antes y hace no tanto, cuando le pillé a Marcus los mensajes de Bea en su teléfono móvil. La diferencia, en esta ocasión, es que Brian y yo no tenemos nada y que él no me debe

ninguna explicación. Me visto rápidamente. Estoy terminando de atarme la coleta y ya he llamado al taxi cuando la puerta del baño se abre y Brian aparece al otro lado, con una toalla enroscada en la cintura. Está muy sexy, como no. Él es todo músculo.

—¿Estás bien? —inquire, frunciendo el ceño y escrutándome.

—Tengo que irme —respondo rápidamente.

Tengo ganas de llorar, aunque ni siquiera comprendo la razón.

“Pero, ¿qué diablos esperabas, Ash? ¡No sois nada! ¡Nada de nada!”

—Eh, espera... ¿Qué ocurre?

Aferro mi bolso contra mi pecho y sacudo la cabeza en señal de negación. La respiración cada vez me va más rápido y estoy empezando a hiperventilar.

—Nada, de verdad —respondo con rapidez—. Tengo que irme.

—¿Llamo a un taxi? —inquire, levantando los brazos en señal de rendición.

Sacudo la cabeza.

—Ya lo he hecho yo.

Brian me mira de arriba abajo, intentando averiguar de un solo vistazo qué es lo que va mal.

—Ashley, no entiendo...

—De verdad, tengo que irme —concluyo, esquivándole para poder salir de la habitación.

El corazón me late tan rápidamente que tengo la incómoda sensación de que se me saldrá por los oídos. Recorro el pasillo de la casa de Brian casi de una carrera y suspiro, aliviada, cuando salgo al exterior y el aire fresco golpea mi rostro. Es reconfortante. Veo al taxi fuera, detrás del vallado, esperándome y me dirijo hacia él. Cuando me meto dentro, pego la cara a la ventanilla y me doy cuenta de que Brian ha salido detrás de mí. Está en la calle, mirándome muy fijamente con el gesto confundido. Imagino que se estará preguntando qué es lo que me ocurre y por qué me he marchado de esta forma. Pero es mejor así. No puedo encararle y decirle “oye, Brian, ¿Y quién es esa que te envía mensajes? ¿Por qué tiene que escribirte?”. Sería injusto. No somos nada y en el fondo sé muy bien que esa tal Patsy no es la única con la que comparte sus sábanas y sus jueguitos eróticos. Brian Poyner es famoso. Tiene a todas las mujeres que quiere y todas y cada una de ellas se mueren por estar en esa casa.

El recuerdo de la maravillosa noche de ayer me sacude los pensamientos y los sentimientos. Fue perfecta. La cena y..., bueno, todo en general. Brian se portó genial, me hizo reír, disfrutar, y mi familia parecía encantada con su presencia. Si a eso le sumo el hecho de haber dormidos abrazados, sintiendo el contacto permanente, entonces ya le daría un diez de diez de nota. Una pequeña parte de mí se siente ridícula por no ser capaz de aceptar lo que hay y disfrutarlo. Podría seguir quedando con Brian Poyner como hasta ahora, sin exigirle ninguna clase de compromiso... Pero, en el fondo, sé muy bien cómo acabaría esa película. Lo veo a diario con Sky y Gabe. “Amigos” que se acuestan y, de paso, se destrozan mutuamente con el pretexto de no involucrar los sentimientos.

El taxi me deja en mi casa y yo no soy consciente de que debería haber ido en busca de Cooper hasta que ya me he puesto el pijama y me he tumbado en el sofá. Aún estoy a tiempo de salir, pero me siento perezosa. Y muy herida —¿para qué negarlo?—. No ha pasado ni una hora desde que me he marchado y Brian ya me ha enviado un mensaje: “No entiendo qué ha ocurrido. Explícamelo, por favor”. Trago saliva.

—Me encantaría poder hacerlo, Brian. Pero no puedo.

Suspiro hondo, hastiada.

Mi día perfecto acaba de destruirse por completo.

La fiesta de cumpleaños de Ginna Godsby no es lo que más me entusiasma en el mundo en estos instantes, pero cualquiera le dice a mi hermana que no estoy por la labor de asistir. Antes de las cinco de la tarde, ya la tenía en mi casa cargada con dos mochilas repletas de vestidos. Ha traído lo mejor de su armario para que nos lo probemos.

—El hotel será muy “top” y nosotras tenemos que estar a la altura —me explica, sacando cada prenda y mostrándomela—. Más aún si tenemos en cuenta que habrá muchísimos fotógrafos y que tú eres la novia de Poyner.

—No soy su novia —refunfuño a modo de respuesta—. No soy nada.

Podría añadir un: “además, he decidido dejar de verle”. Pero esa coletilla solamente delataría que, en efecto, sí, ha habido algo entre nosotros dos. Por más que Sky me pregunta, yo no suelto prenda. No me apetece darle explicaciones y tener que contarle todo, porque sé muy bien que si lo hiciera después tendría que escuchar ciertas cosas desagradables. Como, por ejemplo, que debería pensar menos “y darle una oportunidad sin pensar qué mujeres se meten en su cama” o algo estilo “eres demasiado posesiva, Ash”. En definitiva, que conozco muy bien a mi hermana y sé que me diría que el problema soy yo. Y puede que lo sea; quizás. No lo sé. Lo que tengo claro es que no estoy dispuesta a meterme entre las mismas sábanas que otras treinta. Lo siento, pero no.

—Tengo el vestido perfecto para mí —me dice—. Aunque todavía tenemos que vestirme a ti.

—¿Y cuál será tu vestido?

Scarlett sonrío con picardía.

—En realidad, no es un vestido —me dice, sacando una minifalda de cuero negra y un top a conjunto—. ¿Qué te parece? Son mi nueva adquisición.

—Que vas a parecer un putón.

Mi hermana sonrío, satisfecha.

—¿Sabes? Pienso salir en todas las fotos posibles y ligarme al tío más bueno de la fiesta.

—¿Para fastidiar a Gabe? —inquiero, levantando las cejas.

Ya empezamos.

¿Cómo es posible que estén siempre igual? ¿Por qué no madurarán de una vez por todas? Se han metido en una relación demasiado tóxica y parece que ninguno de los dos está demasiado dispuesto a dar el paso para salir de ahí.

—No, para que mi cuerpo lo disfrute —me responde, comenzando a desnudarse—. No todo gira alrededor de Gabe, ¿sabes?

Me encojo de hombros y comienzo a mirar los vestidos de Sky con indiferencia.

—No sé qué decirte... Tengo la sensación de que vais a terminar fatal.

Mi hermana se desliza la falda hasta la cintura y se la abrocha con destreza. Después se quita el sujetador y pasa a colocarse el top de cuero.

—La verdad es que creo que no voy a volver a quedar con él. Al menos, de esa forma. Ya me entiendes.

Pestañeo, incrédula.

—¿Lo dices en serio?

Ella asiente.

—Empiezo a cansarme de que siempre sea lo mismo —me explica con indiferencia mientras se gira para poder mirarse el culo en el espejo—. Me apetece algo nuevo. Ya sabes... Innovar.

—Innovar —repito, alzando un mini vestido negro frente a mí.

Es diminuto, aunque debo admitir que de todos los que Sky ha traído es el más decente. Compensa lo corto que es con la falta de escote, y eso me gusta. Mi madre siempre decía de joven que “si enseñas por arriba, no enseñes por abajo”. Mi hermana no cogió el consejo y por eso le encanta vestirse como a un zorrón, pero a mí no me apetece ser el centro de atención de todas las miradas.

—Ese es precioso —señala Sky—. ¿Por qué no te lo pruebas? Te quedará genial.

Le hago caso y me lo pongo.

Aunque no me siento del todo cómoda —si me agacho demasiado enseño todo, absolutamente todo —, decido que no está tan mal y que en el fondo me favorece mucho. Me hace buen tipo.

—¡Joder, Ash! —exclama mi hermana, observándome de arriba abajo mientras suelta un silbido sexy—. Si no te conociera, pensaría que eres una de esas súper modelos.

“Sí, una de esas que se acuestan con Brian”, pienso internamente, asestándome a mí misma una puñalada por la espalda.

Después pasamos al taller de chapa y pintura —comúnmente conocido como el cuarto de baño — y nos dedicamos a maquillarnos y peinarnos. Como nunca me llevé muy bien con mi rebelde cabello, dejo que Scarlett se encargue de mí y me haga un recogido “chic” que, según ella, volverá todas las miradas del hotel.

—Ya puede prepararse Ginna Godsby —dice mi hermana con un grito—, porque creo que hoy nadie se va a fijar en ella.

Sacudo la cabeza en señal de negación, diciéndome a mí misma que a veces, Sky, puede parecer la adolescente que un día atrás fue.

Un par de horas más tarde, estamos cruzando la recepción de uno de los restaurantes más importantes de la ciudad. Me siento nerviosa, tengo que admitirlo. La fiesta se celebra en la última planta y en la azotea, donde Ginna Godsby ha puesto una grandiosa carpa con música en directo, cócteles y vistas a toda la ciudad. Subimos en el ascensor. Sky está nerviosa, puedo notárselo. Para ella, estas tonterías tienen más importancia de la que deberían. A mí, si he de ser sincera, me dan igual. No anhele la vida de Ginna y me importa un pimiento codearme o no con las importantísimas personas de esta fiesta. Pero ella es diferente. Como suelo decir, debía de haber nacido para rica; esa vida le sentaría genial.

El ascensor se abre en la última planta y nos encontramos frente a frente con el portero. Le damos nuestros nombres y nos sorprendemos al descubrir que Ginna nos ha incluido en las primeras posiciones de la lista.

—Brian Poyner abre muchas puertas, ¿verdad? —me susurra Sky al oído.

—Si tú lo dices...

La primera planta está hasta arriba. Una banda popera que no reconozco a primera vista toca en una esquina del salón mientras todos comen y beben. Sobre todo, beben. El objetivo de estas fiestas pijas suele ser el mismo que el de cualquier fiesta: emborracharte lo antes posible para ahogar tus penas. No importa que sea Ginna Godsby quien la organiza, porque las personas no suelen variar esa costumbre, aunque se encuentre ante la alta sociedad. Un camarero pasa con una bandeja de cócteles y Sky se apresura a coger dos. Me da uno y tira de mí para adentrarse entre la

gente.

Veo un par de caras conocidas, pero no nos paramos a saludar a nadie. Al final, entre la gente, terminamos encontrando a Ginna —que era exactamente lo que mi hermana quería—. La saludamos con notoria falsedad, le felicitamos por su cumpleaños y cuando la conversación empieza a convertirse en lo suficientemente absurda como para no ser soportable, decido escaparme con la excusa de ir a buscar algo para beber. Scarlett se queda con ella y sus amigos. No soy tonta, y sé que le ha echado el ojo a uno de los guaperillas que está con el grupo de Ginna. Salvando varias diferencias, se parece muchísimo a Gabe. Aunque, ¿de qué me extraño? Gabe es el prototipo de chico que le vuelve loca a mi hermana, claro. Y de alguna forma, esta noche solamente servirá para intentar sustituirlo.

Me siento en una de las barras y pido un cubata.

Me lo bebo casi de un trago y después pido otro más. Si tengo que estar aquí, soportando a esta gente, al menos pienso disfrutar de la barra libre y pasármelo bien, ¿no? El tercero me lo bebo un poco más tranquila, porque he de admitir que he conseguido entrar en calor. Este mini-vestido que llevo puesto me sentará genial, pero no lleva la tela suficiente como para soportar una fiesta en pleno diciembre. “Con no salir a la azotea bastará”.

—Hola, Ash.

No necesito girarme hacia el origen de la voz para reconocerla. Nada más escucharle, el corazón me da un enorme vuelco y de forma instintiva contengo la respiración varios segundos.

—¿Marcus? —inquiero, esforzándome por dibujar una sonrisa conciliadora.

Los últimos mensajes que nos enviamos no fueron lo que se dice... agradables.

Él suelta una risita nerviosa, delatando que en el fondo se siente tan extraño e incómodo como yo.

—No esperaba verte en la fiesta de Ginna —me dice, colocándose a mí lado.

¡Oh, claro!

¿Cómo diablos no había caído en la cuenta? Estaba claro que cabía la posibilidad de que Marcus estuviera aquí, ya que nosotras conocimos a Ginna por su círculo de amistades.

—Lo siento —respondo, y al hacerlo me doy cuenta de que el alcohol ya ha empezado a hacer mella en mí—, si hubiera sabido que venías...

—No, no —se apresura a responder—. Está bien, tranquila —añade, deslizando una mano por detrás de mi cintura—. Somos adultos y podemos llevarlo bien.

Me siento incómoda con lo repentino de su gesto, pero no me aparto. No quiero que la situación entre nosotros vuelva a tensarse. Marcus pide un trago y me pregunta si puede sentarse a mi lado. Yo respondo que sí, aunque internamente muero en deseos porque Sky venga a salvarme.

—Pónganos dos chupitos —le dice al camarero.

—No, no... —murmuro, porque sé muy bien que ya estoy un poco piripi.

Haberme bebido los primeros tragos de golpe está teniendo sus horribles consecuencias.

—¿Brindamos por una amistad? —me dice Marcus, deslizando un chupito de licor en mi dirección a pesar de mis negativas—. Sé que las cosas no terminaron bien y... Bueno, ha sido difícil para mí, Ash.

Yo asiento en silencio, sin decir nada. No quiero que esta conversación termine en una pelea, pero tiene mala pinta. Muy mala pinta.

—No quería perderte... —me dice con la voz ronca por el sentimiento—, pero no supe gestionar bien nuestra ruptura. Entiendo y respeto que ahora estés con otra persona, pero me gustaría poder seguir estando a tu lado... Como amigo.

¡Oh!

Eso sí que no me lo esperaba.

—En realidad, no estoy con nadie —me apresuro a aclarar—. Poyner y yo solamente somos amigos.

El sacude la cabeza en señal de negación.

—No tienes que endulzarme las cosas, Ash. Lo estoy superando... Sé que tengo mi merecido después de lo de Bea.

De forma inmediata e inconsciente, los mensajes de Bea me recuerdan a los mensajes de Patsy y me doy cuenta de que los sentimientos son similares, pero no iguales. Cuando le pillé a Marcus esas fotos de mi amiga desnuda me sentí traicionada. Por él, claro, pero también por ella. Solamente fueron unas fotografías y quizás en otro momento de mi vida se lo hubiera perdonado, pero en el fondo mi corazón sabía de sobra que no quería luchar y perder el tiempo con Marcus. Lo nuestro no funcionaba bien. En cambio, lo de la tal Patsy y Poyner... Ha sido totalmente diferente. Me he sentido decepcionada, no traicionada. Una parte de mí deseaba demasiado que todo saliera bien entre los dos y, quizás por esa razón, había optado por ponerme una venda en los ojos y pensar que en realidad quería conocerme. Que no había más chicas.

Marcus pide otro cubata y yo me animo a beber con él. Iba a salir en busca de mi hermana, pero no he necesitado hacerlo para localizarla en una esquina de la sala morreándose con “su nuevo Gabe”. Cuando la veo, rezo internamente porque algún día termine de comprender el daño que se está haciendo a sí misma.

—Me alegra saber que estás bien —confiesa Marcus.

Voy a contestarle que yo también me alegro, pero en ese momento me doy cuenta de que las palabras se pierden en mi boca. Estoy demasiado... ida. Mareada. Miro el reloj y soy consciente de que ya llevo unas cuantas horas aquí. Muchas, diría yo. He perdido la noción del tiempo y empiezo a sentirme fatal. En el fondo, ni siquiera sé cuánto tiempo lleva Marcus aquí, sentado a mi lado. Un amigo suyo se acerca a él para avisarles de que suben a la azotea.

—¿Te vienes?

—Me quedo Ash —responde con una sonrisa.

El chico asiente, me dedica una sonrisa y añade que “es un placer verme de nuevo”. Intento ubicarle en mis pensamientos, pero no lo consigo. Además, comienzo a ver un poco emborronado y el mareo va a más. El corazón me late muy rápido. ¿Qué me está pasando?

—Creo que tengo que ir al baño —susurro en voz baja.

Me pongo de pie y sin ser consciente me tambaleo un poco. Marcus me agarra del brazo para sujetarme.

—No te caigas, ¿eh?

Pero, ¿qué me está pasando? No he bebido tanto como para estar así. Estoy hiperventilando. Procuro controlar el ritmo de mis pulsaciones y mi respiración, pero no puedo. Me siento extraña, como si mi cuerpo no respondiera a mí.

—No... no... —murmuro, caminando un paso hacia el fondo.

—¿Quieres que te acompañe? Creo que has bebido mucho, Ash.

—Estoy bien —consigo responder, esforzándome por guardar la compostura.

Y sí, creo que tiene razón, He bebido demasiado... O quizás algo me haya sentado mal, porque nunca jamás me había encontrado así.

Me muevo entre la gente procurando llegar a los servicios que están al otro lado de la sala. Todo se mueve demasiado deprisa a mi alrededor y me cuesta no caerme hacia los lados.

—¡Eh, Ashley! —exclama alguien—. Tu hermana te estaba buscando.

Me doy la vuelta y me encuentro con Ginna. Intento sonreír.

—Ya... Gracias.

Ginna se queda mirándome y luego suelta una risotada.

—No eches las pastillas en el vaso, que el pelotazo es demasiado fuerte —me recomienda—.
Luego te veo.

¿Las pastillas? ¿El vaso?

Intento encontrarle sentido a lo que me ha dicho, pero soy incapaz.

Consigo llegar hasta la fila del baño, que es inmensa, y me dejo caer al suelo apoyando la espalda sobre la pared. Necesito sentarme unos instantes porque estoy muy mareada. Demasiado. “Llama a Scarlett”, me dice una vocecita en la cabeza. Así que me apresuro a rebuscar en mi bolso hasta dar con mi móvil.

—¿Estás bien, Ashley?

Una chica se ha parado frente a mí. Estoy mareada y la veo borrosa, así que no la reconozco. Sonríe, asiento con la cabeza y espero a que se marche. La pantalla del teléfono también la veo borrosa. Creo que tengo dos mensajes. De Sky... No, son de Poyner. No consigo leer qué quiere. Brian Poyner. Pienso en él. En su casa, en sus besos, en sus esposas... Un escalofrío me recorre de pies a cabeza y sin ser muy consciente de lo que hago, pulso en botón de llamar.

—¿Ashley?

Su voz suena a través del auricular del móvil.

Estoy mal, pero aún así soy consciente de que simplemente es una llamada. No le tengo delante. No debería ponerme nerviosa. Entonces, ¿por qué tiemblo de pies a cabeza?

—Me has escrito... —susurro, procurando hablar bien.

Creo que consigo pronunciar correctamente cada palabra, pero no estoy segura.

—¿Estás bien? ¿Dónde estás?

Parece preocupado.

—¿Para qué me has escrito? —refunfuño, demasiado borde.

¿Por qué diablos he llamado a Brian? ¿Qué se me pasaba por la cabeza? “Tengo que llamar a Scarlett”, pienso, “me encuentro fatal”.

—¿Sabes? Tengo que colgar.

—Espera... Ashley, espera —suplica—. No cuelgues así, por favor. ¿Estás bien? ¿Has bebido?

—No te debería interesar, ¿sabes? —replico con desdén—. Preocúpate por tu amiga Patsy.

Y dicho esto, cuelgo.

Respiro hondo, intentando calmarme mientras una vocecita en mi cabeza me dice que mañana me arrepentiré muchísimo de la llamada que acabo de realizar. Pero ya es tarde para arrepentimientos, así que mejor concentrar mi atención en llamar a Sky. Levanto la mirada y me doy cuenta de que la cola para el servicio sigue siendo enorme. No avanza. Eso, o se me están colando. “Scarlett” “Llama a Scarlett”.

Aferro el teléfono frente a mis ojos procurando que la pantalla deje de moverse de una maldita vez, pero no. Todo sigue dando vueltas a mi alrededor. Decido que lo mejor será dar con ella y dejarme de llamadas. No puede estar muy lejos, ¿no? A fin de cuentas, ambas estamos en la misma fiesta.

Me tambaleo por el pasillo, esquivando a las chicas que aún siguen haciendo cola. Me gustaría decirles que se rindan y que hagan pis en la azotea, pero eso son demasiadas palabras para mi lengua. Mi teléfono suena y sin mirar —porque no veo—, respondo la llamada.

—¿Scarlett? —pregunto de mal humor.
¿Dónde diablos se ha metido mi hermana?
—No..., soy Brian.

Cuelgo.

No quiero hablar con él. No me apetece.

El teléfono vuelve a sonar, pero esta vez no respondo. Recorro la sala de un lado al otro procurando dar con mi hermana, pero no hay rastro de ella. Bueno, puede que quizás sí que ande por aquí, pero yo no la veo. En realidad, soy incapaz de ver nada que esté a más de medio metro de distancia de mí.

—Creí que te había perdido, Ashley.

Me doy la vuelta de golpe al escuchar mi nombre y sufro un pequeño tropiezo. Marcus me sujeta al vuelo y me dedica una sonrisa.

—Vaya... ¿Estás bien?

Asiento.

—Estoy buscando a Scarlett... ¿La has visto?

—¿Cómo? —pregunta, frunciendo el entrecejo.

No debo de pronunciar tan bien como creo, porque Marcus no entiende ni una palabra.

Suspiro hondo. Estoy cansada, todo da vueltas mi alrededor y no me encuentro bien. Me apoyo en su hombro y Marcus rodea mi cuerpo con su brazo para no dejarme caer.

—¿Quieres salir a la azotea para que te dé el aire?

Sacudo la cabeza en señal de negación.

—¿Quieres salir de aquí?

Vuelvo a negar.

Lo que quiero, en realidad, es encontrar a Scarlett.

—Vamos... Te voy a sacar de aquí —me dice.

Voy a protestar, pero Marcus tira de mi cuerpo y yo comienzo a caminar a su lado mientras él continúa agarrándome por la cintura.

—Sky... —murmuro, confusa.

Cada vez estoy peor. O, al menos, esa es la sensación que tengo. El corazón me va rapidísimo, estoy hiperventilando, las luces del techo se mueven a mi alrededor, no veo con nitidez... Es una locura. Tampoco he bebido tanto, ¿no? O puede que sí. Seguro que sí. Además, prácticamente ni había cenado.

—Marcus... Tengo que buscar aa...

—Tranquila, que ya salimos de aquí.

El problema es que no quiero salir de aquí, sino encontrar a Sky. Pero mi cuerpo no responde. Todo va demasiado rápido. Salimos al hall en el que antes se encontraba el portero. Marcus me guía hacia el fondo y me deja caer en uno de los sofás. Veo que, en otro sillón aparte de nosotros, hay una pareja. Creo que se están haciendo manitas, pero no veo bien.

—Tranquila, podemos esperar a que se te pase un poco y luego buscamos lo que quieras.

—A Sky —murmuro con el corazón a cien.

—A Sky, claro —me dice.

Marcus sube mis pies a su regazo y me quita los tacones. Comienza a masajearme los pies. Cierro los ojos, intentando calmarme. El corazón me sigue latiendo muy de prisa y la sensación que me invade es tan extraña... Una parte de mí es consciente de lo que ocurre a mi alrededor, pero por otro lado no soy capaz de reaccionar. Quiero pedirle que pare, que baje mis pies y me acompañe a

buscar a Scarlett. Porque sé que no estoy bien; me está pasando algo. Me encuentro mal. Aún así, mis pies no se mueven de su regazo y mi voz no consigue salir de mi garganta.

—¿Sabes que tienes las medias llenas de carreras? —se ríe, deslizando sus manos por mis piernas.

Suben hasta mi rodilla y se detienen, aunque después continúan más arriba. Las siento introduciéndose por debajo de mi vestido y tocándome los muslos.

—Marcus...

Él se reclina sobre mí, de manera que ya no puedo ver a la otra pareja. Tampoco puedo ver si hay alguien más en el hall.

—Creo que deberías quitarte las medias, Ashley. Las tienes muy rotas —me dice.

Puedo ver su sonrisa. Puedo sentir qué es lo que quiere. Sus manos continúan paseándose por mis piernas, justo hasta la cinturilla. Yo intento retirarme, pero no puedo. Siento mi cuerpo como un peso muerto.

—Voy a quitártelas, ¿vale?

Sacudo la cabeza en señal de negación, pero entonces escucho la tela rasgándose y tira de ellas. Las retira con lentitud, tocándome. Disfrutándome. Quiero pedirle que pare. Que me deje en paz. Quiero decirle que quiero encontrar a Scarlett. Pero estoy confusa y todo da vueltas a mi alrededor.

—Tranquila... Aquí no puede vernos nadie —me dice—. Yo te tapo... Estamos en una esquina, la gente está borracha... Nadie nos mira.

“Nadie nos mira”, pienso.

La cabeza me da vueltas mientras las manos de Marcus continúan en mis piernas, que ahora están desnudas. Veo la tela transparente en el suelo. Intento cogerla, pero no puedo. Marcus me echa hacia atrás y me dice que si no me estoy quieta terminaré cayéndome del sofá. Se ríe. Le hace gracia que esté borracha.

—Scarlett —murmuro—. Quiero encontrarla.

—Ajá —responde, justo antes de posar sus labios sobre mi cuello.

Me besa, me lame. Quiero que se quite. No quiero hacer esto.

A pesar de mi estado, soy consciente de que no quiero seguir aquí, con él. Quiero irme. Una de las manos de Marcus continúa subiendo más y se detiene en mis braguitas. En mi sexo.

—¿Te apetece que lo hagamos, eh? —me dice, tocándome.

—No... No... —susurro—. Para...

La voz no me sale y mi cuerpo no responde.

Cada vez estoy más mareada. Pienso en Ginny y en eso que me ha dicho de “las pastillas”. Pienso en la mano de Marcus, tocándome por encima de la tela de mis bragas. Intento quitarme, pero él me sujeta por las caderas y me atrae más a su cuerpo, casi hasta sentarme sobre su regazo. Me sujeta una mano y la coloca sobre su pantalón. Siento su dureza. Me quito, pero él me agarra.

—Marcus, no...

—Me alegra que lo tuyo con ese famosillo de poca monta se haya terminado, Ash... Te echaba mucho de menos —me dice.

Mete la mano por debajo de mi vestido. Pasa de largo mis bragas, pero llega a mi sujetador. Lo aparta y saca mis pechos. Comienza a masajearlos mientras gime en mi oreja.

—¿Sabes? Estás muy caliente, Ash... —me dice—, yo también tenía ganas de ti, pero... ¡uff! Estás tan caliente...

—No... Para, Marcus, no...

Me aparto, arrastrándome por el sofá, pero él vuelve a atraerme. Aún veo borroso, pero intuyo cómo se va desabrochando el pantalón. “No quiero”, pienso, una y otra vez. Pero mis piernas no reaccionan a mis órdenes. No obedecen.

—No... No...

—¿Ashley?

Marcus me tiene agarrada por la cintura, con una mano dentro de mi vestido. Lucho para liberarme, aunque no consigo zafarme de él.

—¿Ashley? ¿Estás bien?

—Para... Marcus, para...

—Está bien, amigo. Lárgate.

—¡Eh, te está pidiendo que pares!

Marcus se levanta, atándose el pantalón. Al girarme, me caigo del sofá. Intento levantarme, pero termino a gatas. Todo sigue dando vueltas a mi alrededor. Las voces se me distorsionan.

—¿A ti qué cojones te importa, amigo? ¿Qué te largues? ¿No está contigo?

Escucho la voz de Poyner. Sí, es él. Tiene que ser él. Cuando levanto la cabeza, Marcus está en el suelo y Brian se sacude la mano después de haberle pegado un puñetazo. Yo me echo a llorar, porque me siento sucia. Mareada. Enferma. Extraña. Brian se agacha junto a mí y me levanta del suelo, cogiéndome en volandas.

—¿Estás bien, Ash? ¿Qué has tomado?

Sacudo la cabeza en señal de negación.

—Dime... ¿Qué has tomado, Ashley?

Vuelvo a negar.

—Alcohol —murmuro con la voz pegajosa.

Veo a Marcus frente a nosotros, levantándose del suelo.

—Debería llamar a la policía —le advierte—. ¡Hijo de puta! ¡La has drogado!

Marcus suelta una risotada.

—Ella sabrá lo que ha consumido —se ríe—, yo no le he obligado a tomar nada.

Noto cómo los músculos de Brian se tensan.

—¿Y qué pensabas hacer? ¿Violarla?

Marcus empieza a reírse y entonces... entonces todo se queda en negro.

Me duele muchísimo la cabeza y tengo el estómago fatal.

Me levanto con gran esfuerzo y corro hasta el cuarto del baño para vaciar en el retrete todo lo que mi estómago contiene en su interior. Cuando lo echo todo fuera, me miro al espejo y veo el espectro en el que me he convertido al amanecer. Intento recordar lo que sucedió anoche, pero no puedo. Los recuerdos están distorsionados.

—Joder... —murmuro, antes de enjugarme la boca. Me huele a alcohol.

Sin pensármelo, enciendo la ducha y me quito el pijama para meterme bajo el chorro de agua caliente. El contraste de temperatura me hace sentir mejor.

Poco a poco los sucesos van viniendo a mi memoria; recuerdo los cubatas, recuerdo a Marcus y recuerdo cómo me tocaba. ¿Qué diablos hice? O, mejor dicho, ¿qué diablos me hizo? ¿Qué me ocurría? ¿Por qué diablos me siento así? Yo no quería, pero... Pero tampoco me marchaba. ¿Por qué dejaba qué...? Todo es demasiado confuso, demasiado extraño. Sin darme cuenta, me echo a llorar. Saco todo lo que tengo dentro y no salgo de la ducha hasta que consigo sacar de mi cuerpo la sensación de suciedad que me invade. Después me envuelvo en una toalla, y todavía con el pelo mojado, salgo a mi habitación. Veo la palangana repleta de vómito junto a la cama y reprimo una arcada de repulsión. ¿Tan mal estaba? “Bueno, al menos, fui capaz de llevarme la palangana conmigo”, pienso. La vacío en el baño y me arrastro hasta la cocina en busca de un buen café. Necesito recordar. Necesito saber qué diablos sucedió con Marcus anoche.

—Por fin te has despertado.

De forma involuntaria, doy un respingo, sobresaltada. Brian Poyner está en mi cocina, con una taza de café y un par de tostadas.

—Perdona, no quería asustarte... ¿Estás bien?

—¡No! ¿Por qué diablos estás en mi puñetera casa? —grito, incapaz de entender nada.

Él se prepara para excusarse, pero antes de que pueda añadir nada yo me echo a llorar. No puede ser. Me encuentro fatal y no entiendo nada. Brian rodea mi cocina y se acerca a mí para estrecharme entre sus brazos.

—Tranquila, Ashley... Ya ha pasado todo —me susurra en el oído.

—Es que no entiendo por qué me siento así.

—La depresión es uno de los efectos secundarios de las pastillas —me explica—. Es normal que estés con bajón y que no entiendas nada.

—¿Pastillas? —pregunto, levantando la cabeza para mirarle.

Brian acaricia mi mejilla con suavidad.

—Creo que tu ex te drogó. Estaba a punto de hacer algo contigo, cuando... —susurra Brian, pero finalmente decide callarse—. Si sigue vivo es porque no puedo meterme en problemas en mitad de la competición, pero creo que deberías ir a la policía.

—Me... ¿Me...?

Ni siquiera soy capaz de decirlo en voz alta. Es imposible. Marcus jamás...

—No paso nada. Llegué a tiempo y te traje a casa —me explica, señalando el sofá—. Decidí

quedarme a dormir en el sofá por si me necesitabas.

—Gracias —murmuro, avergonzada.

Brian me acerca la taza de café y yo la aferro entre mis manos.

—¿Quieres que me marche? —pregunta.

Sacudo la cabeza, sentándome en el sofá.

Él se sirve otro café y se sienta a mi lado.

—¿Por qué viniste a buscarme? —pregunto, procurando atar los cabos sueltos que hay en mi memoria.

—Me llamaste por teléfono.

—¿Y te dije dónde estaba?

—No. Pero vi una fotografía tuya en las redes sociales de tu hermana y decidí probar suerte — me explica—. Noté que estabas bastante mal, y...

—No deberías haberte molestado.

Brian se encoge de hombros.

—Quería hacerlo, Ashley —responde muy serio—. Ya te lo he dicho, me gustas. Eres... diferente. Y quiero que las cosas entre nosotros también lo sean.

Me quedo en silencio. La cabeza aún me duele horrores y todavía me siento extraña. Había decidido alejarme de Poyner y... Aquí estoy, sentada a su lado, escuchando que soy "diferente".

—Ashley, quiero que sepas que entre Patsy y yo no hay nada —suelta, sin venir a cuento—. O, al menos, no lo hay desde que apareciste tú.

Parpadeo, confusa, sin saber a qué viene eso.

—¿Y eso por...? ¡Oh, no! —exclamo, escondiendo mi rostro detrás de ambas manos—. ¿Te solté algo de Patsy?

Brian se ríe y asiente.

—Sí. Y me alegro de que lo hicieras —asegura—. Siento mucho los mensajes que me envió, pero quiero que sepas que no hay nada. Absolutamente nada.

—No tienes que darme explicaciones, Brian...

Él sujeta mi barbilla, girándome el rostro para obligarme a mirarle.

—Pero quiero hacerlo. Quiero que sepas que tú eres la única a la que deseo conocer.

Sus ojos se clavan en los míos y, de pronto, me siento reconfortada. Toda la ansiedad que me carcomía hacía unos segundos desaparece por completo y me doy cuenta de que únicamente existimos él y yo. No importa lo que sucediera ayer. Lo que importa es que, a pesar de que no se lo pedí, vino a buscarme. Me salvó.

Sus labios se posan en los míos, su lengua se enreda con la mía y mis manos se abalanzan sobre él. No era consciente de las ganas que tenía de estar a su lado hasta ahora. Percibo su aroma. Brian enreda sus dedos entre mi cabello mojado mientras nos besamos.

—Gracias... —susurro, separándome de sus labios unos instantes—. Gracias por salvarme anoche.

Él sonríe, y de pronto, atisbo esa carita de niño que tiene en realidad.

—Quiero salvarte siempre —asegura.

La excitación comienza a crecer tan rápido que ni siquiera soy consciente de la forma brusca en la que me abalanzo sobre él para quitarle la camiseta y desabrocharle el pantalón. Brian lo tiene más sencillo. Deshace el nudo de la toalla y listo, me deja totalmente desnuda frente a él. Me besa el cuello y desciende suavemente a mis pezones. Gimo de placer, intentando contenerme, pero sin ningún resultado.

—Eres tan... única. Eres preciosa, Ashley.

El calor asciende entre nosotros. Aún no sé si puedo confiar en él o no, pero tengo claro que ahora mismo, le deseo. Sé muy bien lo que quiero que suceda y no voy a negarme la oportunidad que tengo ante mí. Le termino de desnudar, me siento sobre él. El duro miembro de Brian roza mi sexo mientras nos besamos, así que de manera involuntaria empiezo a mecarme sobre él. Sus manos recorren mi espalda, mi trasero y se terminan posando en mi cadera. Aprieta mi piel, pero no me hace daño. Estoy tan excitada que solamente puedo pensar en él. En sus labios húmedos, en sus besos apasionados, en su forma de comerme con la mirada. Él y su respiración ronca, sus gemidos de placer, sus deseos de poseerme. De hacerme suya. De tenerme a su entera disposición. Se detiene, me aparta bruscamente justo después de morderme sensualmente el labio y me pide que me dé la vuelta y me tumbe bocabajo en el sofá.

—¿Bocabajo? —repito, incapaz de ocultar cierto tono de angustia.

—No voy a hacerte nada que no te guste. Lo prometo.

Asiento lentamente y obedezco sus órdenes.

Después me pide que coloque las manos en la espalda y, nuevamente, lo hago. Nunca nadie me había pedido que fuera así de sumisa y complaciente en el sexo, aunque... Tengo que admitir que no me disgusta. Es excitante. Veo, de reojo, cómo recoge su camiseta del suelo. La enrolla y me ata las muñecas con ella, inmovilizándome. Brian Poyner y sus juegucitos... Estar así, inmóvil y atada, me hace sentirme insegura, extraña. Brian se deja caer sobre mí, lentamente, y me besa la espalda. “Va a gustarte”, asegura. Y algo en mi interior sabe que así será. Pasea sus manos por mi cuerpo desnudo mientras me susurra lo bonita que soy. Cada vez me siento más y más húmeda, más dispuesta. Más todo. Brian tiene un súper poder para potenciar todos mis sentidos y volverme loca de remate. Entonces lo noto. Se hunde en mi interior, poco a poco. Coloca una mano sobre mi espalda, otra en mis nalgas y me propina un suave cachete mientras entra y sale por segunda vez. Lentamente. Pausadamente. Me encanta. Me gusta mucho. Todo lo que Brian me hace me vuelve loca de placer. Me propina otro cachete, esta vez mucho más fuerte que el anterior, y grito de placer.

—Sssh... O vas a asustar a los vecinos —murmura con la voz ronca, entrando y saliendo.

—Me dan igual... los vecinos —consigo responder, ahogando otro grito de placer con un cojín cercano a mi rostro.

Brian sujeta mis manos por la camiseta y tira de ellas, haciéndome arquear la espalda y clavándose en mí hasta el fondo. Siento cómo si me partiera por la mitad, cómo me inunda entera. Grito. Gimo. Jadeo. Todo a mi alrededor se nubla y solamente puedo pensar en lo mucho que me hace disfrutar. Las embestidas aumentan, el ritmo cada vez es más fuerte... Siento nuestros dos cuerpos sudorosos y resbaladizos. Más rápido, más fuerte... Más, más y más. Y entonces explota. Lo siento y es lo último que necesito para que el orgasmo me alcance, haciéndome temblar de placer.

Tras unos segundos, Brian me suelta las muñecas con una risa nerviosa en los labios.

—Te propongo una cosa, Ash.

Le miro y la misma sonrisa que él tiene en el rostro, aflora también en mí.

—Adelante.

—¿Qué te parece si nos damos una ducha y después te preparo un buen desayuno? Tengamos la mañana que la última vez no tuvimos.

No necesito pensármelo demasiado.

—Acepto —respondo sin dudar.

Mi móvil vibra sobre la mesa de mi escritorio y nada más ver el nombre que se ilumina en la pantalla, sonrío. Tengo que admitir que estoy comenzando a emocionarme, y eso es peligroso. Muy peligroso. No quiero encapricharme con alguien que está fuera de mi alcance.

—¿Es Poyner de nuevo? —pregunta Sky, que se ha acercado a hacerme una visita.

Me ha traído un café con leche bien cargadito, y yo se lo agradezco. Mi vida laboral últimamente es demasiado intensa.

—Sí, es él.

Scarlett me mira de reojo con una sonrisa maléfica en el rostro.

—No voy a preguntarte qué tal estáis, porque ya lo veo...

Ni siquiera levanto la cabeza del teléfono para mirarla. Sé que quiere cotilleo y no pienso dárselo. Al menos, no más de los necesarios.

—Este fin de semana nos marchamos a Baltimore —le cuento sin poder ocultar la ilusión que me supone—. Juega allí un partido y me ha pedido que le acompañe.

—¡Guau! ¿O sea que la cosa se ha puesto seria? ¿Puedo empezar a alardear de que Brian Poyner es mi cuñado?

Levanto la vista solamente para lanzarle una servilleta sucia hecha una bola. Acierto de pleno en su ojo derecho y suelto una carcajada.

—No puedes decir nada. Además, lo último que quiero es que la prensa vuelva a sacarnos a relucir. Ni de broma.

Scarlett asiente y, en ese momento, mi ilusión se desvanece un tanto y vuelvo a sentirme un poco desanimada.

No sé si estoy preparada para enfrentarme al estilo de vida de Brian. Sé que me gusta, sé que cuando estamos juntos la cosa va bien y creo que puedo empezar a confiar en él. O, al menos, eso creo. No estoy del todo segura, pero he decidido no ahondar en ese asunto por el bien de mi salud mental. Lo que no tengo nada claro es qué ocurrirá si nuestra relación sale adelante. Prensa, fama... ¡Acoso! Eso es lo peor de todo y no sé si realmente seré capaz de soportarlo.

—Eh, Ash... Deja de darle vueltas al tema —me dice mi hermana con una sonrisa—. Que sea lo que tenga que ser.

Esa es la filosofía de vida de mi hermana: “que sea lo que tenga que ser”. No pensar y mucho menos, preocuparse por las cosas antes de tiempo. Hay que dejar que lleguen los sucesos y después enfrentarse a ellos.

—Sí, claro.

Me gustaría preguntarle por Gabe, pero sé que tras la fiesta de Ginna tuvieron una pelea bastante fuerte y que desde entonces prácticamente no se han dirigido la palabra. Su maravilloso mundo de “amigos con derechos” se ha venido abajo, tal y como estaba predestinado a suceder, y desde entonces la cosa se ha puesto muy tensa.

—¿Cuándo os marcháis?

Señalo la maleta que he aparcado en una esquina del despacho.

—Se pasará a buscarme luego... Y volveremos el domingo.

Sky asiente.

Sé que esperaba contar con mi apoyo psicológico el fin de semana y me siento mala persona por abandonarla, pero no puedo parar mi vida cada vez que Gabe y ella tengan una disputa por su estupidez.

—¿Y qué has hecho con lo de Marcus? —inquire.

Le conté a mi hermana el incidente de la fiesta y el tema de las pastillas.

—Le mandé un mensaje y se lo pregunté directamente, pero él lo niega. Dice que estoy loca y que entre nosotros no pasó nada que yo no consintiera. En fin... Supongo que nunca sabré si fue él.

Y digo “si fue él” porque tengo bastante claro que me drogaron. Bebí de más, sí, pero los efectos secundarios que padecía no se asemejaban en nada a los de una borrachera.

—Menudo cabrón... —asegura Sky.

Asiento.

Estoy intentando olvidar el tema, porque cuanto más lo pienso, más repugnada me siento. Podría haber acudido a la policía —tal y como Brian me había recomendado que hiciera—, pero sé muy bien que no serviría de nada. No podría demostrar nada. Además, muy en el fondo, me cuesta imaginar a Marcus haciendo algo así. ¡Por Dios! ¡Hemos tenido una relación!

—Tengo que volver al trabajo, hermanita —me dice, lanzando el café a la papelera desde donde está sentada.

Acierta. Sky siempre ha tenido buena puntería.

—Deberías decirle a Poyner que me fiche para los Red Sox.

Suelto una risotada.

—Se lo comentaré.

Dos minutos después, vuelvo a estar a solas. Aún faltan dos horas para poder escapar de este lugar y, la verdad, no soy capaz de dejar de pensar en él y en el fin de semana que vamos a pasar juntos. Supongo que este pequeño paso significa que lo nuestro está tomando un ritmo más serio, ¿no? Lo último que me apetece es que mi relación con él se quede estancada del mismo modo que les sucedió a Gabe y a Sky.

Decido concentrarme en los informes que tengo delante y desconectar de las fantasías de mis pensamientos. Me cuesta, pero al final consigo hacer mi trabajo y dejarlo todo cerrado antes del fin de semana.

Cuando llega la hora de cerrar la persiana y decir adiós, me doy cuenta de lo nerviosa que estoy. Decido esperar un rato a que mis compañeros salgan porque no quiero cruzarme con ellos por el pasillo y que vean mi maleta de viaje. No deberían, pero sé que todos intentarán sonsacarme información y cotillear. Sobre todo, ellas, que son unas arpías. Sky dice que el otro día escucho a varias recepcionistas comentando que la prensa pagaba un buen pico por exclusivas, y aunque no llegaron a decir mi nombre, mi hermana intuye que hablaban sobre lo mío con Poyner.

Cuando considero que estoy a salvo, salgo de mi despacho y camino con paso ligero hacia el ascensor. Llevo la maleta a cuestas para que las ruedas no me delaten, pero la verdad es que tampoco pesa demasiado. No he metido demasiada ropa; a fin de cuentas, solamente nos vamos un fin de semana y Brian me ha dicho que, su plan principal, es salir a jugar el partido y pasarse el resto metido en la habitación. Una cama, él, yo... El fin de semana promete mucho.

Estoy llegando a la planta baja cuando me suena el móvil. Es mamá. Otra que, después de la cenita de Navidad, no deja de bombardearme a preguntas. Al parecer todos los miembros de mi familia están muy emocionados porque sea amiga de un jugador de su equipo. Decido ignorar la

llamada y devolvérsela más adelante, porque ahora mismo lo único que deseo es reunirme con Brian. ¿Quién me iba a decir a mí hace unas semanas que hoy cogería un avión con el chico insoportable y prepotente que golpeó mi coche? Increíble.

Diviso su coche esquinado en doble fila, en el parking, y aprieto el paso hasta llegar a él. Hoy no hay chófer ni terceras personas. Dejo la maleta en los asientos de atrás y me subo en el asiento del copiloto.

—Hola... —murmuro, un tanto avergonzada.

Estamos en ese punto de la relación en la que no sé muy bien cómo comportarme.

Brian sacude la cabeza y se inclina sobre mí para poder besarme.

—Estás preciosa —asegura, antes de ponerse en marcha en silencio.

Me hundo en el cuero de mi asiento y me relajo después de un día muy largo. La música de la radio suena de fondo y los dos viajamos sin decir nada, disfrutando del momento de paz.

—Tengo que advertirte de una cosa... —murmura Brian, mirándome de reojo.

—Dime.

No sé por qué, sospecho que no se trata de nada bueno.

—Nos vamos a cruzar con la prensa en el aeropuerto. Va a ser inevitable.

Asiento lentamente, sin saber qué decir.

¡Genial!

Suspiro hondo y me digo a mí misma que lo mejor será hacerme a la idea. No estoy saliendo con un chico cualquiera y si quiero estar en su vida, tendré que comenzar a asumir que tarde o temprano tendré que enfrentarme a los cotilleos y la prensa.

—¿Estás bien? ¿Te preocupa?

—Un poco —admito con seriedad—. No me gustan los cotilleos y no me gusta ser la comidilla de los brunch de mi empresa.

—Lo sé.

—Además... —comienzo, pero decido quedarme callada.

—¿Además?

—No tenemos nada serio, ¿no? —pregunto, dubitativa—. No sé cómo enfocar este asunto, si te soy sincera.

Brian se queda en silencio un rato tan largo que se me antoja eterno. Para cuando vuelve a abrir la boca ya estamos entrando en el aeropuerto.

—Creo que es pronto para decidir si lo nuestro es serio o no —admite—, pero no quiero cerrarme a nada. Me gustaría que todo fluyera de forma..., natural.

Asiento mientras él detiene el coche en el parking. Tiene una plaza privada para él.

Se gira hacia mí y me mira muy serio.

—El tema de la prensa no es fácil, pero aprenderás a sobrellevarlo lo mejor posible. Sé que podrás con ello.

Yo tuerzo el gesto, sin saber qué decir, y él suelta una pequeña risita.

—¿Sabes que cualquier chica estaría encantada?

—Yo no soy cualquier chica —respondo de inmediato, sin tener que pensar demasiado en la respuesta.

—Y por eso me estoy enamorando de ti.

Necesito asimilar esa frase.

—¿Te estás enamorando de mí? —repito, risueña.

Brian no bromea. No sonrío. Es más, está muy serio.

—Sí... Así que espero que no vuelvas a desaparecer sin darme razones —murmura—, porque has estado a punto de volverme loco de remate.

—No sé qué decir.

Brian sacude la cabeza, dejando claro que no tengo por qué decir nada. Después me atrae hacia él y, sin más, me besa. Es uno de esos besos suaves, sensuales y apasionados. Uno de esos que me hacen enloquecer.

—¿Estás preparada?

“No”.

—Sí. Lo estoy.

Salimos del coche y cogemos las maletas.

Cuando dejemos atrás el parking, la prensa estará esperándonos para bombardearnos a flashes. No es lo que quería ni lo que tenía pensado, pero no hay más opción.

—Oye... —murmura, apretando mi mano entre las suyas—, ¿quieres que pase yo primero y que nos encontremos junto a la puerta de embarque?

Estoy a punto de responderle que sí, pero mi lado valiente sale a flote en el último momento.

—No. Vamos.

Algo me dice que, si le echamos agallas, esto puede funcionar. Lo nuestro.

—Pues vamos.

Rodea mi cintura con sus manos, me besa la frente y comenzamos a caminar hacia la salida. Nada más abrir la puerta, nos encontramos con una avalancha de gente, cámaras y micrófonos. Al parecer, deben de llevar aquí un buen rato para poder atosigar a cada jugador que sale del parking. Intento aguantar la compostura y me aferro con más fuerza a Brian, siendo consciente de que al día siguiente seremos portada de todas y cada una de las revistas de corazón. Un periodista tira de mi brazo y yo le ignoro, mirando hacia el frente. Segura de mí misma. No, esto no va a ser fácil.

Pero, ¿quién sabe? Puede que al final, merezca la pena.

CONTINUARÁ

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofía

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:
Una noche Dorada
Una noche Contigo
Una noche Nuestra
Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa
Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!

¡Cómo tú quieras!

¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magená

Denahi

Hinun

Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York

La vida de Dani

El amor está en la toalla de al lado

¡Ni me toques!

Lo que no esperaba

El libro de Joe Byers

El corazón de Joe Byers

Con cariño, para Sailor's Rest

Te había soñado

El viaje no soñado

¿Tú?

Tú mi deseo, yo tu capricho

Un pitcher en mi corazón

